LA PERLA DE LIMA

UNIVERSIDAD DE CADIZ
3721482088

Es propiedad. Queda hecho el depósito que previene la ley.

1869.—Imprenta universal, á cargo de Víctor Saiz, San Dimas, 5.

BIBLIOTECA ECONÓMICA DE INSTRUCCION Y RECREO.

LA
PERLA DE LIMA

(EPISODIO DE LA GUERRA DEL PACÍFICO)

POR

DON FERNANDO FULGOSIO

MADRID

ADMINISTRACION,
calle del Rubio, 25, segundo.

LIBRERÍA DE CUESTA,
calle de Carretas, núm. 9, bajo.

DONACION
Dr. RAFAEL LARIO PEREZ

AL EXCMO. SR. CONTRA-ALMIRANTE

DON CASTO MENDEZ NUÑEZ.

Suele un pintor prendarse del esbozo, cuando, apénas tanteado, declara el pensamiento á que el artista se propone dar vida. Hoy estorban semejante logro las calidades propias de este juguete, el cual no puede ofrecer, siquiera sea en borron, la traza del libro que á la Campaña del Pacífico intento dedicar. Con todo, no por digno de aplauso, mas por sincero, creo puede ir el presente á manos de lector, que advierta lee novela y no historia.

De esta suerte, si en las tristes y cansadas horas de enfermedad, ajeno á cuanto no sea esparcimiento del espíritu, busca V. mera distraccion á su tedio, quizá la encuentre en estas páginas que le ofrece un amigo de siempre, donde, no por escondido—como en mi pecho—deja de alentar sincerísimo deseo de que el Señor devuelva en breve al insigne Marino del Callao la perdida salud.

El Autor.

Madrid, 5 de Junio de 1869.

CUATRO PALABRAS ANTES DE COMENZAR.

Entre los muchos americanos á quien la sangre y áun el cariño mueven á vivir entre nosotros, ninguno aventaja en excelentes calidades á mi amigo el marqués de Lima, cuyo título pongo de esta suerte, no porque así sea, más porque así conviene.

En su casa suelen reunirse pocos y buenos amigos, que, hablando á menudo de letras y artes, de vez en cuando de ciencia y casi nunca de política, conceden al tiempo útil empleo y solaz espíritu. Americano que viene á Madrid, desde luego acude, como es natural, á casa del marqués de Lima; y, á decir verdad, no deja de haber más de una cortés disputa entre americanos y españoles. Hablando estaba cierto dia uno de aquellos de la guerra del Pacífico, y, como para defender al Perú y Chile creyó necesario ofender á España, el propio marqués de Lima hubo de acudir á templar lo acerbo de las palabras. Pero el debate habia comenzado, y prosiguió de esta manera entre el americano y el español.

—La guerra del Pacífico ha sido causa de eterno aborrecimiento entre las repúblicas hispano-americanas y España; decia el americano.

—Bien podriamos rebajar algo de lo eterno. Por de pronto, España no aborrece á sus antiguas colonias; contestó el español.

—Pero éstas la miran con ódio cada vez mayor.

—Dios no querrá sea lo que V. dice.

—¡Oh! lo que es desde el bombardeo de Valparaiso, no quedó ya un sólo hijo de América Meridional que mirase con buenos ojos á España.... ¿Serán Vds. capaces de aplaudir lo de Valparaiso, despues del suceso de las Chinchas?

El español, más sereno que el americano, contestó:

—Señor mio, me persuado á que no será posible, por ahora, juzgar imparcialmente el asunto. Al fin y al cabo, despues de la disputa, por larga que sea, las razones y áun los agravios de ambas partes no dejarán de hacer mella; y entónces, no sin influir poderosamente el cansancio, habrá cierto convenio tácito, cuando no expresado á las claras, de cuyas resultas renacerá la paz, sin que se vuelva á hablar más del asunto.

—No lo espere V.; repuso el americano: ántes que tal suceda dejarán de existir las repúblicas de América del Sur.....

—¡Tan mal las quiere V., que desea para ellas

cosa parecida al terremoto que arruinó á la triste ciudad de Mendoza!

—¡Ya! V. toma por cosa de burlas lo que de tal manera ha agraviado á los americanos; porque para Vds. la guerra del Pacífico no ha sido sino un episodio, miéntras á nosotros apénas nos ha ocupado otra cosa por espacio de años.

—Verdad es. Ahí está una de las principales razones que más se han de oponer á que nos entendamos. Con todo, áun suponiendo nos aborrezcan Vds. de muerte de aquí en adelante, la verdad es que, al cabo, por apartados que estemos, el mejor dia tropezamos de nuevo..... no en son de guerra, pero por multitud de causas, de aquellas que no puede ménos de haber para que jamás cesen todo género de relaciones políticas, comerciales, ó ya meramente literarias, entre pueblos que profesan la misma religion, y, sobre todo, hablan en el propio idioma.

—¡Pluguiera á Dios!....

—No escupa V. al cielo. Tiene V. sobrado talento para comprender lo que en tal caso sucede.

—Razon tiene V. La raza latina es una raza inferior, de la cual nada bueno puede esperarse.

—Hablemos con formalidad.

—Con formalidad hablo.

—Nádie lo diria.

—Con que es decir, que será V. capaz de decir prefiere las ruinas de Toledo á *Broadvvay* (1) de Nueva York.

—En tratándose de arte..... á ojos cerrados.

—¡De arte! ¡De arte! Ya me canso de verles á Vds. encastillados en el arte. ¿Por ventura el hombre ha venido á este mundo á modular gorgoritos y á pintar ó esculpir?

—Sea V. sincero, y dígame si cree que el hombre, cuyo único anhelo sea amontonar millones, valdrá más que quien sea capaz de practicar ó comprender el arte.

—Usted exagera.

—Imitando á V.

—Con todo, la verdad es que el pueblo yankee es el primero del mundo.

—¿Ha vivido V. algunas semanas siquiera en sus principales ciudades?

—No.

Pues entónces, lea lo que dice el chileno Vicuña-Mackenna, en su libro titulado: «*Diez meses de mision en los Estados-Unidos de Norte América, como agente confidencial de Chile,*» y verá lindezas de los norte-americanos. A decir verdad, no creo haya ningun europeo tratado peor á la gran república que el citado chileno.

—Bien; sería algun viajero desocupado.....

---

(1) Gran calle, centro y arteria principal de aquella ciudad.

—No, sino agente de la república de Chile.

—Vamos, quiere decir que no hallaria la buena acogida que esperaba.

—Cabalmente..... Y á propósito, ¿no le parece á V. que los Estados-Unidos se muestran poco amigos de las otras repúblicas americanas?

—Desde luego. Tenga V. por cierto que jamás he acertado á comprender por qué los yankees nos tratan con tanto despego y áun injusticia.

—A decir verdad, no creo fácil se entiendan los americanos del Sur y los del Norte. Vea usted si no lo que dice el citado Vicuña-Mackenna, hablando de los Estados-Unidos, en la pág. 276 del tomo segundo;.... «Tengo el alma lastimada con el espectáculo de tanta infamia, de tanta y tan vil codicia, de tanto repugnante materialismo. Este país tiene el cólera morbus del oro. Hasta el aire que respiro me emponzoña, y áun la luz del cielo es amarilla, y parece tener quilates como las onzas españolas. Siento asco en el espíritu, y deseo respirar otros aires, abrazar á los que saben amar y me recuerdan, servir á mi patria donde *hayan* soldados y no *hayan* sólo mercaderes, ladrones y espías.»

—¿Le parece á V. poco?—exclamó el español, dejando de leer—;pues aquí tiene cómo agradece Vicuña-Mackenna los pasos que dió el jefe de la escuadra norte-americana para que no se llevase á cabo el bombardeo de Valparaiso. Dice así: «Y

escuadra española no tuviese ya más remedio sino bombardear, despues de las amenazas de ingleses y norte-americanos; pero, ¿y ántes?.....

—Antes, y cuando España no trataba en lo más mínimo de ofender á Chile, comenzó éste á mostrarse enconado, y no pocas veces enemigo..... No crea V. trato de seguir disputando sobre el asunto. Para mí, toda guerra con las repúblicas hispano-americanas será siempre, *como civil*, aunque los referidos Estados se negáran á mirarla de semejante modo. Por lo demas, de la guerra del Pacífico, como de todos los grandes sucesos históricos, no habrán dejado de sacar enseñanza España y sus antiguas colonias. Aquella habrá aprendido á no mirar con indiferencia el patriotismo de los americanos del Sur; y éstos, que tan en poco tenian á la antigua madre patria, no la tendrán ya por incapaz de volver por su honra.

Lo que el americano contestó, se comprenderá fácilmente; pero hubo de convenir en que los grandes acontecimientos son de no menor enseñanza á los pueblos.

Entre tanto, el marqués de Lima, cuya buena crianza y cortesía iban á la par de la bondad del alma, exclamó:

—Señores; por mi parte, cuando vuelvo la vista á lo pasado, no puedo ménos de pensar con orgullo en la sangre española que me alienta.

Aun teniendo presentes los horrores y lásti-

mas de la conquista, fuerza es confesar que aquellos hombres, cuyos brazos derribaron los imperios de Méjico y Perú, eran entónces y serán siempre tenidos en la estimacion que por sus extraordinarias calidades merecen.

A muchos sorprende que las hazañas de los conquistadores no inspiráran mejor á los poetas; pero eso no me maravilla, cuando considero que basta leer la mera relacion de aquellos sucesos para quedar pasmado y mudo de admiracion. ¡Qué más poema, en verdad, que la verdadera historia de la conquista del Perú! Bien puede decirse, que, ni ántes ni despues de aquellos hombres, será fácil hallar otros que igualárseles puedan.

Soy peruano: pues con volver los ojos á mi patria, hallo que el nombre de su capital va para siempre unido al de Pizarro. Allá, inmediato á las ruinas del templo de *Pachacamac*, alzó el gran conquistador la ciudad que hoy es orgullo del Perú, no sólo por la hermosura y riqueza de sus edificios, mas por el carácter de los habitantes. Yo, señores; añadió el conde de Lima; cuando oigo hablar á mis compatriotas contra España, recuerdo que, áun en medio de sus mayores extravíos contra la madre patria, han tenido siempre el buen gusto de conservar por verdadera joya en la catedral de Lima la cabeza de Francisco Pizarro y el cuerpo de su hija Doña Francisca.

No niego que en toda colonia haya siempre cierta enemistad contra el gran centro de donde salió; pero en los americanos se advierte, áun en los tiempos de mayor encono, indudable simpatía hácia España. ¡Como que nuestra sangre y la española son una misma! Por cierto que yerra grandemente quien pretenda comparar la conquista de España ó las Galias, por ejemplo, con la de América. El romano era más culto y poderoso, pero no de raza distinta de la española ó gala; antes bien, todos provenian del mismo tronco, miéntras el blanco halló en América una raza, en lo general apacible, dócil y por extremo inclinada á la obediencia; tan dispuesta á recibir el señorío de los españoles, como lo habia estado para acatar el de los Incas. ¡Qué digo! Mucho más sumisa ante los primeros, pero inferior en todas aquellas excelentes calidades, que áun en las peores circunstancias posee el blanco.

—Usted exagera, marqués; dijo el americano: cuando el indio esté educado, valdrá tanto como los demas.

—Veo que mi paisano; dijo el marqués: sigue tambien la opinion de los que creen que á un pueblo se le educa para ciertas cosas, como se enseña la doctrina á los niños. Por mi parte, jamás me podré persuadir á que el indio llegue á ser nunca lo que el blanco... Pero, en fin, podriamos engolfarnos en lo que hoy llaman «estudios

de raza», y no se trata de eso ahora, sino de probar que el romano halló en España y Galias hombres, digámoslo así, de su propia familia, miéntras el español los halló de raza distinta, y que, fuéranlo ó no, lejos de mostrar aquella altanera resistencia que hallaron los soldados romanos en las riberas del Ebro y del Rhin, pelearon tambien esforzadamente más de una vez; pero, ántes obedeciendo á sus Incas, que al deseo de ser libres.

—Diga V. lo que quiera, respondió el americano, el *coloniaje* será siempre aborrecido de todo buen hijo de América; y quien nos crea incapaces ó cobardes, puede darse una vuelta por allá, para quedar convencido de que no es tan fácil sojuzgar aquellas repúblicas, como lo fué echar por tierra los imperios de Motezuma y Atahualpa.

—Gracias á quien nos trajo la gallinas, paisano; dijo el maqués riendo.

—Cierto; añadió el español: porque el esfuerzo y constancia que les llena á Vds. de justísimo orgullo, son harto superiores á las más preciadas calidades de los siervos de Atahualpa y Motezuma. De ese modo, aunque, á veces, presuman Vds. de lo contrario, lo que en su pecho arde no es la apacible benignidad del indio, sino aquel sacro fuego de los hijos del Cid y de Pizarro, al cual deben la dignidad y energía que conservan, áun en medio de las mayores desventuras. Y si toda-

vía es necesario un ejemplo, vea V. á Chile. Allá impera la raza española, sin que ninguna otra comparta la soberanía; allá los hijos de las provincias septentrionales de la península ibérica conservan aquel incontrastable vigor, jamás rendido, que afrontaba á Carlo-Magno en Roncesvalles y al califa de Córdoba en Astúrias; aquel esfuerzo, jamás superado, que obligaba al Gran Capitan á pedir soldados asturianos y gallegos para vencer en Italia á los hombres de armas de Francia y Escocia.

—Cabalmente; añadió el español: á cuantos nos acusan de no haber sido buenos para colonizar, ó bien, de que nuestra raza ha degenerado en América, de resultas del *coloniaje*, podremos mostrarles Chile, donde la raza española, sin mezcla apénas de otra inferior, da patentes muestras de lo que puede ser en tal estado.

—Diga V. lo que quiera; repuso el americano: la política invasora de España la ha enajenado para siempre aquella antigua amistad, con que, á pesar de todo, la miraban las repúblicas de América del Sur.

—En cuanto á eso, no ignora V.; dijo el español: que hay aquello de «para verdades el tiempo, y para justicia Dios.»

—El tiempo no borrará jamás la ofensa que Chile y Perú han recibido, y, con ellas, toda América.

—Hombre, en cuanto á toda América, ya ha visto V. que los Estados-Unidos no han dado muestras de enojo, especialmente cuando, ménos ciegos que Vds., han comprendido que España no tenía deseos de recobrar el imperio de Atahualpa. En cuanto á ofensa..... cuando cese el clamoreo se podrán ajustar las cuentas; no ahora. Entónces veremos el tanto de culpa que á cada cual corresponde; porque, á decir verdad, en toda disputa, así entre indivíduos, como entre naciones, todos llevan razon, y todos yerran..... segun quien habla. Creo que Chile pudo tener motivo para quejarse de la palabra *revindicacion*, cuando la escuadra española tomó en prenda las islas de Chincha; pero ya devueltas, Chile insistió en sus alardes de todo género contra España, porque la creyó débil;.... esto es, porque se creyó seguro al amparo de los grandes intereses que muchos hijos de Inglaterra y de Francia tenian en Valparaiso..... ¡Qué quiere que le diga! acepto todas las injurias de los peruanos, en el mero hecho de verles combatir cara á cara en el Callao; pero, que Chile, despues de apresar á mansalva á la goleta *Covadonga*, desarmára las fortificaciones de Valparaiso para no sostener su causa, como era debido, tratando de echar sobre nosotros toda la culpa de cuanto sucediese, me parece habilidad tan extremada, que, queriendo rayar en malicia, no pasó de torpeza. Con esto, los que

empujaron al precipicio á Chile, despues de ser causa de cuanto aquella república llegó á padecer, determinaron vengarse á costa ajena.

—¿Quiere V. decir que los chilenos mostraron escaso valor? preguntó el americano.

—Jamás han dejado de ser valientes. Pero, á mi ver, estuvieron torpes. Su propio error, y, sobre todo, las consecuencias que trajo consigo, les hizo buscar la venganza por do quiera. Para esto no habia campo que con el desventurado Perú pudiera compararse; y al Perú acudieron no pocos chilenos, deseosos de combatir con los españoles, ya que la torpeza de sus gobernantes se lo habia estorbado en Valparaiso. Mas, para lograr semejante campo de batalla, tuvo Chile que atizar la discordia, cuya infame tea jamás deja de humear en tierra peruana.

—Veo que no nos podemos entender; exclamó el americano: porque Vds. los españoles no quieren hacerse cargo de la ofensa que las repúblicas de América del Sur han recibido.

—Habla V. de todas, cuando me parece fuera más justo referirse á las del Pacífico; pues bien sabe que en el Rio de la Plata hemos hallado siempre buenos amigos.

—Sobre eso tambien podria decir algo..... Pero vaya únicamente por las repúblicas del Pacífico, y si V. quiere, hablemos tan sólo de Chile y Perú. Pues bien, lo que es en aquellas dos re-

públicas, tenga V. por cierto no hay un sólo corazon que deje de mirar con ódio á cuanto sea español.

—Yo espero, volviendo al comienzo de nuestra conversacion; dijo el español: que con el tiempo vayan todos siendo imparciales y confesando mútuos errores.

—No hay duda; exclamó el marqués: que la amistad entre España y las repúblicas de Chile y Perú ha de ser con el tiempo más firme y duradera que lo ha sido jamás. Y, á propósito, añadió, dirigiéndose al español: ¿cuándo nos trae V. aquella novelita que me dijo habia ya acabado?

—Aquí la traigo; respondió el preguntado: pero como el señor; dijo; aludiendo al americano: acaso halle algo ofensivo en mi episodio de la guerra del Pacífico, creí no convenia hablar de mi lucubracion.

—¡Con qué la estoy esperando hace dias; dijo el marqués: y se viene V. ahora con escrúpulos de monja!

—Mire V.; respondió el español: que puede su paisano motejar á mi libro de inverosímil.

—¿Por qué? preguntó el americano.

—Porque no se devoran unos á otros los personajes de mi novela, á pesar de ser, unos españoles, y otros americanos.

—Vaya, vaya; déjese de niñerías y léanos

su novelita; que al cabo..... de novela no ha de pasar; exclamó el americano.

—Léala V., amigo mio; dijo el marqués.

El español, no sin ruborizarse cual á su modestia cumplia, iba á comenzar á leer, cuando, deteniéndose, exclamó:

—¿Señores, Vds. saben qué cosa es soneto escrito con piés forzados?

—Sí, respondieron los oyentes.

—Pues entónces, podrán hacerse cargo, aunque muy por encima, de lo que es novela escrita con arreglo á parecidas condiciones.

—No importa. Adelante; dijo el americano.

—Bien, pero como ya se trata de mi humilde persona; dijo el español: y al propio tiempo de hombres que por espacio de tres siglos fueron españoles, no querria pudiera nádie acusarme ni dé la más remota intencion de ofenderles. Lo digo, no por cortesía á los americanos que al presente me escuchan, sino por el leal y sincero amor con que miro á cuantos allende el Océano hablan el varonil idioma de Castilla.

—Bien, ya sabemos; dijo el americano: que V. pretende ser imparcial con nosotros.

—Trato de serlo. Y aunque me lo diga V. con ironía, nunca hallará en mi libro aquella severidad que en muchos paisanos suyos, como, por ejemplo, en el peruano D. Manuel A. de Fuentes, el cual, en su obra titulada: *Lima. Apuntes históricos*,

descriptivos, etc., etc., que más adelante cito, dice lo siguiente, en la página 100.

«Si los acontecimientos políticos no ejercieran en el Perú una influencia directa y casi siempre funesta, hasta en lo más íntimo de la vida privada; si esa influencia no hiciese fácil para los jóvenes la entrada en la carrera pública; si hubiera severidad y justicia en la provision de los destinos; si, en fin, hubiera estímulos para el hombre verdaderamente estudioso, la instruccion no fuera tan incompleta como lo es en el dia *y no hubiera minorado y casi desaparecido el número de limeños que*, EN LOS SIGLOS ANTERIORES ALCANZARON JUSTA Y VERDADERA FAMA *de literatos y de sabios hasta en la misma Europa.*»

—Ya ven Vds., añadió el español, que estas palabras de un peruano inteligente y que ama á su patria, dicen mucho en pro de aquellos tan calumniados tiempos del *coloniaje*.

—Vamos á la novela; dijo el americano: y dejémonos de altas consideraciones.....

—Sí, pero quede á salvo mi buena fe; repuso el español.

INTRODUCCION.

Entónces fué cuando elevó su acento
La escondida Sirena:
Yo no la ví; no revoló en el viento;
No apareció en las ondas, ni en la arena!

(Pastor Diaz. *La Sirena del Norte*.)

Reina del mar Mediterráneo es la vela latina. Por las azules y risueñas aguas, la quilla, blandamente mecida, hiende el piélago sin alejarse de la costa, tornando en breve, ó hallando enfrente tierra no muy distante. Pronta como el rayo es la ira de aquel mar, pero no dura sino lo que una ráfaga del Atlántico. Y áun si el temporal arrecia, de suerte que no sea posible afrontarle, pone el valiente marinero de Levante la proa á la playa, embarranca, salva la vida, y, á veces, todo ó parte de lo que á bordo venia.

La vela latina, señora del Mediterráneo, se declara vencida en el Atlántico, especialmente á cierta altura. Por nuestra férrea costa del Norte y Occidente usan los marinos vela tarquina; la loca osadía de llevar vela latina por semejantes mares sólo se atreven á cometerla los hijos de Mugardos. Harto suelen pagarla con su vida aquellos esforzados marineros de la ria del Ferrol.

Harto lo lloraba una infeliz viuda, al recordar la última vez que habia visto á su esposo, patron de un falucho de pesca, cuya enorme y gallarda vela triangular, como que se reia de las tímidas velas tarquinas que al paso encontraba. Dejando á la derecha el Cabo Prioriño y á la izquierda la Punta de Segaño, el falucho *Cármen* salió gallardo y atrevido, y arrostrando el verde espumóso oleaje de aquellas rias, entró por el Atlántico adelante.... en cuyo seno quedó al dia siguiente sumergido, cuando no hecho pedazos en las peñas y costa brava, desde Cabo Prior al de Ortegal.

Cármen se llamaba la viuda, en cuyo honor habia puesto su buen esposo el propio nombre al falucho. Cuando se supo la pérdida de éste y de toda la tripulacion, Cármen lloró, no sólo su viudez, sino el desamparo en que habia de vivir su triste hijo, niño de seis años, y único bien que del esposo la quedaba.

Llamábase el huérfano Feliciano Marin, como su padre, de quien heredó extraordinaria aficion á la mar. Doliase de ello la viuda, proponiéndose apartar á su hijo de semejante inclinacion; y si bien con la edad y la buena crianza que recibia Feliciano trataba de obedecer en todo á su madre, no dejaba por eso de ver con envidia á cuantos marineros volvian, refiriendo cuentos ó verdades de las lejanas y desconocidas regiones en donde se habian hallado.

Triste era, en verdad, la suerte de la viuda y el huérfano. Por más que la infeliz se afanaba, apénas podia allegar lo suficiente para alimentar y vestir á su hijo. Verdad es que éste pagaba con usura

los desvelos de la madre, mostrándose siempre sumiso y cariñoso; consuelo no pequeño en este mundo y harto superior á muchas falaces muestras de ventura.

Con todo, llegó al cabo un dia en que ni la madre ni el hijo tuvieron qué comer. El huérfano era ya adolescente, sabia leer, escribir y contar; esto es, cuanto habia podido aprender en la escuela de Mugardos; remaba á maravilla, y áun se atrevia á coger un rizo á la vela de la primera lancha que hallase á mano. Otra cosa no sabia, salvo el obedecer á su madre.

El dia de que hemos hablado, la triste Cármen habia vuelto á casa con los ojos llenos de lágrimas y sin haber podido hallar ocupacion. En cuanto á tomar nada en la tienda, era imposible, pues debia ya tanto, que no la quisieron dar al fiado ni media libra de pan. Todo esto lo sabia Feliciano, que habia ido siguiendo á la madre de puerta en puerta; y, viendo que ésta llegaba á desesperarse, exclamó:

—¡Diga lo que quiera, madre mia, Dios me manda ser marino!

Madres, las que habeis llorado cien veces á vuestros hijos por muertos; esposas, las que habeis pasado horas y horas de increible agonía, orando y pidiendo al cielo librase á vuestro esposo de mortal peligro; viudas sin consuelo, sin amparo ni arrimo en el mundo, que en el rostro infantil del inocente huérfano hallais, con lágrimas en los ojos, la imágen de quien le ha dado el ser; vosotras solas, vasos de piedad y ternura, podeis comprender el dolor de la triste Cármen al oir las palabras de su hijo.

Y lo que más la afligia, era no hallar razones que oponer. Otras veces, cuando Feliciano, entre broma y veras, mostraba deseos de ser marino, la madre le recordaba, llena de terror, la desgracia que sobre ambos habia caido, y concluia diciendo:

—Hijo mio, miéntras viva tu madre tendrás qué comer. Sé bueno, como hasta aquí, y Dios te lo premiará.

Mas, al presente, la desventurada no tenia qué dar de comer á su hijo, y con esto era cada vez mayor su afliccion. Aquella noche cayó en cama con calentura.

Lo que más dió que hablar á los murmuradores de Mugardos, fué que Feliciano, so pretexto de tener qué hacer, rogó á unas vecinas pasasen á velar á su madre, pues él no podia quedarse á su lado. Acudieron aquellas, y si bien cuidaron á la enferma, mayor fué su empeño en motejar la conducta de Feliciano, de quien, decian, fuera mejor hubiese aguardado á otra noche para ir á ver á la novia. Las vecinas daban ya por hecho el que Feliciano hubiese ido á ver á la novia. Mucho se habló en Mugardos aquella noche; pero no se habló ménos al dia siguiente, viendo que en todo él parecia el jóven, cosa que llegó á dar motivo á conversaciones para tres meses.

La viuda seguia más aliviada.... si bien por extremo débil, y tanto, que apénas tenia fuerzas para hablar.... Las vecinas, diciendo que la dieta era lo mejor para el estado de la enferma, volvian á ponerse á hablar de la imperdonable ausencia de Feliciano.

Entre tanto, y miéntras el nombre de este *yacia* despedazado por las caritativas lenguas de las vecinas, un marinero con el traje uniforme de los de guerra entraba en casa de la viuda. Llevaba chaqueta de paño azul, pantalones de lo mismo, y en el característico sombrero se leia en la cinta el siguiente nombre:

ALMANSA.

Un marinero en Mugardos es cosa que llama poco la atencion; mas parecia que conforme subia la escalera el recien llegado, se reanimaba la enferma. A la habitacion de ésta se encaminaba el marinero, á pesar de las voces de las vecinas; pero la viuda, alzando del todo la cabeza, exclamó al verle entrar:

—¡Hijo mio!.... ¡Hágase la voluntad de Dios!— Miéntras en Ferrol seguian trabajando para que la fragata *Almansa* quedára en disposicion de dar la vela, iba Feliciano muchos dias á ver á su madre, la cual ya tenía qué comer con el precio del enganche del buen marinero. Mas, de pronto, hubo éste, ántes que la fragata estuviese lista, de salir para Cádiz en compañía de un oficial de marina.

PRIMERA PARTE

I.

Era D. Fermin de Urquinaona hombre ya de más de sesenta años, pequeña estatura, rostro enjuto y de color en extremo aceitunado. Tenía por casa propia, en la cual moraba, antiquísimo edificio, no muy posterior á la conquista, edificado casi en el centro de Lima, y en uno de los parajes más concurridos de la ciudad. Si por lo exterior de la casa fuéramos á juzgar del propietario, mal podriamos persuadirnos á que éste experimentára en el corazon aquel republicano entusiasmo, de que tan amenudo suelen presumir los periódicos y oradores de nuestras antiguas colonias.

La fachada, de oscura piedra, con ancha puerta de jambas llenas de adornos y labores esculpidos con más paciencia y esmero que buen gusto, sobre la cual campeaba un escudo de armas al abrigo del ancho y voleado mirador ó cierro de cristales, daba á la morada de D. Fermin de Urquinaona tal aspecto aristocrático, que apénas se comprende cómo la

república habia podido consentirle. Cierto que el escudo se hallaba en parte picado, con la intencion, sin duda, de borrar en él cuanto fuera signo de nobleza; mas, ó el picapedrero habia andado poco diligente, ó no le habian llegado á pagar el importe de su trabajo, pues con facilidad se distinguian los cuatro cuarteles en que el escudo estaba dividido, así como las barras, leones, roeles y otras zarandajas, que, segun parece, formaban parte del glorioso blason de los Urquinaonas peruanos. La casa era de poca altura, de cuya suerte están edificadas todas en Lima, por prudentísima precaucion, en tierra donde son tan frecuentes los terremotos; mas no todas tienen á la calle fachada por el estilo.

Saludada la parte exterior del edificio, tenemos ya derecho para entrar en él, encaminándonos hácia donde mejor nos acomode. Sin ser necesario andar mucho llegamos á una habitacion, que, á no ser por ciertos pormenores, en los cuales se advierte la mano del indio del Perú, bien podriamos tomarla por una de nuestras casas de provincia, cuarenta ó cincuenta años hace. Blancas eran las paredes, cubiertas con antiguos y oscuros cuadros al óleo, que representaban imágenes de santos, entre los cuales ocupaba lugar preferente (como era justo) el retrato auténtico de Santa Rosa de Lima. Los muebles no abundaban, pero entre ellos era notable un antiguo sillon de vaqueta con clavos de cabeza dorada, harto brillantes y gastados, á causa del contínuo roce. Para lo último queda la mesa de despacho, en no muy buen estado de conservacion, pero notable por las riquísimas maderas de que estaba hecha.

Nádie habia en la habitacion de D. Fermin; mas no tardó en entrar éste, á quien ya conocemos, acompañado de otros dos señores, á los cuales hizo pasar delante, usando de aquella cortesanía que los americanos españoles heredaron de sus abuelos y nuestros.

Pasó primero un hombre alto, rubio, de gallarda apostura, y ademan resuelto, á quien desde luégo era forzoso conceder cierta supremacía, ó mejor, cierta autoridad, no sólo sobre el amo de la casa, sino sobre el sujeto que á la puerta se habia quedado para entrar despues.

Era éste mediano de cuerpo, si bien robusto, y al parecer, no escaso de fuerzas; su rostro, mucho más cetrino que el de D. Fermin de Urquinaona, representaba desde luégo, especialmente para los que están hechos á comprender las diversas razas humanas del Nuevo-Mundo, notable mezcla de negro y de indio, con escasez de sangre blanca. Cuando en tales engendros se reunen las malas calidades de las tres razas, bien se les puede temer más que al tigre, cuya sed de sangre igualan; más que al raposo, cuya astucia superan; y casi tanto como á ciertos europeos sin vergüenza, que suelen dar á los americanos ruin muestra del paño que por acá se usa. Nuestras repúblicas—pásennos esta manera de llamarlas cariñosamente—saben que á la traicion y deslealtad de algunos malos peninsulares debió la causa de España su ruina allende el Atlántico, punto ménos que al esfuerzo heróico de los que por el idioma, la sangre y el generoso aliento no podrán ménos de ser nuestros hermanos. Algun dia, olvidados

antiguos rencores, y del todo independientes unos de otros, pero amigos, sabrán, españoles y americanos, ser justos recíprocamente. ¡Maldiga Dios entónces á quien de nuevo encienda la discordia!

II.

Ya hemos dicho que los hijos de América española son por extremo corteses; y tanto, que nosotros tendríamos á veces por excesivos sus cumplidos, especialmente hoy que no damos la debida importancia á la cortesía.

Añádase que el blanco fué á dar con raza tan desmedidamente cortés como la India, con la cual no hay otro remedio, harto á menudo, sino avenirse á morir de cumplidos, ó en virtud de insinuaciones mucho ménos amables; y demas es decir, que entre afrontar dos ó tres horas de cortés discreteo, ó apelar á las armas, suele ser preferible lo primero.

No vamos, pues, á decir lo que tardaron en sentarse D. Fermin Urquinaona y los dos recien llegados, porque no nos lo perdonaria el lector, cuando tantas cosas tendrá que perdonar.

Desde luégo podemos decir, que el primero que sin faltar á la buena crianza se sentó, fué el rubio, en lo cual, así como en sus modales y toda su persona, se advertia, segun ya hemos indicado, cierta preeminencia. Que esta no se fundaba en la gerarquía social, no hay para qué advertirlo, pues los tres eran,

á no dudarlo, republicanos; mas la preeminencia existia tácitamente, en parte concedida y en parte tomada.

—Siéntese aquí, al lado del Sr. D. Ignacio Avilés; dijo D. Fermin al mestizo, el cual se llamaba, segun pudo comprenderse de los anteriores cumplidos, don Felipe Maturino. A decir verdad, representaban los tres americanos con notable exactitud ciertas clases importantes de las naciones á que pertenecian.

Como ya hemos visto, D. Fermin no renunciaba de grado á su antigua nobleza; y, si bien se preciaba de buen peruano y de saber llamar *godos* á los españoles, fuera para él la mayor injuria negarle la ilustre ascendencia de que presumia; la cual le llevaba á parar, nada ménos, que á las amenísimas riberas del Urola, en la provincia de Guipúzcoa. De allá, en efecto, habia ido el primer Urquinaona al Perú; y D. Fermin tenía buen cuidado de recordar siempre, que, aún existia, no lejos de Azpeitia, la casa solar de Urquinaona.

D. Ignacio Avilés era nieto de honrado asturiano, noble tambien, punto ménos que Pelayo, pero que habia ido á Chile extremadamente pobre; y sólo á fuerza de trabajo y constancia llegó á dejar cierta riqueza, que el padre de D. Ignacio aumentó; de suerte que este último, por su talento, no ménos que por sus bienes, era persona de gran representacion en Chile; y, como aquella república ha ejercido siempre notable influjo, y áun verdadera supremacía en toda América del Sur, parecia como que semejante ventaja daba, en efecto, cierta importancia en Perú á D. Ignacio Avilés.

En cuanto á Felipe Maturino, cuyo don suprimimos para darle gusto, pues él lo hacia siempre; era natural de Venezuela y uno de sus infinitos generales; no tenia un céntimo, pero sí travesura y áun verdadero ingenio, si bien es justo añadir faltaban en él aquella equidad, aquel peso, necesarios en el hombre, si no ha de parecer punto ménos que demente, en especial tratándose de asuntos políticos. En fin, para resumir, diremos que Urquinaona era conservador, Avilés liberal y Maturino rojo; esto es, amigo de todas las ideas más radicales y atrevidas que el hombre pudiese soñar en ver realizadas. Y áun puede asegurarse, que si todas lo fueran á medida de semejante deseo, entónces Maturino las llevára la contra, siquiera por el gusto de oponerse á todo y de no estar bien con nada.

—¿Qué hay de los godos?; preguntó al cabo Avilés.

—Diga V. de los piratas; exclamó con airado encono Maturino.

—Ya no merecen tal nombre; dijo Urquinaona: pues, si bien han estado amenazando.....

—¿Y todavía no le parece á V. justo llamar á esos españoles piratas, despues de la revindicacion de las islas de Chincha?; exclamó con mayor rabia Maturino.

—Hombre, me parece; dijo Urquinaona: que quien más debia sentir lo que ha pasado somos los peruanos; y á fe que Venezuela no nos sacará de apuros, ni su agente tampoco.....

—Su agente, soy, sí, señor; respondió Maturino: pero si Venezuela no tiene escuadras, tiene al ménos valientes soldados.....

—No tantos como generales, si no miente la fama; dijo con sorna Avilés.

—¡Y bien..... y qué!.... ¿A dónde vá á parar ese insulto, señor chileno?

—Adónde quiera el señor venezolano; repuso con entereza Avilés: siempre que me pruebe que ha habido insulto en mis palabras.

—No, ciertamente que no ha habido insulto; dijo prudentemente Urquinaona.

—Si no en las palabras, en el modo de pronunciarlas, sí; dijo Maturino.

—Pues señor, si en decir que en Venezuela hay más de tres mil generales, es insulto, cuando es meramente verdad, venga Dios y véalo.....

—¡Qué Dios..... ni qué....!

—¡Ave María purísima!; dijo Urquinaona: este Maturino es verdadera leña para el infierno.

Breves momentos permaneció el venezolano mirando á D. Fermin, dudoso entre si enfadarse ó no, pero al ver que Avilés se reia, Maturino prefirió reir tambien, y añadió:

—Y bien, Venezuela tiene más de tres mil generales, pero nada la cuestan la mayor parte, miéntras Vds., peruanos y chilenos, se gastan infinidad de millones en un ejército poco disciplinado.....

—No, en cuanto á disciplina, no hay miedo falte á ella el ejército venezolano; exclamó Avilés.

—Como que no existe; añadió con la mayor gravedad Urquinaona.

—Digan Vds. que todas las desgracias de Venezuela no pasáran de ahí.

—Convenido, Maturino; dijo Avilés: pero no veo

razon de enfado el que nos parezca excesivo el número de generales venezolanos..... sobre todo si se tiene en cuenta el ejército que han de mandar.

—Pues bien, si están demas los consejos y ayuda de Venezuela, tambien yo estoy demas, no sólo en esta casa, sino en Lima; exclamó Maturino con nuevo enojo, y levantándose.

Avilés permaneció sentado, y en su ademan se advertia la poca importancia que daba al enojo de Maturino; pero Urquinaona acudió á templar á éste, diciendo, que si siempre habian de estar riñendo, mal podian entenderse.

—Es herencia de nuestra madre la península ibérica; dijo Avilés con sorna: de manera, que todo lo podemos esperar cuantos hablamos en lengua castellana, ménos vivir unidos y en paz.

—¡Herencia!.. ¡Nuestra madre!.. gritó Maturino, con los labios blancos de ira. Sean Vds...., presuman Vds. de hijos de la decrépita España, que yo, por mi parte, jamás consentiré en tan infame orígen.

—Siempre es gran ventaja el tener dónde elegir; dijo con la mayor buena fe Urquinaona: y si V. prefiere.....

—Es decir, que me quiere V. llamar hijo de mulato y de india; dijo Maturino: pues miente quien tal diga..... Mi padre era.....

—Vaya, Maturino; dijo Avilés: un loco hace ciento, y V. con sus arrebatos nos va á hacer perder la paciencia..... Hablemos sériamente de lo que importa, y dejémonos de niñerías.

La firmeza con que el chileno habló, fué tal, que nada tuvo que decir en contra Maturino; ántes bien,

serenándose con la misma prontitud con que se habia mostrado ofendido, dió lugar á que pudiera entablarse formal conversacion.

Hubo, pues, breve momento de espera, como si cada cual temiese comenzar el primero. Al cabo, Avilés dijo lo siguiente:

— Señores, se me figura, que, áun á pesar de haberse firmado la paz con España, y haber devuelto las islas Chinchas el almirante Pareja, el disgusto es tan grande, así en Perú como en Chile, que probablemente no podrán quedar las cosas en el estado en que se hallan. Yo, como agente de Chile, aunque sin carácter oficial, estuve á bordo de la *Villa de Madrid* el dia 27 de Enero (1), y confieso pedí al Cielo con toda mi alma que semejante paz fuese duradera: así se lo dije al representante de nuestra república.

— Ya que el Sr. Avilés no ha tenido inconveniente; dijo Maturino: en confesarnos que ha rezado sus correspondientes *Padre Nuestro* y *Ave María* porque durase la bendita paz..... yo tambien debo asegurar á Vds. que el descontento es cada dia más temible, y no será extraño estalle una revolucion para castigo de los que tan..... malamente han mirado por la honra de la república peruana.....

— Es decir; interrumpió D. Fermin: para mi castigo ¿eh?

— Yo no lo decia por V., aunque no querria verle tan tibio patriota; pero á decir verdad, estamos hablando de lo que se teme..... y la revolucion.....

---

(1) 1865.

— El amigo Maturino sueña, como siempre; exclamó Avilés. Sólo él cree posible una revolucion en Lima, cuando todo el mundo sabe no hay elementos para ello. No diré que en provincias, más ó ménos lejanas, no comience algun movimiento que llegue á dar que hacer al gobierno; pero en Lima..... sólo Maturino puede decir tal cosa. Aquí hay siempre elementos para motines más ó ménos graves, pero no para la revolucion que Maturino teme ó desea.

Ya conoce el lector el carácter de Maturino, con lo que fácilmente comprenderá cuánto deberia contenerse, para no haber contestado ya á las indirectas del chileno. Que rompió al cabo su furia, demas es indicarlo siquiera; pero debia de haber cierto iman en la casa de D. Fermin, cuando no varios imanes, verdadero atractivo de Avilés y de Maturino; de suerte que ambos tenian empeño en no reñir, hasta el punto de quedar sin derecho á poner de nuevo los piés en casa de Urquinaona. Así, pues, cedió, como siempre, el fogoso Maturino ante el sereno Avilés, y éste procuró suavizar sus altivas respuestas. En todo se advertia el formal empeño de ambos de no disgustar á D. Fermin.

III.

Bueno será dejemos á Urquinaona y sus dos amigos hablando con toda formalidad, que de seguro no lo harán ya de manera tan agradable y entretenida

para nosotros como acabamos de ver; y pasemos á otras habitaciones, con el salvoconducto que todo novelista tiene para entremeterse en vidas y casas ajenas.

Las habitaciones interiores daban á un jardin, cuyas plantas, muchas de ellas, de anchas y desmesuradas hojas y hermosísimo verdor, así semejaban plantas de Europa, como los gallardos helechos arborescentes de los trópicos se parecen á nuestros chaparros. A la parte del jardin moraba la hija de D. Fermin de Urquinaona, único resto de la familia, porque la esposa y otros hijos mayores habian muerto hacia ya bastantes años.

Notable contraste presentaba aquella parte de la casa con la que correspondia á la fachada principal. Las paredes estaban revestidas de seda, con medias cañas doradas en todos los ángulos y puertas. Ricos muebles, dorados la mayor parte, y forrados los asientos de sedas bordadas ó preciosamente tejidas; todo, en fin, tenía tal aspecto de riqueza, que á duras penas hallaban los ojos alivio al resplandor que por do quiera ofuscaba.

Más allá de unas cuantas habitaciones, todas por el estilo adornadas, se iba á parar á otra, cuyo ancho balcon, adornado de flores y enredaderas, estaba á la sazon abierto. Como habia espesísimas nubes, que del todo entoldaban el cielo, hallábase asomada y de pechos en la baranda una mujer, de pocos años, sin duda, á no mentir la hermosa cabellera negra y el blanco torneado cuello, que era cuanto podía verse desde lo interior de la habitacion.

No tenía ésta, por fortuna, el oro que las de-

mas; ántes bien, apénas llamaba la atencion ningun mueble, salvo el lecho de hierro dorado, cubierto de blancas colchas, y un tocador de dama, cuyos pliegues estaban prendidos con hermosísimas flores naturales, de vivos colores, pero sin olor, por cuya causa las consentia á su lado la dama que en aquella habitacion dormia. En las estucadas paredes no se veia sino un hermoso Santo Cristo de marfil, sobre cruz de ébano, á los piés de la imágen de la Vírgen con el niño Dios en brazos; pintura con más ó ménos razon atribuida á Murillo, si bien de todos modos no era mala.

Cruzó, en esto, un rayo de sol la espesa nube que entoldaba á Lima, y huyendo del calor, que por allá es grande en los meses de Enero, Febrero y Marzo, entró en la habitacion la hermosa hija de D. Fermin de Urquinaona, que era, en efecto, la dama, hasta aquel momento vuelta de espaldas.

A la par alegraron la estancia, la luz del sol y uno de los rostros más graciosos que darse pueden. Gracia respiraba desde su hermosa cabellera hasta los pequeñísimos piés la bellísima Rosa Urquinaona, cuyo nombre despertaba en todos los jóvenes de Lima verdadero entusiasmo. No sin razon, en verdad. Facciones más perfectas, sería posible hallarlas, pero conjunto más seductor, de cierto no le tenía ninguna otra mujer de América del Sur.

Acaso un artista habria tachado el óvalo del rostro por excesivamente redondo; quizá la nariz no correspondia al tipo griego; el cuello era un tanto corto, y las formas, si no muy gruesas, un tanto abultadas. ¿Pero, quién habia de reparar en semejantes defectos;

dado que tal nombre mereciesen; cuando los ojos de Rosa, hermosos sobre toda ponderacion, la boca divina y el cabello que su graciosísimo rostro adornaba, no podian ménos de llevarse consigo la admiracion y el alma de quien tan sólo breves momentos les contemplára?

El cabello, de color negro, apénas peinado y mal sujeto con una hermosa flor purpúrea, era en verdad el mejor adorno natural de tan bella criatura. Llevaba ésta por toda gala sencilla bata blanca, y en su persona y ademanes resaltaba el *quid divinum*, el el no sé qué, la gracia de que jamás un artista acertará á dar cuenta, sino en parte, por más que su ingenio aliente al soplo de inspiracion divina.

Tal era y de tal suerte nos es dado contemplar en su propia estancia á la bellísima Rosa Urquinaona, cuyo nombre y apellido iban siempre unidos, para evitar la confusion en pueblo donde tantas Rosas hay—en toda la extension de la palabra—y cuya presencia era alegría de su casa, hechizo de cuantos la trataban, y gloria de Lima.

Nada faltaba, en verdad, á Rosa, á los ojos del vulgo. Su padre, uno de los más ricos banqueros de América, *valia*, segun dicen los yankees, ocho millones de pesos; ella era tan jóven, que apénas tenía diez y siete años, bella por todo extremo, rica y dueña de cuanto su padre poseia. ¿Qué más podia desear la señorita Doña Rosa de Urquinaona?

Con todo esto, á Rosa la consumia quizás aquella lánguida dejadez, hija del tédio, con que la inmediata satisfaccion de deseos y aún caprichos castiga al rico, enervándole y trocando su aparente

ventura en infelicidad, harto mayor que la de muchos pobres miserables que le miran llenos de codicia y envidia.

Nada dejaba D. Fermin por desear á su hija de cuanto ésta, en su inocencia, imaginaba; pero Rosa vivia con más sujecion que las demas jóvenes de su clase en Lima, donde las hijas de familia saben, con tan finos y corteses modales, honrar á cuantas personas frecuentan sus casas.

Urquinaona no tenía reparo en decir, que semejante libertad, áun en el mejor sentido, era para él en extremo desagradable; y allá en el pecho no dejaba de echar de ménos los tiempos de su juventud, en que una dama, con arreglo á la tradicion antigua, vivia en lo interior de su casa, sin mostrarse á cada momento, en cualquier ocasion, y en todas partes.

Como Rosa amaba de corazon á su padre, nunca pensó en oponerse á semejante modo de pensar; ántes bien se mostraba del todo conforme con él; pero la jóven pasaba largos ratos, allá en sus habitaciones, ensimismada, sin que la distrajeran el lujo, para ella de ningun valor; pues no conocia otra cosa desde niña; ni las galas y joyas, que casi diariamente la regalaba su padre, porque en este punto, y si bien como buena hija, no dejaba de mostrar su agradecimiento, difícil era que hallára gran novedad, cuando á su casa venian á parar, desde que Rosa tenia uso de razon, las más nuevas y mejores telas, y las más preciadas alhajas que el comercio europeo enviaba á Lima.

A decir verdad, no las tenía todas consigo D. Fermin de Urquinaona, cuando pensaba en que su hija, la más rica y hermosa heredera del Perú, podia lle-

gar á caer en manos de algun aventurero, ó por lo ménos, de algun hombre de mala conducta, más enamorado de los millones que de la hermosura de Rosa, y más dispuesto á gastar en poco tiempo su dinero, que á conservar lo que con tanto ahinco habia adquirido D. Fermin.

Y ya que de éste y su riqueza hablamos, bueno será, ántes de seguir, poner en claro ciertas contradicciones que debe de haber advertido el lector.

Pasaron los tiempos en que Salcedo hacia empedrar con barras de plata, sacadas de su mina, los últimos tres cuartos de legua de Cuzco á Puno, para honrar al virey conde de Lemos. Los cerros de Pasco y Puno yacen hoy, aquel harto escaso, si con su antigua riqueza se compara, y éste abandonado. La plata maciza de los primeros tiempos se fué trocando en mineral argentífero, cuyos filones, cada vez más escasos, no devuelven con la prontitud que en otro tiempo el capital empleado en dinero y trabajo, á quien les beneficia.

Por su desgracia, aún tiene el Perú otra mina, en la cual fia más que en el trabajo de sus hijos; mina de la cual no hacian caso los conquistadores cuando á mano tenian la plata de los Andes; pero á ella acudian los indios, en tiempo de los Incas, para beneficiar las tierras. Las islas de Chincha reemplazan con su guano á la antigua plata, y prometen al Perú acaso mayor ruina y pobreza el dia en que se agote semejante tesoro, cuya duracion quizá no pueda llegar á veinte años.

Riqueza incomparable es el guano, mas tambien causa de corrupcion y desórden para la república;

pues en aquella mina de nuevo género tratan muchos de adquirir riqueza, no siempre por buenos medios. Ahora bien; D. Fermin de Urquinaona era, en efecto, hijo de familia antigua en el Perú, pero no rica. Cuando la guerra de la independencia, D. Fermin, como el mayor número de los de su clase, habria preferido permanecer unido á España.

La ciudad de los Reyes, que tal es tambien el nombre de Lima, tenia en tiempos de la union con la madre patria verdadero aspecto de córte, con todas sus ventajas; que bien puede asegurarse competia Lima en esplendor con la misma córte española, si no la aventajaba. Estas y otras razones que tenian el mismo orígen, así como el carácter blando y apacible de los naturales, fueron parte á que allí durára más tiempo la lealtad á España, siendo tan grande el apego de aquellos á la metrópoli, que, cuando la desgraciada batalla de Ayacucho, apénas habia en el Perú 1.500 peninsulares con las armas en la mano. Los demas defensores de España, no escasos en número, esforzados y con toda verdad fieles á su bandera, en el Perú habian nacido. Mal haria España en olvidar nunca tan generosa lealtad.

Ahora bien; el influjo de Chile, que desde el comienzo de la insurreccion fué cada dia mayor, daba á los peruanos amigos de la independencia nuevo aliento, áun cuando más desmayados se mostraban; pero, á pesar de esto, la causa española, tan noble y gloriosamente defendida por un ejército, la mayor parte peruano, conservó siempre en aquella tierra sinceros amigos.

De estos fué por mucho tiempo D. Fermin, no

que desease tornar á la union con la antigua metrópoli; cosa del todo imposible; mas por aquella cordial simpatía, que ya hemos dicho, mostró siempre gran parte del pueblo peruano á nuestro nombre. Con todo, Urquinaona tomó al cabo parte en los negocios públicos; y si bien se retiró de ellos en breve, sus relaciones antiguas, y modernos compromisos le dieron señaladísima representacion en la república.

Cierto que nuestro peruano halló modo de adquirir grandes riquezas, especialmente con el guano; mas aún en esto, jamás tuvo la maledicencia pábulo para zaherirle, como á otros; que en efecto, D. Fermin habia sido siempre hombre discreto y venturoso, pero honrado.

IV.

Miéntras en casa de D. Fermin de Urquinaona pasaba lo que ya sabe el lector, todo parecia tranquilo en la ciudad de los Reyes. El calor era grande; pues, como hemos indicado, los meses de Enero, Febrero y Marzo equivalen por allá á los nuestros de Junio, Julio y Agosto. Miéntras dura el calor está el cielo con toda verdad entoldado, sin que apénas desaparezcan las espesas nubes contínuamente agolpadas sobre Lima, cuyo rio, llamado el Rimac, lleva sus aguas por tributo al Oceano Pacífico, en donde desemboca diez kilómetros más adelante.

La capital del Perú con sus calles rectas y casas

bajas la mayor parte, parece, mirada de lo alto, una ciudad por concluir, á causa de las azoteas, cuyo piso es de madera con tierra apisonada. La policía urbana da muestras de escaso esmero, y las pequeñas acequias que corren por las anchas y mal empedradas calles, suelen despedir olor por extremo desagradable, pues los vecinos arrojan en ellas las inmundicias de las casas.

Con todo esto, Lima es ciudad importantísima, pues además de los 100.000 habitantes que posee, tienen en ella su asiento los jefes de la nacion, las cámaras, altos tribunales, arzobispado, notables establecimientos de enseñanza, museos, palacios, y la magnífica *penitenciaría* ó cárcel moderna, único edificio importante construido en tiempo de la república.

Une el ferro-carril á Lima con el Callao, su hermoso y seguro puerto. En esta parte de la república son grandes el movimiento comercial y la riqueza; y si bien el primer aspecto de las casas parece mezquino, es indudable que la capital peruana encierra en su seno soberbias moradas, cuyo lujo interior, acaso excesivo, demuestra los grandes caudales de no pocas familias. Cansados de permanecer tanto tiempo dentro de la casa de Urquinaona, no hemos podido ménos de echar una ojeada á lo exterior, maravillándonos del singular aspecto de Lima, al cual no contribuyen poco los infinitos *gallinazos*, aves de rapiña que coronan los pretiles de las azoteas, y contribuyen con su aficion á la carne muerta y otros alimentos inmundos á la policía de la ciudad, más que los empleados por cuya cuenta corre ó deberia

correr semejante cometido. Razon tienen los peruanos en prohibir severamente y castigar al asesino de un tan excelente auxiliar y servidor como el *gallinazo*.

Grande era, pues, la tranquilidad que á la sazon reinaba, á pesar de tratarse de un territorio republicano—hablamos del reinar, no de la tranquilidad.—Como el calor molestaba, no habia por las calles sino escaso número de transeuntes, y áun éstos eran, en su mayor parte, algunos negros cargados con efectos de comercio, indios acarreando objetos de ménos peso, y *cholos*, gente mestiza, más inclinada al desasosiego del espíritu que al del cuerpo, y más aficionada á trastornos y revueltas que al trabajo.

Parecia como que Lima, despues de las disensiones con España, volvia á su antigua tranquilidad, estando ya la paz firmada y devueltas las islas de Chincha, donde el pabellon amarillo y rojo habia cedido el puesto al del Perú. En efecto, el gobierno, con anuencia del congreso sur-americano, habia tratado con el general Pareja; y arregladas las antiguas disensiones, justo era devolviese España al legítimo poseedor lo que sólo se habia tomado en prenda, y con el deseo de lograr cuanto ántes la paz.

En esto, parecieron por las calles de Lima varios oficiales y marineros españoles, recien llegados del Callao por el ferro-carril. A decir verdad, fuera mejor no hubiesen saltado por entónces en tierra. Teniánse los peruanos por agraviados, creyendo, erronéamente, que nuestro único deseo habia sido ofenderles; y en semejante caso, más valia no dar lugar

á nuevas desazones. Cierto que, nosotros, pisando suelo firme desde que nacemos, y no comprendiendo, por lo tanto, el ansioso anhelo que todo hombre experimenta de hollar tierra despues de largo tiempo de embarcado, ponemos reparo á la presencia de nuestros marinos en el Callao y Lima, cuando, á estar en su caso, tal vez habriamos hecho lo mismo.

Es la privacion causa de apetito; y por eso, sin duda, se esparcian aquellos por las calles de Lima, unos con deseo de volver á ver lo que ya conocian, y otros con ánimo de verlo y saborearlo por la primera vez. Pero, los tiempos habian cambiado: el uniforme de la marina española, saludado meses ántes con muestras de verdadero agasajo y cariño, causaba al presente desvio á la multitud y ódio á no pocos, que, enemigos del gobierno del presidente Pezet, veian en la paz ajustada, ocasion propicia para acusar al partido que á la sazon mandaba, y de todas suertes ofenderle.

Hallábanse, pues, nuestros marinos aislados, y, comprendiendo cuán grande era la diferencia entre el presente estado de Lima, y el en que la habian hallado los oficiales de la *Resolucion* y la *Triunfo*, así como los profesores de la expedicion científica, determinaron encaminarse á la Plaza Mayor, que está en el verdadero centro de la ciudad, comprendiendo el arrabal de S. Lázaro, y en la cual hay muchas tiendas de europeos.

Formaron diversos pequeños grupos, y aunque no todos siguieron el camino que hemos dicho, hiciéronlo la mayor parte, ménos un teniente de navío

que se fué, con diversos pretextos, quedando atrás, hasta que ya, viéndose sólo, tomó direccion opuesta á la que sus compañeros llevaban.

V.

Dijérase que el marino español, conforme se iba alejando de sus compañeros, perdia poco á poco el aspecto risueño con que al principio caminaba. Y, á decir verdad, no nos parece justo dejar de mencionar parte al ménos de las opiniones de los transeuntes, muchos de los cuales se paraban á mirar al español despues que habia pasado.

Llegóse éste á una *Chola*, graciosa por extremo, á pesar de su color, preguntóla por cierta casa, y la jóven, despues de mirarle con ojos entre amables y descarados, le dijo, señalando con el dedo hácia el fin de la calle en que se hallaban:

—Ahisito.

Ahisito es el diminutivo de *ahí*, porque es de advertir que los indios y mestizos del Perú son muy aficionados á ponerlo todo en diminutivo, no sólo siempre que es posible, pero áun cuando no lo sea.

Como la *Chola* era jóven, y ya hemos dicho, no fea, y el español habia hecho la pregunta con toda amabilidad, hubo en aquel momento, lo que podriamos llamar chispazo de simpatía entre ambos, especialmente por parte de ella. A la verdad, el español era apuesto, blanco de rostro, á pesar de que no po-

dia ménos de hallarse tostado del aire del mar; tenía ojos por extremo expresivos, cabello rizado, no en forma de pasas como el de los mulatos, sino graciosamente dispuesto, buena estatura, y, en resúmen, era un verdadero buen mozo, á lo cual habia que añadir los finos y corteses modales de todo marino español.

Este siguió adelante, diciendo para sí:

—¡Graciosa es la Chola!

Miéntras ella, no poco prendada de su hermoso rostro y buen talle permaneció con los ojos puestos en él, conforme se alejaba.

—¡Ladron!; exclamó lleno de encono un hombre, que, al acercarse el español, se habia apartado breve espacio, tornando en seguida al lado de la Chola.

—Has tardado un poco en decirlo; repuso ésta mirándole con cierta sonrisa burlona.

—¿Te parece que no tengo corazon para llamarle ladron cara á cara?

—No te digo mas, sino que no lo has hecho.

—Ahora mismo voy trás él, y verás si hay en el Perú quien se atreva con esos gallegos (1), que nos toman y nos dejan las Chinchas, segun les acomoda.

—En el Perú sí hay quien se atreva; dijo con generoso orgullo la Chola: pero ya te conozco, para saber que Rosario Castro habla..... habla..... y no hace nada cara á cara.

---

(1) Es frecuente en el pueblo bajo del Perú y de Chile llamarnos, por afrenta, á los españoles, *gallegos*. Lo cual demuestra bárbara ignorancia; pues ¿qué más honroso origen para todo buen español? Lo mismo decimos de cuando nos llaman godos.

Rosario Castro, amigo de la Chola, mas á quien ésta trataba como acaba de ver el lector, era un mulato pequeño de cuerpo, de aspecto enfermizo, efecto de las calenturas, tan frecuentes en Lima, y mirada sanguinaria y traidora. No quiera Dios vayamos nunca á dar á entender que no hay esperanza de regeneracion para las razas mestizas; pero es indudable que éstas, conforme más se alejan del blanco, más peligrosas suelen ser para la sociedad. Desprecian á indios y negros, á cuya sangre deben el ser inferiores, no sólo por su escaso juicio, sino por la misma fealdad del rostro; y aborrecen al blanco por envidia, que es la más temible causa de aborrecimiento. Aunque vivan sin cultura, nacen, en verdad, dispuestos para las artes en que la imaginacion se emplea; mas su falta de formalidad, que del escaso juicio proviene, ó les entrega maniatados á imperecedera discordia y ruina segurísima, como se ve en las repúblicas donde las razas mestizas imperan, ó quedan sometidas al blanco, si bien tascando el freno impuesto por raza, no más entusiasta y valerosa, pero sí superior en lo firme, constante y esforzada. Demas está el advertir, que semejantes caractéres de raza no estorban de modo alguno al indivíduo blanco, negro ó mestizo valer tanto como cualquiera otro, y ser astro brillante entre las lumbreras literarias ó científicas del género humano.

Rosario Castro, falto de educacion, y con escasísimas nociones del bien y del mal, tenía muchas malas calidades, sin una sola buena, á ménos que un artista no tratára de alegar en su favor el instinto de lo bello, que le habia hecho enamorarse de la graciosa Chola.

El mulato, con los labios blancos como el algodon, ensangrentados los ojos y la mano puesta en el puñal que en la cintura llevaba oculto, parecia verdadero tigre sediento de sangre, al cual, como que se complace en irritarle el domador, seguro de aplacar su rabia.

La Chola permanecia indiferente y mirando á su amigo con burlona sonrisa, con lo que era cada vez más grande la ira de éste. Bien ajeno iba el español á cuanto acaecia.

VI.

El domador, mejor dijéramos la domadora, segura de la fiera, se complacia en ver los ojos ensangrentados de éste y sus blancos labios temblosos de ira. A la verdad, habia en Rosario Castro algo más que el enojo producido por las palabras de su amada; habia celos, pues la Chola seguia mirando no sin cariñoso interés al español, á pesar de lo lejos que ya iba. El mulato calló, miró al suelo brevísimo instante..... partiendo al punto como el rayo en la misma direccion que el marino.

—¡Rosario!, gritó la Chola con blando acento; ¡Rosario!, añadió gritando con más fuerza; pero la jóven habia presumido con exceso de su poder sobre aquel hombre, el cual, ciego de celos, caminaba con tal prisa, que á poco desapareció entre la gente y las cortinas de las tiendas, que el viento traia y llevaba en encontradas direcciones.

— ¡Rosario, gritó la Chola con desesperacion; aguárdame!

El mulato se detuvo, pasándose la mano por la frente; mas, al ver á su amada, como que sintió vivísimo aguijon, y tornó á andar más aprisa que ántes. La jóven, viendo que los celos de Socorro de tal manera le encendian la sangre, se hizo al punto cargo de que lo mejor era encaminarse por otra calle á cortarle el paso, pues si su amante la llegaba á ver detrás, correria, de suerte que no fuera posible alcanzarle.

Miéntras esto sucedia, el español ajeno á todo, y, sin duda, pensando en cosas harto distintas, iba acortando el paso, cual si le faltase ánimo para llevar adelante lo que se habia propuesto.

Y con todo, el peligro que le amenazaba era punto ménos que inevitable. El mulato apresuraba el paso, disimulando su intencion, para que los transeuntes no se la estorbáran; aunque resuelto á herir de muerte al español, apénas llegára á emparejar con él. Mas la ira no le cegaba hasta el punto de no atender á su propia seguridad, con lo que trataba de herir por la espalda á mansalva, para lo cual queria esperar á la primera boca-calle.

¡Horrible trance, en verdad! Aquel hombre, sin más razon que los celos, del todo infundados, que del marino tenía, iba á matarle, como si de él hubiese recibido, no ya gravísima injuria, pero la más leve ofensa. ¡Qué mucho! si él apénas podia decir cómo era el rostro del español, y éste, ni áun noticia tenía de la existencia del mulato!

Como las calles de Lima están trazadas formando

ángulos rectos, la Chola habia contado con tomar una calle paralela, viniendo luégo por la primera boca-calle á cortar el paso á su amante. Corriendo la jóven, dobló las dos esquinas que para ello necesitaba, y al llegar á la mitad de la calle, por delante de la cual habian de pasar el marino y el mulato vió pasar á entrambos, á cortísima distancia uno de otro.....

— ¡Rosario!; fué á gritar la jóven: mas sus labios no acertaron á articular la primera sílaba, paralizados como estaban por el miedo. Corrió con más fuerza..... y advirtió que el mulato llevaba la mano al cuchillo. En aquel momento, el español se detuvo, y lo que pudo haberle costado la vida, le salvó. El mulato iba á matar á un hombre que caminaba á buen paso, mas al ver que éste se detenia, faltóle ánimo, y, disimulando con traidora astucia, pasó adelante, como si de otra cosa se tratára.

El español conocia poco á Lima, y se habia detenido para orientarse.

A esto, llegó la Chola, y, asiéndole del brazo, le dijo con voz temblorosa:

— Veo que no se acuerda V. bien de la casa por que me acaba de preguntar. Sígame; añadió: y obligándole punto ménos que á la fuerza, tomó por la acera opuesta á la que llevaba el asesino. Este, tan nervioso y cobarde, que pocos segundos ántes habria muerto á un hombre á mansalva; pasada la primera excitacion, ni áun ánimo tuvo para llamar á su amada.

La Chola, mirándole con desprecio, se detuvo delante de la mejor casa de la calle, y rehusando con

generosa altivez la propina que el español se empeñaba en darla, le dijo:

— No me ofenda el señor marino dándome dinero, cuando lo que acabo de hacer..... no se paga con nada..... Siga y entre, que esa es la casa del señor don Fermin de Urquinaona.

— ¡Gracias hermosa; dijo el marino con risueño y agradecido semblante: Dios te lo pague!

— Y Santa Rosa de Lima, que es mi patrona; respondió la jóven, haciendo por reir, y saltándosele las lágrimas, miéntras el español entraba en la casa, diciendo:

— Adios, Rosa.

VII.

Pasaba cuanto acabamos de decir, miéntras don Fermin de Urquinaona seguia conversando con el chileno Avilés y el venezolano Maturino. Como era, segun ya hemos dicho, hombre de gran representacion en Perú, si bien no ejercia cargo alguno oficial, en su casa solian reunirse á menudo todas las personas notables, especialmente las de su partido, que á la sazon gobernaba.

Aunque la paz estaba ya firmada, Chile no veia con gusto que ninguna otra nacion ejerciera en la república peruana el influjo que para sí deseaba y habia obtenido siempre, desde los primeros tiempos de la guerra de la independencia. De esa manera,

Avilés, aunque sin carácter oficial, tenía encargo de permanecer en Lima, para, con su talento y habilidad, servir á la república chilena en cuanto necesario fuese. Hacíalo á maravilla, pero, al mismo tiempo, no dejaron los murmuradores de advertir que ponia los ojos en Rosita Urquinaona.

Maturino era la sombra de Avilés, con quien á menudo reñia, pero sin dejar de reconocer en él la ventaja que en todo le llevaba. El venezolano era hombre por demas inquieto, y no sabiendo su gobierno cómo deshacerse de él, creyó lo mejor enviarle por agente á Lima, adelantándole el sueldo de dos años; precaucion que en las repúblicas americanas han solido tomar los empleados, especialmente diplomáticos. Y se fundaban, pues la perpétua agitacion de aquellos desgraciados pueblos ha sido causa de que más de una vez llegára el desventurado á su destino, cuando ya tenía otro el mismo nombramiento. Ni es decir que los españoles podamos lastimarnos á mansalva, pues lo mismo va sucediendo por acá. Con todo eso, tratamos ahora de América tan sólo.

Seguian, pues, hablando nuestros conocidos, y aún la conversacion tenía sus visos y cambiantes de conferencia, cuando entró un lacayo negro, anunciando el nombre del señor teniente de navío D. Álvaro de Sande.

Al punto, Maturino hizo ademan de levantarse para despedirse; pero viendo permanecia Avilés sentado, concluyó por hacer lo mismo, miéntras D. Fermin se disponia á recibir al español.

Entró éste, no poco pensativo, á causa de las extra-

ñas palabras y accion de la Chola; mas, al ver que Urquinaona no estaba sólo, saludó á todos con la mayor cortesía. Correspondiéronle, el amo de casa con cierto empacho, como aquel que, no ha mucho, trataba de cosas poco agradables al recien llegado, Avilés con mesura, y Maturino sin ninguna, pues no correspondió al saludo de nuestro español.

El marino habia sido presentado en casa de Urquinaona cuando llegaron al Perú nuestros buques por la primera vez, y era tan bueno el recuerdo que de la antigua acogida conservaba, que no habia podido ménos de encaminar los primeros pasos al sitio que á tan grata memoria correspondia. Díjolo así con acento modesto y reposado, añadiendo no se tendria por agradecido, si no acudiera, apénas firmada la paz, á saludar á D. Fermin de Urquinaona y á su hija. Las breves y urbanas palabras de Alvaro de Sande, su varonil hermosura y ademanes corteses, desvanecieron la nube de desconfianza, ó por lo ménos de escaso agrado, que en el rostro de los tres americanos se advertia, de tal suerte, que ni áun tiempo tuvo el español de caer en la cuenta de que su presencia no habia sido del todo agradable, pues D. Fermin le contestó:

—Amigo mio, tengo mucho gusto en verle á usted de nuevo. Ya sabe cómo fueron acogidos los suyos en Lima la primera vez, y, especialmente en esta casa..... Pues le aseguro que mi mayor deseo habria sido no vernos jamás separados, y mucho ménos por los tristes sucesos que todos deploramos.

—Lo que importa es que no haya nuevas causas de discordia; respondió el español.

—Amen; dijo D. Fermin.

—Quiéralo Dios; añadió Avilés.

—Pues yo estoy seguro de que así sucederá; exclamó Maturino: si todos los españoles son como el Sr. de Sande.

No pudieron ménos de sorprenderse Urquinaona y Avilés, con el increible cambio de Maturino, áun teniendo en cuenta su mudable carácter. La verdad era que el venezolano, lleno de rencor contra España, habia deseado ahogar con su hiel á Sande. Mas en breve, la simpatía que la presencia de éste despertaba en todo el mundo, su cortés modestia, y, sobre todo, aquel temperamento nervioso que trueca á menudo á los hombres en quien predomina punto ménos que en veletas, habia influido de tal suerte en Maturino, que á la sazon hablaba con la mayor sinceridad.

—Sí, señor marino; añadió el venezolano: el uniforme que V. lleva no es ciertamente por el estilo del que traian los soldados de la expedicion de Morillo, ni yo puedo, por mi edad, acordarme de aquellos; pero no sé qué acabo de experimentar con ver ese uniforme. A la verdad; y no tengo reparo en decirlo; mi padre era oficial del ejército de Morales, leal á España, cuando llegó á Costafirme el ejército de D. Pablo Morillo. Todavía me acuerdo de haber oido á mi padre decir con qué gozo, y cuán llenos de entusiasmo recibieron á los soldados del rey. Los nuestros, atezados por el sol de América, no tenian más vestuario, sino sombrero redondo, canana, y la mayor parte llevaban sólo tapa-rabo. Los oficiales usaban chaqueta, chaleco, pantalon y sombrero redondo.....

Con lágrimas en los ojos referia mi padre, que, desde las cubiertas de sus barquichuelos no hacian los nuestros, sino tener clavados los ojos en aquellos españoles, á quien saludaban, más que como á hermanos, cómo á padres (1). ¡Con qué placer les abrazaban luégo los que pudieron saltar á la cubierta de los navios! Pobres eran los soldados de Costafirme, y su aspecto no podia, en verdad, competir con el de aquellos gallardos guerreros peninsulares; pero habian reconquistado casi todo el territorio de Venezuela y Caracas, y merecian, en verdad, la buena acogida que hallaron en el general Morillo. Morales fué nombrado coronel, mi padre capitan, y á todos los demas oficiales se les reconocieron los grados. Dígase lo que se quiera de la crueldad con que entónces guerreaban ambos partidos, jamás olvidaré que mi padre murió gritando: ¡Viva España!

Alvaro de Sande se levantó á dar la mano á Maturino, y éste le correspondió con apretadísimo abrazo.

Mas, quiso Dios, que, en aquel momento, se encontrase su mirada con la fria y desdeñosa de Avilés, la cual fué para el venezolano lo que para Macbeth la del espectro de Banqüo. El español habia vuelto á su asiento, y Maturino quedó con los ojos clavados en el suelo. Don Fermin y Avilés se miraron, y el primero se puso á conversar amigablemente con Alvaro de Sande.

---

(1) Histórico.

VII.

En esto, se oyeron hácia lo interior de la casa las notas de un piano, como si alguien hubiese abierto las puertas que hasta entónces estorbaban el paso al sonido. Instintivamente permanecieron todos, incluso D. Fermin de Urquinaona, en el mayor silencio.

La persona que tocaba el piano debia de haber comenzado hacia ya rato. Todos prestaban oido; pero ni Maturino, ni Avilés conocian aquella música. Sólo D. Fermin la oia con visibles muestras de agrado, miéntras Alvaro de Sande, como que trataba de recordar algo que acudia á su mente, pero en forma que no acertaba á especificar. De igual manera suele recordarnos la voz de persona desconocida sucesos de que, tal vez, nunca hemos tenido cabal conocimiento; mas, con todo, acuden á nuestra memoria, despertando afectos de tristeza y ternura.

—Eso es un *zortcico*; exclamó de repente el marino.

—Verdad es, amigo mio; respondió D. Fermin: siempre que mi hija toca alguno, me llena el corazon de tristeza y alegría al mismo tiempo. Confieso que, á veces, cuando me hallo sólo y llego á oirle, lloro y rio á la vez, como un niño.

—Ahora sólo falta; dijo para sí Avilés: que este otro majadero se ponga tambien á presumir de hijo de peninsular y de amante de España, y tendremos la fiesta completa.

En cuanto á Maturino, apénas se atrevia á levantar los ojos, desde que los de su cofrade Avilés habian fulminado rayos y centellas, al oirle que su padre, oficial del ejército del Morales, habia muerto y vivido fiel á España.

—Sabe V.; dijo el marino conmovido tambien: que causa increible sensacion en el ánimo oir esa música tan admirablemente expresada, y á 4.000 leguas de la tierra en que ha nacido!

—No crea V., amigo mio; respondió D. Fermin: que sea cosa el *zortcico*, por primera vez oida, ni áun bailada en el Perú. Aquí vinieron tambien no pocas familias vascongadas; y conforme al cariño que los hijos de aquella tierra leal tienen á todo lo suyo, conservaron, no sólo sus costumbres, sino las diversiones. Aquí, donde me tiene V., aún he bailado yo el *zortcico* en compañía, lo ménos, de treinta vascongados, que así nos llamábamos, y otras tantas señoritas, cuyos apellidos demostraban igual orígen.

—Tambien por mi tierra; interrumpió Avilés: adonde acudieron más vascongados que al Perú, recuerdo haber oido á mi padre, que él habia visto bailar el tal *zortcico*.

—¡El tal *zortcico*, el tal *zortcico*!—No hable V. así de un baile tan lleno de garbo y señorío, con ese tono despreciativo; exclamó D. Fermin de Urquinaona.—Sepa V., Sr. Aviles, que si le viera bailar, no hablaria tan mal. De mi sé decir, que, cuando, despues de todas las figuras que el *zortcico* tiene, bailadas al son de tamboril y flauta, concluiamos con un *aurresco* de trescientos mil diablos; ninguno de nosotros se creia orillas del Rimac, sino del Urola,

por ejemplo, en donde todavía subsiste la casa solar de los Urquinaonas, y.....

—¿Y qué?; preguntó con sorna Avilés.

—¡Hombre! deje V. á un pobre viejo remozarse un poco recordando su juventud y aquellos tiempos felices, en que no habia discordia entre cuantos hablaban en castellano..... Y qué quiere V., Avilés; por más que la política nos tenga á todos sorbido el seso, y á V. especialmente..... Ya sabe que un viejo puede decir de vez en cuando la verdad. Pues bien, por más que V. diga, nuestro idioma es el de Cervantes, es y se llamará siempre castellano..... á ménos que no prefiera V. hablar en el inglés de los yankees..... ¿Dice V. que *no* con la cabeza? Pues todavía le queda otro recurso; añadió D. Fermin riendo: puede hablar en araucano.

—¡Ojalá fuera posible!

—Hombre, á la verdad, no niego el honor debido á Caupolican ó á Lautaro; pero..... francamente, Avilés, ¿cree V. que el mejor mozo de Arauco tuvo ni tendrá jamás el buen rostro y talle de D. Ignacio Avilés? Por mi parte, no puedo ménos de creer que la civilizacion ha sido causa de increible cambio en su familia de V., no sólo mudando del todo las fisonomías, sino el apellido.

—Vaya, vaya; respondió Avilés entre risa y enojo: demasiado sabe V. que mi abuelo era un honrado asturiano.

—¿Asturiano, es posible?, replicó Urquinaona riendo.

—Yo tambien me rio; dijo Avilés: pero es de dientes adentro, viendo el espectáculo que estamos

dando á un extranjero; añadió con verdadera mala intencion.

El español, ya en el caso de hablar, contestó:

—Cierto, se hallan Vds. delante de un extranjero; pues á mí me basta que por tal me tengan para no desear otra cosa. Con todo eso, esté V. seguro de que podrá haber tal cual español, cuya necedad ó perfidia sean causa de discordia entre América y España; pero jamás en mi patria hallarán Vds. sus hijos y descendientes, otra cosa sino aquel fraternal cariño con que el pueblo español há siglos mira á cuanto de allende el Oceano proviene. Por ventura, ¿no vemos reproducido acá nuestro nombre, nuestra sangre y áun nuestros mismos errores? No dudo, señor de.....

—Ignacio Avilés, para servirle; dijo Avilés.

—Pues bien, no dudo, señor de Avilés, que haya harto á menudo entre España y sus antiguas colonias ciertas causas que traigan consigo la discordia, lo cual jamás acaece tanto como entre vecinos ó allegados; pero, cabalmente, creo que en ese caso corresponde á cuantas personas instruidas y de buena intencion haya en América y en la Península, en vez de atizar el fuego, aplacarle, y áun si es posible, estorbar su comienzo. En cuanto á mí, escasos años cuento, y ni por ellos ni por mis servicios, harto bien recompensados con la honra de ser marino español, he merecido otra cosa sino las modestas charreteras de teniente de navío; pero, con toda sinceridad digo á Vds., que jamás podré considerar una guerra con América española, sino como civil: y, por lo tanto, demas es asegurar, como hombre honra-

do, que, á ser en mi mano, habria, no dependencia ni supremacía de esta ó aquella parte, pero sincerísima alianza.

—Bastaba con que España desease la paz de buena fe; exclamó Avilés.

—Tiene V. razon; respondió Alvaro de Sande: el cariño con que no puedo ménos de mirar á los hijos de los que fueron hermanos de mi padre, me ha llevado tal vez más allá de lo justo. Bastaba con que España y todas las repúblicas hispano-americanas deseasen la paz de buena fe..... ¡Bastaba la buena fe que siempre ha mostrado el Perú!

—¡Eso quiero decir que hay otras repúblicas que no dan muestras de igual buena fe!; exclamó Avilés con enojo.

—Eso no quiere decir sino que contesto al señor Avilés; respondió el marino.

—Por ventura, ¿ha querido V. agraviar á Chile?

—¿Es V. chileno?

—Sí, señor,

—No lo sabia. Pero ahora que acaba V. de tener la bondad de decírmelo, comprenderá fácilmente, que mal podia haber en mí intencion de ofender á esta ó aquella república.

—¡Con todo!....

Vamos, señores; dijo Urquinaona: creo no haya motivo para que Vds. lleguen á enojarse; en lo que tal vez pararian siguiendo de esa manera. Por lo demas, Avilés, no tiene V. razon en darse por ofendido, ni remotamente, puesto que Sande no sabia de V. sino que era hijo de un honrado asturiano.....

Estas palabras, en tono amistoso y especialmente

las últimas, cortés y pacíficamente empleadas por D. Fermin, aplacaron un tanto el enojo que en el semblante del español y el chileno se advertia.

—La verdad es; añadió Urquinaona: que yo habia aludido á Arauco, Caupolican, etc.; pero, en primer lugar, el Sr. de Sande tuvo en aquel momento que contestar á una breve pregunta de Maturino; y además, podia V. ser araucano y no chileno, pues ya sabe que los hay independientes.....

—Vaya, V. me quiere hacer perder la paciencia; dijo Avilés, entre risa y enojo: aseguro á Vds. que creí que el Sr. Sande trataba de agraviarme.

—Lo mismo creí yo; dijo éste: y puedo asegurar que, áun respetando la casa de mi amigo el señor D. Fermin de Urquinaona, no me pareció conveniente dejar á V. sin respuesta en la forma que todo caballero debe darla. No hice alto en las bromas de D. Fermin sobre Arauco; pero de todas maneras, advertia en V. cierta intencion agresiva, á la cual contesté á ciegas, porque, á tener certeza de que era usted chileno, habria dicho francamente lo que pienso; no de toda la república, pero sí de algunos indivíduos que tratan de medrar á costa de ella, promoviendo la insurreccion en lo interior, y la discordia con pueblos extranjeros.

D. Fermin de Urquinaona quedó, á pesar de su carácter bromista, sin saber qué decir, despues del ataque de Sande; pero Avilés, por cuyo rostro pasó la ira como una centella, se contuvo de tal suerte, que nádie llegó á advertir en él lo más mínimo, ántes bien, respondió con acento reposado:

—Tiene razon el señor marino. Triste cosa fuera

que desapareciesen la estabilidad y union que hasta el presente han contribuido á dar á la república y al gobierno chilenos un vigor de que carecen las otras de América latina.

IX.

D. Fermin, deseando sacar á los demas, y áun salir él mismo del estado de perplejidad en que se hallaba, mandó avisar á su hija, que unos amigos deseaban verla; y habiendo aquella respondido que estaba dispuesta á recibir á los amigos de su padre, encamináronse todos á las habitaciones interiores.

A decir verdad, más de un corazon latia entónces con inusitada violencia. Y áun, acaso, podriamos decir, sin pecar de exagerados, que los tres amigos de Urquinaona pensaban á la sazon con mucho más cariño en la hija que en el padre. No era, en verdad, fácil acercarse á Rosa y permanecer con el corazon tranquilo.

Jóvenes los dos americanos, aunque no tanto como el español, mostraban en el rostro el vivísimo deseo que tenian de ver á la hermosa limeña. En cuanto á Sande, apénas acertaba á andar, segun lo conmovido que iba.

Por costumbre, dejó Maturino el paso á Avilés, y éste, por costumbre tambien, entró el primero en la habitacion donde Rosa Urquinaona se hallaba.

—Muy bien venido, señor de Avilés; dijo ésta con

la mayor amabilidad. Buenos dias, señor Maturino; añadió, dándole la mano despues del chileno.

—Aquí te presento un antiguo amigo; dijo D. Fermin, tomando de la mano á Sande.

No es posible decir la multitud de afectos que en brevísimo instante animaron el rostro de la hija de Urquinaona. Mas, venciendo á todos la alegría, exclamó la jóven con la mayor ingenuidad, levantándose para recibir y dar la mano al español:

—Bien sabe Dios, amigo mio, que experimento en ver á V. una de las más gratas satisfacciones de mi vida. Mucho me alegro de ver á V., Alvaro; me alegro muchísimo.

Habia en las palabras de Rosa, no sólo cortesía, mas verdadero cariño; y aunque éste podia ser el de una hermana, no se dieron por satisfechos con semejante suposicion Avilés ni Maturino. Antes bien, el primero llamó aparte al otro, y le dijo:

—¡Ahí tiene el hombre á quien ama Rosa!

—Primero verles muertos á entrambos; exclamó Maturino, lleno el pecho de vengativa saña.

—Lo dicho, amigo Maturino. El español se lleva una de las más ricas herederas de América.

—¡Y V. lo dice tan sereno!

—¿Yo?, dijo Avilés, mordiéndose los labios y aparentando indiferencia; no creo pueda nádie con Sande, como los sucesos que sobrevengan no le ahuyenten del Perú.....

De cierto habia en las palabras y miradas de Avilés muy mala intencion, que, segun parece, sólo podia comprender Maturino. Y así debia de ser, porque éste, despues de quedarse breves momentos pensa-

tivo, dijo tenía que hacer, y se despidió de todos, incluso de Sande, con la mayor afabilidad, pero no sin mirar al marino de reojo. Salió en seguida de la habitacion con tales ademanes de ira, ya que estuvo fuera, que nada bueno prometia.

Avilés siguió tomando parte en la conversacion, como si nada hubiese hablado con Maturino; aunque, á decir verdad, ateniéndose á la conversacion de Urquinaona; pues Rosa habia comenzado á hablar de tal suerte con el marino, que no era fácil terciára ninguna otra persona en el diálogo.

—¡Qué cansada debe de ser la vida á bordo; dijo la hermosa limeña: y más, cuando no haya modo de saltar en tierra, de vez en cuando!

—Ya puede V. figurarse....., respondió Alvaro de Sande; y, sobre todo, hallándose á la vista de tierra, en la cual tiene uno amigos. Si á esto se añade el temor de que los amigos le tengan por enemigo, entónces experimenta el corazon afecto mucho más doloroso.

Por mi parte, cuando ponia los ojos en la costa peruana, considerando no me era ya lícito poner en ella los piés, me dolia más, que si me dijeran no habia de volver á España.

No empleaban ambos jóvenes la menor palabra de amor. Acaso el marino se habria quedado confuso, si creyera que alguien pudiese llegar á advertir que amaba á Rosa; la cual, de cierto no pensaba en que su cariño al español fuese lo que la gente suele apellidar amor. Ello era, que, á pesar de todo, y aunque, de verse sólos, es probable no hubiesen hablado de otra suerte, ambos jóvenes quedáran como heridos por el

rayo, caso de verse obligados á separarse en aquel instante.

Cierto que no era posible contemplar breves momentos á Rosa y Alvaro, sin quedarse, como á la sazon se hallaba Urquinaona, esto es, punto ménos que estático.

—¿No le parece á V.; decia en voz baja á Avilés: que cualquiera diria, al verles, que mi hija y Alvaro de Sande estaban hechos uno para otro?

A pesar de su firmeza y serenidad, no pudo Avilés ménos de dar un salto; pero el buen viejo, sin parar mientes en ello, prosiguió diciendo:

—Él es de familia muy ilustre..... No es Alvaro de Sande de pega..... Desciende de aquel buen don Alvaro de Sande, gobernador de la isla de los Gerbes, cuando la tomó el Gran Turco en 1560, matando á la mayor parte de la guarnicion.

—Este viejo chochea; decia para sí Avilés.

—Es hombre verdaderamente hermoso y muy acreditado en su carrera..... No es decir que el tal casamiento pueda llegar á verificarse.....

—D. Fermin; exclamó Avilés, conteniendo á duras penas la ira, ¿sería V. capaz de dar la mano de su hija á un español?

No pecaba el carácter de Urquinaona, segun ya hemos podido comprender, de enérgico. Era el peruano hombre de buen corazon, pero débil; con lo que no pudo ménos de quedarse perplejo, en vez de contestar á Avilés que él era dueño de pensar en su casa y disponer lo que mejor le pareciera.

—¡No, hombre!; dijo sonriéndose: no es decir que tratemos ya del casamiento. Ello ha sido mera su-

posicion mia, hija de aquel agrado que no puede ménos de hallar el alma, aunque sea la de un viejo, en contemplar la juventud y la hermosura..... Y sino, mire V. esa pareja..... y diga si no parece cosa capaz de dar envidia á cualquiera.....

Avilés reprimió un movimiento de rencorosa envidia.

—¡Qué gracia tan natural tiene mi hija en todos sus movimientos; cuánta ingenuidad en la mirada; qué parda y halagüeña es su voz!

—Siga V.; dijo Avilés, sin poder ya ocultar su celosa rabia: compare V. al español con el Apolo del Belvedere, en traje de marino, y así acabamos de una vez!

—Amigo mio; no sabe V. qué es ser padre..... De otra suerte, no hallára tan fuera de lugar el placer que experimento en ver animado el rostro de mi hija; despues de tantos meses, en que apénas asomaba la risa á sus graciosísimos labios..... El español se irá; pues, cabalmente, ya con la paz, nada tiene que hacer por Lima..... Quiera Dios, que para entónces, algun buen mozo americano, honrado y discreto, logre, no sólo devolver la alegría á mi hija, como Alvaro de Sande lo acaba de lograr, sino encender en su pecho verdadero amor..... En ese caso, mi único deseo es que el americano sea digno de ella, y verles á entrambos felices.....

—Ya, ¡pero si de ese modo favorece V. el amor de Alvaro de Sande!....

—¡El amor de Alvaro de Sande! ¿Está V. en su juicio? ¿Pues qué, ha podido V. advertir una sola palabra de amor en cuanto llevan hablado?

X.

Suelen esploradores curiosos y atrevidos, no contentos con llegarse al cráter del volcan, complacerse en bajar á la sima que aquel encierra. Ni el humo, ni las emanaciones sulfúreas, ni áun el suelo movedizo y abrasador, que, más parece en disposicion de abrirse bajo los piés, que de mantenerse sólido, son parte á detener al osado, que no advierte con qué facilidad puede desaparecer en brevísimo espacio de la haz de la tierra.

No llevaremos tan adelante la comparacion, que creamos justo comparar á Lima con un volcan, mas, puede asegurarse que los marinos españoles que á la sazon recorrian las calles de la capital peruana, se hallaban en estado no muy diverso del en que, por su propia imprudencia, se halló Plinio, cuando se empeñó en ver de cerca la erupcion del Vesubio; curiosidad que le costó la vida, miéntras quedaban enterradas Pompeya y Herculano.

Pásennos los hijos de Lima el recuerdo y la comparacion; pero, á decir verdad, el haber bajado los españoles á tierra, más tenía de excesiva confianza, que de otra cosa. Con todo esto, nuestros marinos, despreciando tal cual palabrilla poco amigable que de vez en cuando solian oir, andaban en diversos grupos de acá para allá. Disculpa tenía el ánsia que mostraban de hollar tierra aquellos honrados marinos,

despues de diez meses de clausura en sus buques. Diez meses, en los cuales no se habia cometido el menor delito, ni áun apénas, la más leve falta!

Dos marineros habian ido á parar al mercado, digno, en verdad, de semejante nombre, construido en 1851, que ocupa una parte del convento de la Concepcion, y costó 244.950 pesos.

—Oye; decia el de más edad. Aquí se puede emplear bien el dinero. Buenas cosas hay.

—Es verdad; contestaba el más jóven: pero al mercado de la Coruña me atengo, porque aquí, apénas se ve una perdiz, hay pocos patos, y sólo venden pavos y gallinas.

—En cuanto á pescados y mariscos, me atengo á los de España.

—Y yo tambien.

Aquí llegaban nuestros españoles, muy satisfechos de no hallar nada, segun ellos, que aventajase á su patria, cuando estuvieron á punto de desternillarse de risa, viendo que una india pescadera decia á uno de los marineros:

—¡Mérquemelo V., niño, el pescado!

—¡Oye! y te llama niño; decia el más jóven.

—¡Miren la cara de patata!; exclamó el otro.

A esto, su compañero tuvo que volver la cabeza, viendo le decian:

—¿Por qué no lo lleva V. las papas?

Iban á seguir ambos marineros, no sin responder lo que les parecia á la singular manera de llamar compradores que tienen las vendedoras del mercado de Lima, cuando se quedaron embelesados con la disputa que se enzarzó á su vista.

Vendia patatas una zamba, la cual acababa de ofrecerlas á los marineros; y viendo que éstos no compraban, las ofreció á una Chola pobremente vestida, que por allí venia.

—¿A cómo salen las papas? preguntó ésta.

—A ocho, por medio.

—¡*Guá*! ¡Qué lisura! ¡Tan chiquitas!

—¡*Fundona, cargadora*! ¿Por qué no *trayes* carreton?

—¡Chola, motoza!

—¡*Andai*, zamba mocha!

Aquí ya no pudieron reir más los marineros, viendo que el diálogo seguia tomando mayores proporciones y carácter de tal suerte alarmante, que era de temer llegáran ambas mujeres á las manos. Con todo, ya que se desahogaron, quedóse la zamba en su puesto, y siguió adelante la Chola, no sin despedirse con andanadas por babor y estribor, como decian nuestros marineros.

El mercado es uno de los grandes centros de toda poblacion, si no el principal. En el de Lima es fácil hallar en poco tiempo reunidos los diversos colores que forman el arco iris humano que hoy puebla el Perú. El Sr. D. Manuel A. Fuentes, cuyo libro citamos más adelante, y á quien tanto debemos para cierto sabor de la tierra, inclusos los diálogos tan amenos como característicos, cumpliendo con aquella consigna, á que, más ó ménos, suele obedecer todo escritor hispano-americano, habla con ironía del *favor* que hizo España al Perú en conquistarle, y lleva la injusticia hasta el punto de acusar á nuestra patria por el feo rostro y facha desgar-

bada de los indios peruanos. Basta referir semejante acusacion para probar su injusticia.

Los españoles no fueron al Perú en número suficiente para ir desalojando á los aborígenes, como hacen los yankees. Conservaron al indio á su lado; y áun, para aliviarle, cometieron un error, sin duda, mas con buena fe, llevando negros. De la union de tan diversas razas han nacido los muchos mestizos que, si bien sujetos á cierta clasificacion, no siempre es fácil especificar su verdadero orígen. De las tres razas, blanca, negra y amarilla, veian nuestros marinos muchos y diversos ejemplares; pero mayor era el número de mestizos. Además del *zambo*, que es entre nosotros el verdadero *mulato*, habia el mestizo, propiamente dicho, mezcla de blanco y de indio; el *chino cholo*, en parte indio y en parte negro; el *chino prieto*, hijo de éste y de negro; el *chino claro*, que sobre la referida tenía más ó ménos cantidad de sangre blanca. Además, al mestizo de blanco y de zambo llaman mulato; al de éste y de blanco, *cuarteron*; al de éste y de blanco, *quinteron*; así como al de éste y de blanco le permiten llamarse *blanco*.

Los negros son libres desde 1855, y van disminuyendo, cuyas dos razones y una verdadera sinrazon, movió á ciertos especuladores á traer gente de China, como si la tristísima diversidad de castas de la poblacion peruana no fuese la mayor desventura de aquella desgraciada república. Por desgracia, faltan brazos; la colonizacion por medio de europeos halla estorbos en la mala fe de algunos, y en la administracion de justicia; como lo prueban las desgracias de nuestros vascongados en Talambo; con lo

cual, el chino que, si bien ménos robusto que el negro, para todo sirve algo, acude al Perú; siendo, en verdad, excesivo el precio de cada hijo del *Imperio del Centro*, pues vale trescientos pesos. Tal es el costo del nuevo elemento de discordia y perenne inquietud que el Perú recibe á la hora presente.

Hemos dicho que el chino sirve para todo, y podriamos decir que para algo más. La prueba es la siguiente anécdota:

Tenian en cierta casa de Lima un cocinero chino, y habiendo varias personas convidadas á comer, se le ocurrió al amo de casa ir á destapar la olla. ¡Cuál sería su espanto en ver sobre las coles una formidable rata! Demas está encarecerlo; pero el amarillo cocinero, lejos de aturdirse con las justísimas reconvenciones del limeño horrorizado, respondió con la más beatífica serenidad: «¡No tengas cuidado, puchero para tí..... rata para mí!»

Todos los chinos son por el estilo del buen cocinero; con lo cual no es posible tener gran fe en el nuevo elemento regenerador, sobre todo, cuando hay oradores, como cierto diputado (indio de la Sierra), que enemigo de los hijos del Celeste Imperio, se ha llegado á oponer á su entrada con las siguientes razones:

—«Señor, ¿para qué diablos quieren meternos más monos de estos? Son tan feos, vienen á echar á perder nuestra raza pura (¡la India de la Sierra!), y además, son tan corrompidos, que ya no los reciben ni en los hospitales. Si se necesitan extranjeros, se deben traer blancos, pero no ingleses, porque no son cristianos. En último caso, mejor es que traigan negros

bozales de Africa; que al fin, ya los conocémos. Con ellos nos hemos criado, *tienen nuestra misma religion, y hablan nuestra misma lengua.*»

En el Indio de la Sierra estamos; y de él no hemos de salir, sin hablar del oficio en que más frecuentemente se emplea. Hállanse los caminos en lastimoso abandono; y tanto, que, para viajes, no hay sino acudir al expedito y no siempre sosegado lomo del ganado mular.

En Lima hay pocos indios serranos, los cuales, más rudos y apartados de toda civilizacion que los de la costa, hablan en un nuevo castellano inventado por ellos. Por pasar el rato, habíanse acercado varios oficiales de marina de nuestra escuadra á unos indios arrieros, con quienes estaba ajustando el viaje un peruano, y como el diálogo, en semejantes casos, suele ser el mismo, con corta diferencia, trascribimos el siguiente, sin mudar una tilde, pues sería echarle á perder, quitándole su carácter original y expresivo:

—¿Tienes mulas para Jauja?

—Sí, taita.

—¿Cuánto quieres por fletes?

—¿Cuántas mulas necesitas vos?

—Dos de silla y tres de carga.

—Pagarás, pues, diez y ocho pesos cada uno.

—Están muy caras. ¿Quiéres ocho pesos?

—Darás diez y siete.

—Nueve.

—Diez y seis y medio.

—Nueve y medio.

—Diez y seis, siquiera.

—Diez.

—Diez y seis, nada ménos, señor.

—Diez con cuatro reales.

—Vaya, no hablemos más: quince pesos.

—No, señor, no doy más que once.

—Vaya, taita, llevaremos.

—¿Y, cuándo sales?

—Madrugada, mañana ó pasado.

—Convenido. Y las mulas, ¿son buenas? Quiero bestias de silla de paso suave.

—Aguelillos, taita. ¿Pagarás tambien los pastos?

—¿Cómo pastos? ¡Pues no te pago once pesos por cada bestia!

—El pasto es aparte.

—¿Cuánto vale?

—Dos pesos cada mula.

—Te daré uno.

—No, doce reales.

—Nueve.

—Diez *es el* ménos.

—Sean diez. ¿Mañana salimos?

—Bueno, taita. Y los veladores del camino, pagarás tambien.

—¿Veladores?

—¿Quién cuidará, pues, el pasto?

—¿Y cuánto cobran los veladores?

—Un real por noche, por cada animal.

—Corriente. Hasta mañana.

—Será, pues, taita. Al peones pagarás tambien el coca.

—¿Todavía?

—¿Cómo será, pues, señor?

—¿Y cuánto se les paga?

—Un peso por hombre.

—Daré cuatro reales.

—Cinco serán.

—Que sean. ¿Con qué, mañana de madrugada?

—Sí, taita.

¡Áun si cumpliese el arriero lo prometido! Pero la madrugada es, á lo ménos, pasado medio dia; y, cosa increible; dos ó más despues del convenido.

El indio y su mitad, llevan todas las cargas á cuestas, sujetas, además, en la cabeza. Dícese que, en el Perú, el blanco tiene la fuerza en los hombros, el negro en la cabeza, el indio en la espalda, la india en los piés, la negra en la lengua y la blanca en los ojos.

XI.

Halla el español en Lima tantos recuerdos de grandeza; tráenle de tal suerte su patria á la memoria los bellísimos rostros de las mujeres, que, sin contar el propio idioma que oye hablar á cada paso, y áun podriamos decir ve, por donde quiera, no es mucho crea, á lo mejor, hallarse en España. Y si esto incita á mirar con apego aquella tierra, quizá es causa tambien de muchos errores.

Nuestros compatriotas, que se hallan entre gente que habla en el mismo idioma, y ama y reverencia la propia religion, tropiezan impensadamente con estorbos, de que no aciertan á darse cuenta. Pasado el primer afecto que, á no dudarlo, es la sorpresa, viene

luégo el desagrado y áun el enojo, de donde tantos disgustos para españoles y peruanos, por haber olvidado, movidos de su generoso corazon, que eran hijos de naciones distintas, y que, por ejemplo, ciertas fechas de independencia ó dominacion, de fausto recuerdo para unos, no lo eran, ni con mucho, para otros.

Por eso se ha visto, que, en vez de la amistad primera, han solido mostrar la desabrida faz el desvío y áun el ódio. Semejante alternativa no es tan fácil de evitar como á primera vista parece; mas, con todo, una poca prudencia de ambas partes hará cuanto sea necesario para que no se enciendan de nuevo pasados rencores. En ello ganarán los intereses, y, sobre todo, el corazon de pueblos á quien el cielo crió para que se amasen.

A la sazon, y por blando que fuese, en lo general, el carácter peruano, no podia ménos de ser peligrosa la estancia de los marinos españoles. Habia sobradas razones é intereses en contra, que la vista de aquellos concitaba; pero, ajenos á cuanto pudiera acaecer, seguian esparcidos por Lima, buscando con anhelo todo lo que sirviese de recreo á su espíritu, despues de tantos meses de encierro en sus fragatas.

Para nuestros marinos, hollar tierra y pasear por las calles de Lima, era el mayor bien que se les pudiera conceder, salvo el tornar á España. Aún hoy, á pesar de lo poco favorable que debe de ser para nosotros el modo de pensar de los limeños, no es posible piense en la capital del Perú ningun buen español sin cariño. Eran tan grandes los vínculos que nos unian con aquellos españoles, que habrán de

pasar centenares de años, y la *ciudad de los reyes*, la hermosa poblacion que fundó el gran Francisco Pizarro á 18 de Enero de 1535; la que reemplazó á la capital del antiguo vireinato, que era Jauja; la perla del valle de Pachacamac, en fin, será siempre, orillas del Rimac, noble reflejo del honrado solar castellano. Tienen los grandes hombres el don de la profecía, y acertó Pizarro en dar al Perú nombre de Nueva Castilla.

Repartidos los españoles en pequeños grupos, como ya hemos dicho, despues de haber comprado en la plaza lo que mejor les parecia, no era fácil pudieran recorrer todos la grande extension de Lima, que hoy es de 13.343.680 varas castellanas cuadradas, hallándose la parte alta rodeada de murallas, construidas en 1683. A pesar de la latitud de Lima, (12 grados, 2 minutos, 51 segundos de latitud austral, y 70 grados, 50 minutos, 51 segundos de longitud al meridiano de Cádiz;) su clima es por extremo benigno, y aventaja en todo al de las comarcas que en igual latitud yacen orillas del Atlántico; llegando á templar los calores caniculares de Enero, Febrero y Marzo la fria corriente marítima que el polo austral envia á las costas de Chile y Perú.

Veinte leguas á Oriente están los Andes, que bajando de Norte á Sur, envian hácia el Pacífico diversos ramos, cuya altura va gradualmente descendiendo hasta las cercanías de Lima, donde los cerros más altos son los de San Cristóbal y Amancaes. En Lima apénas llueve, siendo muy frecuentes los *garúas* ó nieblas, especialmente desde Abril y Mayo hasta Noviembre.

La vista de la capital del Perú es por extremo alegre. Las casas, de pocos pisos, segun sabemos, para evitar los daños que suelen traer consigo los frecuentes temblores de tierra, tienen agradable aspecto; las calles no tanto, por las acequias de aguas inmundas que ocupan su centro, y las afean. Los balcones vienen á ser la mayor parte lo que en Andalucía llaman *cierros de cristales*, *miradores* en Madrid y *galerías* en Galicia, aunque de forma no enteramente igual, así allá, como en España. Los balcones de Lima resaltan de la pared más de una vara, y si no sirven, en lo general, de adorno, dan alegría á la casa y esparcimiento á los habitantes. Por lo demas, el lujo de los limeños en sus moradas y de las limeñas en el vestir, es muy grande y no estorba el buen gusto.

Lima no ha dejado de prosperar, áun en medio de la multitud de revoluciones, más ó ménos dignas de semejante nombre, que suelen despedazar las entrañas de la madre patria; bien que, para tales trabajos, suelen ser abonadas las míseras entrañas de madre de toda patria.

Desde los once primeros pobladores que acompañaron á Pizarro, cuyos nombres bien merecen ir siempre á la par del de Lima, y son: el tesorero Alonso Riquelme; el veedor García de Salcedo, Nicolás de Rivera (el jóven), Nicolás de Rivera (el viejo), Rodrigo Mazuelos, Juan Tello, Rui Diaz, Alonso Martin de Don Benito, Cristóbal Palomino, Cristóbal de Peralta, y Antonio Peralta, secretario del gobierno; la poblacion ha llegado en nuestros dias á 121.360 habitantes, de los cuales ménos de la mitad son hi-

jos de Lima; habiendo 55.992 nacidos fuera, si bien peruanos, y además 38.761 extranjeros.

Todo español hallará en Lima grato recuerdo de los primeros conquistadores. La catedral, el palacio del gobierno, el arzobispal y el de la villa (1), ó municipal, como ahora suele decirse, fundaciones son de Pizarro. Sin salir del palacio del gobierno, puede aprenderse en breve compendio la antigua y moderna historia del Perú. Aquella morada lo fué, desde 1535 hasta 1821, de tres gobernadores, incluso Francisco Pizarro, y cuarenta y dos vireyes. Pero, miéntras en 286 *años* han gobernado en Perú *cuarenta y cinco* personas; en 44 *años* ha tenido aquella desventurada república *cincuenta y tres* jefes del Estado, además de *cinco* consejos de gobierno. Si semejante relacion espanta, no podrá ménos rayar la sorpresa más allá de la cumbre del Chimborazo, con sólo pensar, en que, de tanto y tanto presidente, *sólo seis* lo han llegado á ser por eleccion popular.

De los sesenta y siete templos que hay en Lima, merece especial mencion la catedral, fundada por Francisco Pizarro, mejorada por el Arzobispo Loaisa, y reedificada despues del terremoto de 1746 por el virey conde de Superunda.

No era el tiempo de la reedificacion el más á propósito para dar muestras de buen gusto en las artes, lo cual se advierte fácilmente en casi todos los edificios, especialmente religiosos, que levantaron los españoles en América durante los siglos XVII y XVIII; pero á vueltas de esto, suelen ser notables

(1) *Cabildo*, conforme al antiguo uso de Castilla.

por su magnificencia y riqueza. Además, se debe tener presente, que, si las torres de la catedral de Lima, como que temen alzarse demasiado, el miedo á los terremotos explica su forma y los ligeros materiales de que la parte alta del templo se compone. Desde la plaza, donde la catedral ostenta su fachada y la del Sagrario, se ven las torres de otro templo, más bello por sus proporciones y aspecto general.

Atraidos nuestros marinos por el hermoso aspecto de las torres de S. Francisco, que era el templo á que acabamos de aludir, encaminaron hácia él los pasos, hallando que, en efecto, la fachada y conjunto del edificio correspondian á cuanto las torres habian prometido. Las torres forman lo mejor de la fachada de S. Francisco, y tienen aspecto de robustez y gallardía, sin estar afeadas como las de la catedral con las linternas de buhardilla, copiadas de las que suelen verse en las iglesias de Andalucía.

XII.

En iglesias y demas edificios notables de Lima impera el gusto, cuyo iniciador fué Borromini en Italia, puesto por los sucesores en el pináculo de la exageracion y perpetuado en nuestra patria con el nombre de Churriguera; quien, á decir verdad, no es, ni con mucho, tan culpado como Donoso y otros secuaces. El churriguerismo, al alcance de indios ó mesti-

zos, demas es decir que haria maravillas en Perú, de las cuales pueden verse señaladas muestras en la mayor parte de sus templos, especialmente en los de la Merced y S. Agustin, en la casa de Torre-Tagle, y otras.

De todas maneras, así en los edificios ya nombrados, como en el hermoso cláustro de Santo Domingo, se hallarán siempre, como ya hemos indicado, grandiosidad ó riqueza, y áun ambas cosas reunidas. En Lima hay diversas comunidades de frailes y de monjas, siendo en todo el número de personas consagradas al culto y cuidado de los templos 1.736.

Sólo posee Lima un edificio labrado despues de la independencia, que merezca especial mencion; y es la penitenciaría ó cárcel, hecha conforme á los mejores modelos de los Estados-Unidos. D. Fermin de Urquinaona, que, sin poder remediarlo, tenía sus visos y cambiantes de conservador, solia decir, que parecia providencial aquello de no haber sabido hacer la república sino una cárcel. Pero D. Fermin era hombre cortés y en extremo bien criado, con lo que no llevaba muy adelante sus consideraciones, temiendo molestar á quien le oyese. Razon que otros no suelen tener muy en cuenta.

Bien habrian querido verlo todo algunos marinos en el poco tiempo de que podian disponer. Al paso hallaban infinitas cosas que, fundadamente llamaban la atencion. Advirtieron, como por grados, las antiguas costumbres españolas, no poco perpetuadas en el Rio de la Plata, tenían todavía más sabor á la antigua madre patria en Perú.

El manto que las mujeres de la República Ar-

gentina llevan abierto y graciosamente caido sobre los hombros, ya le recogen más las de Chile, miéntras en Lima se tapan con él buena parte de la cara. Pero esta costumbre va de dia en dia desapareciendo, y las modas de Paris dan tristísima uniformidad al mundo entero.

En fiestas, visitas, reuniones, pésames, enhorabuenas y comidas, ofrece Lima áun hoy dia muchos recuerdos de la antigua España. En su trato social conserva todo buen peruano aquella cortesía propia de nuestros padres.

A la par de lo español va tambien lo indígena; mas, en lo general, cediendo la preferencia á lo primero. El puchero limeño, hijo, ó mejor dicho, hermano legítimo de la olla podrida, tiene, además de carne de vaca, tocino, cecina, coles, camotes, papada de puerco, salchicha, patitas de puerco, yucas, plátanos, membrillo, relleno, *garbanzos*, arroz, y por condimento, achote molido y sal. Con semejante lastre, no es fácil se le lleve á nádie el viento.

Despues del puchero, se presenta el sabroso *chupe*, que consiste en patatas en agua ó leche con camarones, pescado frito, huevos, queso, manteca y sal. Parece, que, para el *chupe*, sólo los cocineros de Lima tienen el *quid divinum*, el *no sé qué* necesario.

Sobrado fiel á ciertas tradiciones, Lima presume de tener su plaza de toros del Acho, de mayor extension que ninguna de España; miéntras el teatro no es digno de la cultura y buen gusto de la capital del Perú.

Otras cosas pueden parecer á los españoles propias del terruño, y no son tambien sino tradiciones

de la península, un tanto modificadas. ¿Veis aquel hombre montado á caballo? Pues no creais va de paseo. Es médico; el empedrado de Lima es tal, que más vale ir á pié, que padecer en coche el tormento que no pueden ménos de producir multitud de vaivenes y encontrones. Con todo esto, los enfermos, ó sus familias tienen prisa, y como andar de tal suerte en carruaje sería insoportable, y al propio tiempo difícil cumplir con todos yendo á pié, el médico prefiere lo ménos malo, que es ir á caballo. De tal suerte, pero en mula, iban antiguamente los médicos en España.

El soldado tiene tambien en el Perú cierto carácter especial. El guerrero peruano es de aspecto poco marcial. Compuesto el ejército de indios traidos de lo interior; donde, con toda verdad, puede decirse han sido cazados; aquellos míseros descendientes de Quíchuas y Aymaraes, reciben armas y uniforme, sin saber por qué, ni para qué. Sirven á la república, como ántes á España. Pelea el soldado peruano, y áun se pronuncia, si se lo mandan; y acompañado de su inseparable *rabona*, anda diez ó doce leguas, sin dar la menor muestra de cansancio.

Pero si el guerrero merece especial atencion, ¡qué diremos de su esposa — pues casi siempre lo es—y fiel compañera la rabona! Esta es india serrana, como su compañero, de quien es *alter ego*, hasta el punto de ayudarle en todo, llevando á cuestas, además del hijo, cuando le hay, y el perrito, que le hay siempre, cuanto el soldado pone á su disposicion. El ejército tiene doble número de indivíduos del que rezan los documentos oficiales, en el mero hecho de

haber una mujer por cada soldado, que para nada se aparta de los cuerpos de infantería.

De tal suerte es para el indio necesaria la compañía de la rabona, que, habiendo habido jefes poco conformes con semejante *institucion*, en vano quisieron dar con ella en tierra. Mandaron que las *rabonas* no acompañáran más á los soldados; pero el servicio, lejos de ganar perdió, llegando á tal punto el número de desertores, que no hubo otro remedio sino revocar la órden. Los regimientos de caballería, formados de zambos y negros, cuyas mujeres tienen ménos amor ó disposicion para compañeras de glorias y fatigas, no llevan consigo *rabonas*.

Por cuanto vamos diciendo, se ve que á los colores del uniforme peruano, en el cual abundan no ménos que en el de los ejércitos europeos, hay que añadir cuantos grados y tintas corresponden al género humano, desde el negro de azabache al rubio de los godos.

Si es necesario ver los edificios notables, para hacerse cargo de su mérito y de la importancia del pueblo que los posee, el mero aspecto de las calles con sus tiendas, transeuntes y vendedores, da más cabal idea de la vida y costumbres de los habitantes.

Llaman por las calles de Lima la atencion los *fresqueros*, ó vendedores de refrescos, á cuyos gritos, que dan á entender venden helados de piña y leche, acude la gente pobre, pues para las personas acomodadas hay establecimientos donde se pueden tomar helados excelentes.

¡Mas cómo no hablar de la *chicha*, tratándose del Perú! Produccion del terruño eran aguardiente, chi-

cha y guarapo. El aguardiente de uva pura del valle de Pisco se usaba ántes, más que ahora, para tomar las *once*. Dan el guarapo los resíduos del jugo de la caña dulce, y ha sido muy estimado de los negros, especialmente bozales.

En cuanto á la chicha, bien merece ella sola unos cuantos renglones. Usábanla ya los indios en tiempo de los Incas, y Dios sabe desde cuándo. Da la chicha una especie de maiz, el cual se guarda, y cuando comienza á echar brotes, ya en el estado de *jora*, la muelen y hacen cocer en grandes vasijas, llamadas *pailas*; luego se pone á que fermente; despues de lo cual ya está fabricada la chicha, y en disposicion de beberse.

En la sierra mascan la *jora* en vez de molerla: operacion, que, por más ventajosa que sea—como aseguran los aficionados—no nos parece recomendable. A los que, como á nosotros, les parece poco aseado el mascar la *jora*, les contestan, que, como despues se ha de poner al fuego, éste lo purifica todo. Mucho decir es, pero, al cabo, los indios de la Costa y de la Sierra, que son los verdaderos amigos de la chicha, hallan en ella, de cualquier modo que esté hecha, el calmante que á menudo exige el uso del aji, especie de pimiento, que por su picor en la garganta y estómago, equivale á verdadero cáustico.

Más pormenores dariamos, á tener tiempo y espacio para ello. Sólo añadiremos, que todo peruano, pero especialmente el limeño, es, en lo general, de blando, apacible y generoso carácter. Tan excelentes calidades no van, por desgracia, solas. Hay en el hijo de Lima cierta ligereza, poco á propósito para

aquella forma de gobierno que exige el *self-government*, ó séase, gobierno de sí propio, del anglosajon.

Los grandes crímenes, son poco frecuentes, y casi nunca llevados á cabo por hijos de la tierra; pero la ley no alcanza sobrado respeto. A decir verdad, no suele haber para ella ninguno.

A quien ponga en duda nuestras palabras, le citaremos un ejemplo, que, si bien puede parecer trivial, no lo será tanto, si advierte, que, entre lo pequeño y lo grande, suele haber á menudo estrechísima relacion.

Quiere la costumbre, que, en Lima, se conserven aquellas antiguas bromas de Carnaval, que tan pesadas solian ser tambien en otros tiempos por Europa. No es de las ménos usadas la que consiste en llevar cada cual en la mano cierta máquina, de utilísimo empleo, sin duda, pero no ménos difícil de especificar, que el nombre, y á la cual, el aparato que tiene en lo interior, en forma de bomba aspirante é impelente, convierte en instrumento, tan alevoso, como de fácil disposicion para enviar un líquido á donde mejor parezca.

Suele haber personas que no reciben con agrado semejantes rociadas, de donde nacen formales quimeras, y áun derramamiento de sangre. Para impedir éstas y otras pesadas bromas de Carnaval, se da todos los años un bando. ¿Cómo se cumplirá éste, cuando la misma tropa encargada de acompañar á los agentes que publican la órden de la autoridad, es la primera que recibe las más tremendas rociadas?

Fuerza es ya tener el paso por las calles de

Lima. Acaece tomar un libro, por casualidad, y miéntras le hojeamos, sin advertirlo apénas, el interés va en aumento, de suerte, que no tardamos en mirar con amor cosa, que, al principio, era para nosotros punto ménos que indiferente.

Natural es que América incite nuestra curiosidad; pero no sería buen español quien no la amase, cuanto más desventurada la viere.

XIII.

Avilés amaba á Rosa; amábala tambien Maturino, y no era mucho, en verdad, amar á tan angelical criatura, despues de conocer su trato, y, sobre todo, su corazon. Para Avilés, no podia darse mayor tormento del que estaba padeciendo, sin contar que, como nada sabia de ántes, no estaba apercibido para arrostrar con serenidad su pena. Por su parte, don Fermin de Urquinaona veia á su hija, á su único bien, alegre y risueña, despues de tanto tiempo de verla siempre callada y mustia; y para el buen padre nada habia en el mundo comparable con semejante ventura.

En cuanto á Avilés, nada podia prestarle consuelo, como no fuera el pensamiento de vengarse. Hasta entónces, habia presumido de apuesto y áun de irresistible con las damas; su influjo en Chile era grande; la seguridad con que vivia de no hallar quien le estorbára el paso en el mundo, punto ménos

que sobrenatural. Cierto, bien puede asegurarse, sin temor á engaño, que D. Ignacio Avilés creia en su estrella, como Napoleon. Todo esto habia padecido notable menoscabo en poco ménos de dos horas. Avilés habia entrado en casa de Urquinaona mirando por encima del hombro al género humano, y al presente se veia reducido á escuchar las que él llamaba *sandeces* de D. Fermin; porque Rosa no tenía palabras sino para un teniente de navío de la envejecida España, la ruin, la ignorante y áun la leprosa, como es muy posible le hayan tambien llamado sus hijos americanos; que en esto de renegar de su orígen, no creo haya habido nádie que con ellos pueda compararse.

—¿No ha visto V. las plantas de Europa que cultivo yo misma en el jardin?; decia á la sazon Rosa al marino.—Pues vamos allá, que ahora no es grande el calor..... ¿Vienen Vds.?; añadió Rosa mirando á su padre y á Avilés.

—Desde aquí os veré; respondió Urquinaona llegándose al ancho balcon.

—Yo tengo que hacer; dijo Avilés: saludando y despidiéndose de todos con la mayor urbanidad.

Salió al punto de las habitaciones de Rosa, mas, ántes de llegar á la ancha puerta de la calle, mil encontrados proyectos habian acudido á su mente.

Ya fuera de la casa, vió que hácia él venia Maturino á buen paso.

—¿Qué hay?; preguntó Avilés con ronco acento.

—Lea, dijo Maturino: presentándole un despacho telegráfico, el cual decia lo siguiente, descartadas la fecha y demas accesorios:

«*Trigo de Chile, encalmado.*»

—¡De suerte, que no han hecho nada! Gritó lleno de ira Avilés, sin ser dueño de reprimirse.

—Serénese, serénese, no se ponga bravo;..... repuso Maturino: el parte es de por la mañana temprano.

—¿Y por qué no me le han traido ántes?

—Como hemos andado toda la mañana de acá para allá.....

—¡Cierto, perdiendo el tiempo..... incluso en casa de Urquinaona!.... Me parece que al viejo chocho no le han de valer sus millones, si continúa de esa manera.

—¿Queda todavía en la casa el español?

—Allá queda por amo y señor de todos..... y si no le van á la mano, me parece que se lleva el corazon y los millones de Rosita Urquinaona.

—¡Oh! Lo que es en cuanto á eso.....

Y ambos siguieron andando y hablando en voz baja, al propio tiempo. A poco, alzaron algo más la voz, y Maturino sacó un papelillo arrugado, en donde se leia escrito con lápiz lo siguiente:

«*Trigo, dentro de una hora, lo más tarde.*»

—¿Y ese parte ha ido en seguida? preguntó Avilés.

—Como qué aquí tenemos tambien la contestacion del Callao.

—Silencio, Maturino. Hable V. callandito, que pasa mucha gente por esta calle.

Maturino entregó á Avilés el siguiente telégrama, que en efecto era tambien del Callao, y decia así:

«*Comprado. Dentro de dos horas.*»

—De ese modo, dijo con alegría Avilés; acaso ya...

—De seguro.

—¡Qué Chola tan cansada ésta!; dijo á la sazon Avilés: anda mujer, ó quítate del paso, que no nos dejas seguir..... Primero has venido pisándonos los talones, y ahora te pones delante..... ¡Y no es fea la Chola! añadió el chileno, miéntras aquella se apartaba para dejar el paso.

Maturino nada decia, siguiendo adelante con los ojos bajos.

—¡Adios, Felipillo!; le dijo la Chola.

—Adios, Rosita; repuso Maturino, con visibles muestras de vergüenza.

—¡Hola, Maturino! ¿Con qué V. conoce á esta buena moza?

—Y algo más, añadió la Chola; que, como habrá comprendido el lector, era nuestra conocida.

—¿Qué quiere decir ese algo más?; preguntó riendo Avilés, y dando por un momento al olvido los buenos ó malos pensamientos que habia poco le ocupaban.

—No ve, señor, que Felipillo es Cholo, como yo; respondió Rosita.

—Anda con Dios, y déjanos en paz; gritó Maturino, lleno de ira.

Avilés comprendió que la intencion de la Chola habia sido mortificar á su amigo; lo cual acababa de lograr de tal suerte, que el chileno llegó á tener lástima del venezolano; con lo que, lejos de seguir bromeando, dijo:

—Ea, queda con Dios, buena moza, que vamos de prisa.

—Vayan con Dios y Santa Rosa de Lima; respon-

dió la Chola, quedándose atrás: y ya que se vió sola, dijo para sí:

—Veremos adónde van á parar esos dos hombres de buena intencion.....

XIV.

Aguas tomadas del Rimac, rio arriba, y á gran distancia de la ciudad, regaban el hermoso jardin de Urquinaona. El clima del Perú, á pesar de la extremada sequía que padece la costa, es á propósito para todas las plantas y frutos del orbe. El condor, ave, cuyas alas suelen tener catorce piés de una punta á la otra, se mece á más de veinte mil piés sobre el nivel del Pacífico, y á pocos ménos sobre plátanos y melocotoneros, guayabos y ciruelos, nogales y palmeras; en suma, señorea á un tiempo todos los productos de la zona tórrida y de la templada europea, de los cuales, á brevísima distancia, por el aire, son compañeras las plantas de los Andes.

El jardin de Urquinaona era una maravilla, cuyos primores y riqueza llenaban de alegría á los ojos de quien les contemplaba.

—Vea V., Alvaro; decia Rosa, yendo de una parte á otra, como el ave de flor en flor volando: yo prefiero las plantas de Europa; en primer lugar, porque tambien las prefiere mi padre, y en segundo lugar..... porque tienen para mí un no sé qué..... A la verdad, Alvaro; me muero de tédio en Lima. Cuando miro

muchas plantas y flores, de esta parte del jardin, traidas de España, me dan deseos de llorar..... ¡No quiero mentir! Le confesaré á V., que he llorado más de una vez. Acaso alguna pobre flor se ha visto marchita con las lágrimas que sobre su corola he derramado.....

—Y Rosa calló, miéntras Alvaro la miraba de hito en hito.

Las nubes entoldan el cielo de Lima durante los meses de calor, que ya hemos dicho son allá Enero, Febrero y Marzo. Con todo, la influencia del astro rey en árboles y plantas, no es menor que en el hombre. Se respira do quier cierto hálito extraño, que enerva y dispone los sentidos, más bien á voluptuosa indolencia que al trabajo ni al estudio.

En el jardin de que vamos hablando, no muy grande, pero sí lo suficiente para pasar en él largos ratos de solaz y apacible recreo, habia, además, aquella atmósfera que forman las plantas, cuya fragancia embriaga y alternativamente adormece y conmueve.

El hombre, en semejantes casos, vive la extraordinaria vida de aquellos seres sobrenaturales, con que llenó un tiempo la imaginacion de pueblos inocentes bosques y praderías de la edad de oro.

—Pues á mí me sucede lo contrario; respondió Alvaro, como le llamaremos, imitando á su amiga: á V. la agrada Europa, y yo no hago sino pensar en América. ¡Qué de veces, Rosa, de guardia en el puente de la fragata, cuando, sin más acompañamiento que los tumbos y resaca del Pacífico, allá en la costa, y á bordo, el triste gualdrapeo de las velas

contra palos, masteleros y jarcias, presagio á veces de temporal, en que era de temer se perdiese el buque, tenía que recordar mi obligacion, ante todo, para acudir á ella, en vez de poner siempre los ojos en las costas del Perú, de donde apénas los aparto cuando estoy embarcado! Aseguro á V., como amigo leal y sincero, que habria preferido no se firmase la paz entre Perú y España y morir combatiendo contra las baterías del Callao.....

—Buen modo de querer al Perú; exclamó Rosa sonriendo.

—No es quererle tan mal como V. imagina; porque la pérdida de nuestras fragatas de madera es segura contra baterías de tierra bien dispuestas y artilladas..... Conque ya ve V., que ántes merezco tacha de mal español, que de enemigo de los peruanos.

—Bien, pero tan tristes pensamientos no le acosarán á V. siempre.

—Harto á menudo, por desgracia.

—De ese modo, no halla V. agrado sino en la esperanza de morir pronto.

—Cuanto ántes, si la paz que acaba de firmarse ha de ser causa de volver en seguida á Europa..... ¿Sabe V., Rosa, que más de una vez suelo maldecir á la honra?

Ambos jóvenes iban andando por entre rosales y enormes matas de dalias y camelias; y la graciosa limeña puso los ojos en el español, diciendo:

—¡Vaya, veo que no dice V. palabra de verdad!

Alvaro la miró tambien, y, para estar en lo cierto, fuerza es confesar que ni Rosa ni Alvaro se dijeron nada..... con los labios.

A menudo, por los bosques vírgenes de América, y al lado de un árbol jóven, enhiesto y por demas lleno de hermosura y lozanía, yace una enredadera, cuyas flores, de color vivísimo, fueran la desesperacion del pincel europeo. El vigor de la tierra americana da por momentos nueva savia á la hermosa planta, nacida para crecer al amparo de tronco robusto. Ley secreta, que el hombre conoce y no explica, va insensiblemente acercando la enredadera al árbol. Breve trecho les separa; ramas y hojas, como que se levantan por su propio impulso del suelo, miéntras las corolas de las flores miran todas al árbol que las ampara.....

Cierto que Alvaro y Rosa semejaban con toda verdad árbol y enredadera.

Alvaro ofreció el brazo á la jóven, que parecia un tanto cansada, y ésta, llena de rubor el gracioso semblante, puso los ojos en la verdegay alfombra de fino césped, y apoyó el brazo en el de su apuesto compañero.

Hasta entónces habian permanecido siempre á la vista de D. Fermin, quien desde el balcon les miraba con cariñoso interés. De cuando en cuando volvia Rosa los ojos, para no alejarse mucho de su padre; mas, una de las veces, vió que ya no se hallaba éste en su sitio.

—Tenemos que dar la vuelta. Mi padre no está ya en el balcon; exclamó la jóven: á lo que replicó el marino:

—¿Tan pronto?

Volvieron, pues, hácia la casa, y Alvaro exclamó de nuevo:

—¡Vea V. si yo tenía razon en maldecir á la honra!

—¿Y por qué?; preguntó Rosa con cariñoso acento.

—¡Por qué! ¡Por qué! ¿Y V. me lo pregunta? Porque la honra me ha de obligar á alejarme del Perú; pues de lo contrario, tendria que desertar, faltando á mi bandera..... Por la honra tambien doy con V. la vuelta, obedeciendo á su más leve insinuacion..... Por la honra, que me hace perder para siempre la primera y acaso última vez de mi vida, en que me sea lícito hablar con V. á solas..... con V., Rosa de mi alma, á quien amo más que á mi vida.

No es posible decir qué sintió Rosa en el corazon, al oir las palabras de Alvaro. No iban muy de prisa, mas ambos fueron acortando el paso, hasta que Rosa se detuvo, y poniendo sus hermosísimos ojos en los de Alvaro, le dijo anhelosa y temblando:

—¿De veras, Alvaro, tiene V. tan presente á la honra, como dice?

—Y ¿cómo no? Rosa, si es el único patrimonio que de mi padre he heredado.

—Le creo á V..... y puesto que mi padre no nos llama..... aguardemos.

—¡Bendita sea!; exclamó Alvaro, en actitud punto ménos que de adoracion.

Detuviéronse breve espacio; mas, á poco fueron deshaciendo lo andado, y de tal suerte siguieron embebecidos en el amor, de que por primera vez se habian dado cuenta, que, sin saber cómo, se hallaron en una de las umbrías más apartadas.

Jamás podrá el arte humano pintar con verdad el amor de dos corazones puros y honrados.

Como la sensitiva huye y se agobia ante la mano, cuyo tacto la mancilla, Rosa intentaba alejarse del único hombre á quien en su vida habia amado, y á quien, por vez primera, acababa de confesar su amor. Como el niño acude al seno de la madre, así Rosa pedia amparo y ayuda al generoso corazon de Alvaro.

Y éste, llevándola del brazo, se detenia á menudo á contemplarla, sin atreverse ni áun á empañar con su aliento la frente purísima de la hermosa limeña. Parecia, como que los árboles enlazaban cariñosamente las ramas, para aumentar la frescura de la umbría; y plantas y flores se doblaban al paso, ofreciéndose al suelo, cuyo césped, como que mostraba alegría de verse hollado por aquellos dos seres tan llenos de hermosura y juventud.

Sobre el bellísimo brazo de Rosa latia el corazon de su amado, con tal fuerza, que Rosa no pudo ménos de llevarse la mano al suyo, para comparar.....

—¡Lo mismo late; la dijo Alvaro: lo mismo late que el tuyo!

—Como que van á la par, ¿no es verdad, Alvaro?

Enmudeció el jóven breve instante, y al cabo exclamó:

—¡Dios mio! ¿Y será posible que esto se acabe?

—Si acaba, será para volver; respondió Rosa con firmeza.

—¿De veras? ¿Me lo prometes, gloria de mi alma?

—Te lo juro.

—Y yo te juro no amar, ni pensar, ni existir para ningun otro ser en el mundo, sino para tí.

En aquel momento, y cuando llegaban á la mayor espesura, Alvaro soltó el brazo de Rosa; y viendo

como una aureola de inocencia en la frente de la bellísima limeña, fué á besarla..... mas de pronto cayó en sus brazos sin sentido.

Rosa dió un grito de espanto, al ver, en aquel instante, salir del propio sitio en que se hallaban, y huyendo, sin hacer el menor ruido, á un hombre, que al punto desapareció, como serpiente traidora, sin saber por dónde.

Alvaro, en tanto, dió un suspiro, y quedó yerto en el regazo de su amada, la cual, sin ánimo para tenerse en pié, habia caido al suelo de rodillas.

XV.

Llamado á toda prisa por sus criados, habia teni-Urquinaona que entrar en las habitaciones interiores; siendo, sobre todo, quien con más furia le llamaba la doncella zamba de su hija.

—Acuda, señor, acuda; decia: que aquí hay un marinero que desea hablarle con toda urgencia.

—Pero ¿qué es eso, María Antonia? No parece sino que la casa se viene abajo: decia D. Fermin, un tanto desasosegado.

—Venga y lo verá, que el marino tiene más prisa que nosotros.....

Acudió, pues, Urquinaona á la gran antesala de la casa, donde le esperaba un cabo de mar de la escuadra española, y éste, quitándose el sombrero que, hasta entónces, habia tenido puesto, dijo:

—Vengo de parte de *nostramo*.....

—¿Y quién es *nostramo*? ni qué tengo yo que ver con *nostramo*, para que así vengas á darme el susto que acabo de recibir?

—*Nostramo*, señor..... vamos, es como si dijéramos el contramaestre.....

—Bien, ya entiendo. ¿A dónde vamos á parar?

—Eso queria yo saber, porque estoy, hace rato, sirviendo el escandallo, y no encuentro sino brazas y más brazas de agua, sin poder hallar fondo..... Quiero decir, que, hace no sé ya cuánto tiempo, estoy dando bordadas por esas calles de Lima, sin poder hallar á D. Alvaro de Sande..... Y el viento que empezó por fresquito, ha refrescado de tal manera, que, si Dios no lo remedia..... vaya, ó yo no me explico, ó V. no me entiende. Vengo á decir al señor D. Alvaro, que si no arría en banda, está perdido..... Digo, me parece que hablo claro..... Pues, señor, arriar en banda, es largar del todo el cabo que estaba amarrado..... y ahora, tampoco..... Pues bien: le dice usted, que vengo á buscarle, porque si no, le buscarán á él, como á los demas españoles, que nos están dando caza por todo Lima.

—Hombre, ¿qué dice V.?

—Ni más ni ménos. Por eso me dijo *nostramo*: anda, Pachon, anda, salta como gallina muerta, y dile á D. Alvaro, que, al pobre cabo de mar de la *Resolucion*, Estéban Fradera, le acaban de despachar para el otro mundo los valientes del Callao.....

—Pero, ¿es cierto lo que V. dice?

—¡Oiga, y diga si no hay marejada!

D. Fermin, atónito, prestó oido, y advirtió, en efecto, que se oian voces y gritos lejanos.

—Pues esos mozos han estado á punto de cogerme en facha; quiero decir, como cuando el viento da de pronto por el revés de las velas..... me parece que hablo claro..... quiero decir, que trataron de sorprenderme sin accion, ¡pero á mí, que soy de Esteiró!.... Conque, vamos, dígame si tiene á bordo á D. Alvaro; y si no, aunque haya que volver al Cabo de Hornos, le buscaré hasta encontrarle, porque es muy buenó, y todos le queremos de corazon.

—¿Pero, de veras hay tal peligro?; exclamó Urquinaona.

—En cuanto á peligro, no, señor. Ellos parece que quieren hacer con nosotros lo que con Fradera; pero con tal que lleguemos á toca-penoles (1), no hay miedo. Ahora, lo malo es, que, como tiran tambien piedras.....

—¡Válganos Dios, Señor, válganos Dios! Y ¿cómo van Vds. á salir por esas calles, los dos solos?

—En cuanto á eso no hay miedo; en yendo abarloados..... quiero decir, lo más juntos que podamos, nos aguantamos, y al que venga..... tengo yo con qué despacharle, como el buen Fradera ha despachado á tres ó cuatro en el Callao.

—Pero, ¿cómo ha podido suceder semejante desgracia?

—Lo que V. llama desgracia, y yo llamo muerte de Fradera, fué así..... Pues, señor, dice, que, cuando ménos se lo pensaban los nuestros, y cuando

---

(1) Se dice á *toca-penoles*, cuando una embarcacion pasa sumamente inmediata á otra, casi tocándola. De aquí la frase: *combatir á toca-penoles*.

ellos se creian seguros, comenzó la gente del Callao á insultarles, y, despues á perseguirles. Unos pudieron embarcarse, á otros les dieron abrigo varias almas caritativas—que tambien, segun parece, las hay en el Callao—mas Fradera se vió sólo. ¡Catalan para ser cobarde! Pero eran tantos los que le iban dando caza, que no hubo remedio, sino largar el chicote..... quiero decir, que se echó al agua, y como buen nadador que era, llegó á un bote donde habia un marinero peruano.....

Aquí Pachon, retorciendo el ala del sombrero con las manos y mordiéndose los labios de ira, añadió:

—¡Que no encontrára yo al tal marinero de agua dulce!.... Él habia de estar detrás de una batería, y yo con la caña de *nostramo* (1); que le aseguro me habia de pagar la muerte de Fradera con la suya.... En fin, que se negó á recibir á bordo á quien le pedia la vida..... sí, señor, aunque nádie lo crea. El pobre catalan, viendo que aquel marinero tenía entrañas de tiburon, viró por redondo y puso la proa á tierra. Allí le esperaban valientes por docenas, provistos de piedras y palos; y con todo eso, ninguno se atrevió á esperarle, viéndole saltar en tierra cuchillo en mano. ¡Viva Malgrat, su tierra! ¡Y vivan todos los cabos de mar de la armada! Aquello era correr..... ¡Traidores! Sólo desde lejos se atrevian á tirar piedras á Fradera, y con tal tino, que con una le saltaron un ojo..... ¡Señores! Entónces, aquel va-

---

(1) La caña de Indias que hoy usan los contramaestres reemplaza al antiguo rebenque, al chicote ó látigo con que castigaban á bordo.

liente se cortó con su propio cuchillo el ojo que le habia quedado colgando.....

—¡Jesus, qué horror!; dijeron D. Fermin y los criados que habian ido acudiendo á oir al marinero.

—No hay de qué. Fradera, entónces, dijo para sí: pues señor, morir aquí apedreado, como perro con rabia, miéntras esos traidores ganan barlovento, no hay para qué..... ¡Adelante la marina española! ¡Rayos! A los dos primeros que encontró, los envió á pique.....

—¿Al agua? preguntó Urquinaona.

—Al otro mundo..... me parece que hablo claro. Otro cayó tambien herido..... y otro..... y en fin; añadió Pachon, respirando como una foca: ¡miren qué hazaña! Tantos contra uno..... al cabo..... pudieron con él. ¡Qué habia de suceder! ¡Pobrecillo! Mujer é hijos deja en su tierra, como yo los dejaria... ó dejaré en Ferrol, si esos perros siguen con la intencion de hacernos á todos los mismos cariños que á Fradera.

Calló el buen marino, y todos permanecieron en silencio. Nádie tan apesadumbrado como Urquinaona, pues veia en cuanto estaba pasando la mano del partido contrario al gobierno y á sus amigos.

—Pues vamos á ver á D. Alvaro; exclamó, para que sepa lo que ocurre.

—Y le dice, que aquí está Pachon.

—No, más vale que venga V. conmigo.

—Con perdon; respondió el marino, siguiendo á Urquinaona.

Pero estaba escrito, que no habia de pasar el dia sin más sustos para éste. Oyóse, de pronto, ruido há-

cia la calle y varias voces, entre las cuales sobresalia la de una mujer. Parecia, como que disputaban; pero las voces se fueron acercando, y D. Fermin no pudo ménos de volverse á preguntar, qué sucedia.

—Sr. D. Fermin; exclamó Rosa la Chola, que era la que delante venia, miéntras los criados la querian estorbar el paso: Sr. D. Fermin, añadió cruzando las manos, óigame, por Dios; que esta gente no sabe lo que se ha hecho, con no haberme dejado entrar á tiempo.

—Pero, ¿qué sucede? gritó Urquinaona, lleno de enojo; ¿qué ocurre hoy por mi casa, que no parece sino que todos los diablos sueltos acuden á ella?

—Por Dios, señor mio; exclamó la jóven, retorciendo las manos y sin poder apénas hablar: al jardin..... ¡Doña Rosita! ¡D. Alvaro! ¡Al jardin! Venga por Dios..... Puede que ya sea tarde.....

—¡Dios mio! ¿Qué dice esta mujer?

—Vamos por Dios; gritó la Chola, arrastrando del brazo á Urquinaona y llevándole á toda prisa hácia el jardin.

La Chola estaba fuera de sí. Demas sería intentar describir los encontrados afectos que en su rostro parecian. Llena de ira, esperanza y desesperacion, y punto ménos que demente, la Chola bajó al jardin, sin soltar del brazo á Urquinaona; miéntras éste, dominado por aquella extraordinaria mujer, la seguia, sin acertar á darse cuenta de nada. Detrás seguian Pachon y los criados. Mas, ya en el jardin, la Chola exclamó:

—Sr. D. Fermin, mande V. que no vengan todos. Que esperen ahí.

En aquel momento mandaba la Chola, y todos obedecieron áun ántes de que Urquinaona hablase. Sólo Pachon siguió detrás, y al verle la Chola, le dijo:

—¡Siga el marinero, siga, que puede hacer falta!

Oíanse los gritos del motin, unas veces más cerca, y otras lejos, si bien algunos sonaban bastante próximos. Pero, cuando el griterío cesaba, no se oia el rumor mas leve.

Detúvose la Chola, como la fiera olfatea la caza, y mirando á todas partes, y poniendo el oido atento, dijo de repente, señalando á un extremo del jardin:

—¡Hácia allá!

XVI.

Echó á correr, y al punto emparejó con ella Pachon, siguiendo todo lo más á prisa que podia el mísero Urquinaona.

—Nada se oye; decia la Chola, sin aliento apénas: ¡si habremos llegado tarde!

—Aquí estoy yo para lo que haga falta; la decia Pachon.

Llegaron, en esto, á la umbría, donde habian quedado últimamente Rosa y Alvaro, y la Chola, que al través de las ramas habia divisado el color blanco de la bata de la hija de Urquinaona, saltó á lo interior, como el jaguar sobre su presa, quedándose muda y helada de espanto, con lo que á sus plantas veia.

Rosa, de hinojos, pero caida hácia atrás é inclinada la cabeza sobre el tronco de un árbol inmediato, tenía el rostro más blanco que la bata que su gracioso talle ceñia; pero aún conservaba en el regazo, sostenida con sus manos casi yertas, la hermosa y pálida cabeza de Alvaro, el cual habia caido de lado y yacia sin movimiento.

El silencio que todo en torno reinaba, y la vista, hermosa y horrible á un tiempo, que ambos jóvenes presentaban, no podian ménos de causar dolor y miedo, tanto que el mismo Pachon retrocedió un paso.

—Sostenga al viejo cuando llegue; exclamó la Chola, y llegándose primero al marino, tocóle la frente, diciendo:

—Aún vive.

—En cuanto á ella; añadió: está únicamente desmayada. Y retrocediendo algunos pasos, no pudo ménos de mirarles con envidia. Pronto dió lugar ésta á la compasion, mas, cuando tornaba la Chola á acercarse, llegó D. Fermin.

—Quédate aquí con el pobre viejo; dijo la Chola á Pachon: vuelvo en seguida.

Y salió dando voces, con lo que al punto llegaron varios criados, de los cuales fueron en seguida algunos á buscar el médico que más cerca viviese, sin perjuicio de ir otro á llamar al de la casa.

Urquinaona mostró más ánimo de lo que la Chola temia; sobre todo, cuando se persuadió de que su hija no estaba sino desmayada; pero, al levantar Pachon el cuerpo de su jefe, vióse la bata de Rosa empapada en sangre.

—¡Iza!; gritó Pachon, sosteniendo á duras penas en sus robustos brazos el cuerpo inerte de Alvaro.

—¡*O demo!* (1); añadió el buen marinero, sin contener dos lagrimones que le enturbiaban los ojos: haber andado cuatro mil leguas, para morir calafateado con un puñal por la espalda.....—¡Esto es peor que lo de Fradera!

Pachon habia acertado. Un médico, que vivia en la casa inmediata, declaró, despues de ver el cuerpo de Alvaro, que éste habia sido herido con arma blanca por la espalda; y, que, si bien respiraba, no parecia probable viviese dos horas.

Las exclamaciones de los criados y el llanto de las criadas, zambas, como la mayoria de las que sirven en Lima, mortificaban de tal suerte á D. Fermin, que el médico mandó callar á todos; y miéntras las mujeres se llevaban á Rosa, que aún seguia desmayada, los hombres acudieron á D. Alvaro. Pero, Pachon, con airado ceño, se negó á que nádie pusiera en él la mano, diciendo:

—¡Si hay alguien que quiera probar mis puños, venga por mi jefe!

En vano trató el médico de probarle que éste iria mejor llevado por varios, que no como él le llevaba; pues Pachon se contentó con decir:

—No me fio de nádie. Nádie toca á D. Alvaro, miéntras esté aquí Pachon.

Perdíase con esto el tiempo; y el médico mandó que todos echasen á andar hácia la casa, miéntras

---

(1) Demonio.

Pachon, cierto ya de que no podia ayudarse al desventurado Alvaro, le tomó tan bien, que le llevaba en sus brazos, como un niño, consintiendo, únicamente, que la Chola fuese sosteniendo la cabeza del herido.

D. Fermin, con aquella generosa hospitalidad, tan frecuente en todas las tierras de América, un tiempo española, mandó poner al herido en su propia habitacion, y áun acudió él mismo, á pesar del dolor que le agobiaba, para que nada faltase de cuanto fuere necesario á la mejor asistencia. Rosa habia vuelto en sí, y el médico mandó la dejáran en reposo, no consintiéndola hablar; si bien fué necesario decirla, que Alvaro estaba levemente herido y tardaria muy poco tiempo en sanar.

En cuanto á la Chola, pidió la dejasen asistir á D. Alvaro; y, como en todo habia mostrado tan grande interés; no siendo acaso difícil saber por ella quién fuese el asesino; D. Fermin dijo, que, desde luégo venia en que la voluntaria enfermera siguiese al lado del herido. En cuanto á Pachon, nádie le dijo nada, sino que tomó por suyo un lado del lecho de Alvaro, y desde allí vigilaba cuanto en torno acaecia; siendo, además, tan buen enfermero como la Chola.

Miéntras todo esto sucedia en lo interior de la casa, llegaron á oirse los gritos de fuera, muy cercanos ya; pero á veces, ántes parecian de desesperacion, que de ira. Tan próximos estaban, que, entre las amenazas de muerte y venganza, oíanse tambien súplicas de piedad.

Hubo brevísima pausa. Oyéronse varios tiros, algunos gritos despues ya más lejanos, y á poco resonó

por las piedras de la calle el confuso y aunado galope de muchos caballos. En aquel instante pasaba un regimiento de caballería, barriendo la via pública, dejando en pos de sí soledad y silencio.

XVII.

La revolucion, intentada con pretexto de haberse firmado la paz con los españoles y hallarse éstos en tierra, fué en Lima eco de lo sucedido en el Callao. Pero, merced á la energía del gobierno, no pasaron las cosas adelante, sin lograr por entónces nada más sus enemigos; salvo la mancha con que intentaron oscurecer el honrado nombre de nuestros antiguos hermanos, los hijos del Perú.

Entre tanto, la escuadra tenía ya á bordo á todos los oficiales y demas indivíduos que se hallaban en el Callao; pero, como tambien habia no pocos en Lima, segun ya sabe el lector, el general Pareja acudió primero al contra-almirante peruano Mariátegui, y en seguida al gobierno; no sólo protestando contra cuanto habia sucedido y pudiese acaecer, sino exigiendo el desagravio debido á sus justísimas quejas.

Cierto que si hubo autoridades, como el general Prefecto, del Callao, que mostró escasa aptitud, ó mas bien ningun deseo de cumplir con su obligacion, amparando á los indefensos españoles insultados y perseguidos por el populacho, en cambio, el contra-al-

mirante Mariátegui, recibió, al querer contener el tumulto, varias pedradas en la cabeza, así como palos, de cuyas resultas cayó al suelo. Tambien fué herido el vicecónsul francés, miéntras en varias casas y escritorios recogian y ocultaban á muchos españoles.

Los que se hallaban en Lima fueron amparados por el representante de Francia. Deber de agradecimiento que, á fuer de españoles honrados, no olvidaremos nunca, es repetir donde quiera, que los agentes de Francia, cumpliendo con los deseos de su gobierno, han merecido, no pocas veces, bien de nuestra nacion.

Entre tanto, hallábanse ya armados los botes de nuestra escuadra, dispuestos con sus cañones para cuanto pudiese acaecer. Tantos sacrificios de una y otra parte; tan sinceros deseos de paz en muchísimas personas sensatas de la república, parecian empleados en vano. Y si tal habia sido el anhelo de los instigadores del tulmulto, bien podian darse por satisfechos; por mas que, acaso, creyeran tambien encender desde luégo la revolucion, para dar en tierra con el gobierno. Semejantes deseos no son de difícil logro en pueblos de voluntad débil para el bien como para el mal; caso que á menudo registra la historia en todos tiempos, lugares, razas, continentes, islas y penínsulas; mas, por entónces, tuvo el presidente Pezet fuerza bastante para hacer rostro á la insurreccion, y vencerla.

Cuando el escuadron pasó por delante de la casa de Urquinaona, barriendo, como ya hemos dicho, la gente que en la calle habia; huyeron, ante todo, los alborotadores, y aunque, al principio, muchos que no

lo eran, apresuraban poco el paso, hubieron al cabo de hacerlo, viendo que la caballería, ocupando todo el frente de la calle, no consentia el menor estorbo delante. Así, á los gritos de los sediciosos, correspondian ayes y lamentos de mujeres y personas indefensas.

Dos hombres permanecian, como esperando el resultado de cuanto pasaba; pero, al ver que nada era parte á resistir el empuje de los ginetes, y temiendo, no sin razon, verse barridos tambien y obligados á huir con la multitud, acudieron á tiempo en demanda de refugio á la casa de Urquinaona, cuya puerta tenian ya entornada los criados.

Uno de los dos que buscaban acogida se empeñaba, con todo, en no entrar; pero el que primero habia pasado, le obligó á hacer lo mismo, cuando la caballería no se hallaba dos varas distante.

—Déjeme D. Ignacio; decia el último: que quiero escupir á la cara á esos sicarios.

—Nada se saca con eso. Además, que la *gente* lo está haciendo tan mal, que no puede ser peor.

—Ya ve V. que la revolucion comienza.....

—El tumulto ha concluido, amigo Maturino.

Eran ambos, segun habrá comprendido el lector, Maturino y Avilés. El primero nervioso, iracundo y mudable, como siempre; el segundo frio y sereno. Ya dentro del espacioso pórtico, y con dos ó tres criados á la vista, hubieron de seguir hablando en voz baja, con lo que únicamente se pudo oir, que Maturino decia, contestando á una pregunta de Avilés:

—Segun parece, cayó muerto sin dar un quejido.

—Pero.....

—Le pasó con el puñal de parte á parte.

—No habia necesidad, sino de darle dos ó tres golpes en la cabeza; dijo con horror Avilés: para que así le tuvieran que llevar á bordo. Y no que ahora... Vamos, me desespera el pensar que, si llega á vivir, tendrá que permanecer todo el tiempo en esta casa.

—Yo tambien le advertí, se contentára con un palo, pero el tal mulato parece tenía agravios que vengar.....

—¿De veras?; preguntó Avilés.

—Sí; dijo Maturino: parece que D. Alvaro de Sande, ó lo que sea, tambien le habia llevado el cariño de esa Chola tan graciosa, á la cual ama el mulato.

—De manera, que el tal marino presume de Adónis; exclamó, lleno de encono Avilés. En fin, de todos modos; añadió: yo no queria sangre. Ese..... mulato habia prometido ponerle en estado de que tuviese que irse á bordo; pero yo no trato con asesinos.....

—¿Y qué hacemos ahora?, preguntó Maturino: la revolucion seguirá.

—Hombre, no sueñe; ¿no ha visto cómo corrian esos cholos delante de la caballería? Si se hubiesen dejado matar, siquiera media docena..... ya podriamos sacar partido..... pero esa gente no ha hecho mas que tomar dinero, guardársele y echar á correr. Desengáñese, Maturino, no hay aquí ánimos para otra cosa; y todo lo que no sea tener soldados es perder tiempo.

Los dos amigos siguieron hácia lo interior, y bajando, en proporcion, la voz.

En aquel momento, salia Rosa la Chola de la habitacion del herido, para encargar una medicina á los criados. Al verla Avilés, quedó lleno de sorpresa, y la preguntó, qué hacia en aquella casa.

—Estoy asistiendo á un herido..... á quien debo asistir, ya que no le he podido salvar.

—¿Y quién es el herido?; preguntó el chileno.

—Felipillo se lo podrá decir; respondió la Chola, clavando sus ojos, que despedian centellas, en Maturino: el cual, confuso y sin acertar á decir palabra, se iba quedando detrás de Avilés.

XVIII.

—Picada está la mar.

—¿Qué dices, Pachon?; preguntaba D. Fermin.

—Que hay marullo.

—Explícate.

—Verdad es que no me explico. Mejor fuera decir que hay mar de fondo.

—Hombre, habla en castellano, si puedes; porque no te entiendo ni palabra.

—Ya ve V., D. Fermin; me he reenganchado por dos veces; de modo, que no soy, así, un matriculado cualquiera, sino un verdadero cabo de mar hecho y derecho.

—Bueno, pero dime: ¿es verdad que has visto pasar á los oficiales y demas gente de la escuadra española que estaban en el consulado de Francia?

—Lo he visto. Como no duermo apénas, esta noche oí ruido; y miéntras la Chola se habia quedado dormida al otro lado de la cama, y el criado de usted roncaba por los suelos, me levanté bonitamente y fuí á una de las rejas bajas.

—¿Abríste?

—No hubo para qué. Con el calor, la habian dejado abierta.

—¿Y qué viste?

—Nada. Primero pasaron varios oficiales, despues seguia la demas gente de á bordo.

—¿Iban solos?

—Sí, señor. Pero les acompañaba tropa de infantería y caballería..... Al pasar delante de la reja, un francés que iba con ellos.....

—Sí, el Encargado de Negocios de Francia.

—Él estará encargado de todos los negocios que usted quiera, pero no habla claro.

—Bien, como quieras. Sigue.

—Pues el encargado, ó lo que sea, dijo: á la estacion del ferro-carril, por el camino más corto. Todo esto muy chapurrado..... tanto, que yo no le encargaria que enseñára á mis hijos á hablar.

—¿Y siguieron todos adelante?

—Claro.

—Vamos á ver: ¿cómo está D. Alvaro?

—Sin decir esta boca es mia.

—El médico ha dicho, que será un milagro, si no muere.

El marinero, al oir esto, tragó saliva y dijo:

—No, pues por falta de cuidado no ha de quedar; porque aquí yo, y la Chola, y V., y los criados; todo

el mundo, en fin, se esmera..... ¡pero la puñalada es de pícaro! ¡No, lo que es en cuanto yo dé con él!....

— Por ventura ¿sabes tú quién es?

— Ese Mariquino, ó Martino, ó como se llame, que vino anoche, me parece lo debe de saber. Digo, al ménos, la Chola se lo sospecha, segun parece.

— Hombre..... no puede ser. Maturino es hombre honrado.

— Mariquino será hombre honrado; pero la Chola le ponia unos ojos, cuando él y su amigo se empeñaron en entrar á ver al herido..... Y, además, ya habia tenido ella no sé qué palabras con los dos, cuando se les encontró que entraban. En fin, ello dirá; y Nuestra Señora de Pastoriza, que allá se está en su santuario de la costa de la Coruña, nos ayude..... porque á la verdad, Sr. D. Fermin, V. es buen hombre, pero me he de ver en franquía y dispuesto á perder de vista á Lima, y me ha de parecer imposible.

— Vamos, vamos; que á pesar de lo que os ha pasado, tambien hay muy buena gente en el Perú.

— No lo niego. Y sino aquí está V. Pero, con todo, me hallo en tierra, con el mismo gusto que tendria, si me viera en una serviola para ser fusilado.

En esto, entró el médico; y D. Fermin y Pachon, que se hallaban en el aposento inmediato, pasaron con el facultativo al del enfermo. Enmudecieron todos largo espacio de tiempo, hasta que, por último, y despues del reconocimiento de la herida, no pudo ménos el buen marinero de dar un profundo suspiro, al oir que era preciso olear á D. Alvaro de Sande, ántes que exhalase el último aliento; cosa que no podia ménos de suceder muy en breve.

XIX.

Al dia siguiente, rayando el alba, daba la vela una lancha, del puerto del Callao, para las islas de Chincha. El viento favorecia la navegacion, y la distancia no era larga, pues las islas se hallan á doce kilómetros de la costa por la parte de Pisco.

Islotes, con soberbio desden mirados años atrás, cuando las entrañas de los Andes rendian fácil tributo á la codicia del hombre; islotes sin vegetacion y de aspecto, en verdad, poco agradable, son los tres que llevan el ya célebre nombre de Chincha.

Capa de guano de diversos metros de profundidad los cubre; algunas casas de madera y una iglesia de lo mismo, dan muestra en ellas de la presencia del hombre civilizado; y gran número de buques de todos los pueblos de la tierra, acuden en busca del preciado abono, para devolver á suelos, ya cansados, parte de la fertilidad perdida. Olor amoniacal, por extremo desagradable, y menudo polvillo, que con frecuencia molesta, son dos cosas, de las cuales no es fácil librarse en aquellos islotes, nuevo Pasco, nuevo Puno, donde el Perú halla riqueza tan pasajera y áun dañosa, como ántes la plata; que no parece sino desventura de aquella fertilísima region, tener siempre á mano extraordinarias riquezas que seduzcan y aparten al hombre del trabajo, único manantial de legítima prosperidad para los pueblos.

Fué el viaje de la lancha lo más breve que podia ser; con lo que, al cabo, dió vista á las islas de Chincha, no sin hallar en el camino una fragata española y la corbeta *Vencedora*. Poco más de un kilómetro tenía que andar para la isla del Norte, que es la principal; y era fácil ver, que á bordo no iban sino dos hombres, además de los que tripulaban la embarcacion. De los dos pasajeros, uno era mulato, y apénas se movia del puente, en donde iba echado, envuelto en el poncho. El otro era cholo, como lo daba á entender su rostro: si hemos tardado tanto en conocerle, ha sido porque, vestido con traje de hombre del pueblo, no era fácil, á primera vista, descubrir en su disfrazada persona la de nuestro conocido Felipe Maturino.

— ¿Se ve algo? preguntó el mulato.

— ¡Qué se ha de ver, hombre! Levántate, y mira, que ya estamos en tierra de salvacion. ¡Pues no ha sido poco el miedo que al bueno de Rosario le han causado los *godos!*

Rosario Castro, á quien tambien presentamos de nuevo al lector, por si acaso no se acuerda de él; Rosario Castro, el mulato, con aspecto más enfermizo y ruin que de costumbre, fué poniéndose poco á poco en pié, y mirando en derredor.

Varios buques iban y venian, pero cuando se persuadió de que ninguno era español de guerra, exclamó:

Rosario Castro no teme á ningun gallego.

— Sea enhorabuena. Sólo que has tardado no poco en decirlo..... Lo suficiente para hacerte cargo de que no te oia ninguno.

Pusiéronsele al mulato blancos los labios, y dijo, lleno de ira:

— Al ménos, no necesito de mano ajena para despachar á un amigo.

— Serénate ; le dijo Maturino , bajando la voz : y añadió á su oido: Ten calma, Rosario , ten calma, que dentro de unos dias habremos vencido.....

— ¿ Y seré *perfeto* ?

— Hombre , no digas *perfeto*..... se dice *Prefecto*. Serás *Prefecto* de donde tú quieras.

— Veremos si se logra. Ello , en fin, yo habria deseado dinero.....

—Ya te hemos dicho, que no le tenemos, pero..... ahí están las islas de Chincha..... y cuando sean nuestras..... ¡no te digo más!

—Veremos; respondió Rosario Castro, serenando poco á poco el rostro: pero si no me cumplen la palabra, me oirán todos, y áun los que no me quieran oir.

—No tengas miedo, Rosario; si te parece mejor, serás Coronel.

—Más quiero ser Coronel, que *Perfeto*, porque lo primero no me lo quita nádie y lo *perfeto* sí.

No pudo Maturino ménos de sonreirse, y respondió:

—No tengas miedo; te prometo serás lo que quieras. Entre tanto importa que te embarques cuanto ántes; y lleves á Arequipa el encargo que te hemos dado, así como las cartas, con las cuales has de tener mucho cuidado no te se pierdan. A ménos, que en las Chinchas no halle yo la órden de ir contigo. De todas maneras..... me acompañarás.

—Como que me va en ello el ser Coronel ó *Perfeto*; pero no..... prefiero ser Coronel.

—Lo que importa, es que en Arequipa lleves tu merecido: dijo para sí el Venezolano.

—¿Diga, y se ha sabido algo del tal marino español? Supongo no le dejé tiempo, ni aún para decir Jesús.

—Ya te he dicho, hiciste mal. Para lo que te se buscó, fué para que, saltando la pared del jardin de Urquinaona, cayeras sobre el godo, dándole un golpazo que le aturdiese. Mis amigos y yo queriamos lo mismo; pero no su muerte, porque nuestro único deseo era que, maduro del golpe, pudiese volver cuanto ántes á su maldita fragata. Para eso te busqué, no para que le matáras.

—Ya me ha echado, lo ménos, media docena de veces igual sermon el señor Maturino; repuso con ceño el mulato.

—Y te le repetiré cien veces.

—Pues hace mal: porque otras tantas le diré lo que cuando me buscó para apalear al español. Me parece, que entónces hablé claro. Me alegro, dije, de que me venga á buscar para el godo, porque yo le ando siguiendo los pasos hace algunas horas, y no se me escapará. Digo, me parece que esto dije.

—Sí, pero te expliqué bien claro lo que queriamos.

—¿Y qué contesté?

—No me acuerdo; repuso con breve y enojado acento Maturino.

—Pues yo sí. Mis palabras fueron estas; dijo el mulato, pronunciándolas lentamente: Vds. quedarán servidos, y yo tambien.

—Pues yo no advertí que llevabas en ello segunda intencion; añadió con creciente disgusto Maturino.

—Venga acá; dijo Rosario, con voz melosa: pues no le enteré luégo, aparte, de que el godo me habia quitado en un momento el cariño de mi Chola!.... ¡Y hombre como yo, de tal manera ofendido, se habria de desahogar con uno ó dos palos, por bien dados que fuesen! Vaya, si de esa manera queria no perdiese el gallego la vida, no haberme encargado á mí la comision.

Maturino se encogió de hombros, y, disgustado siempre, repuso:

—Sea lo que quiera. Habria preferido matarle yo cara á cara, ántes que ser, ni indirectamente, cómplice de un asesinato.

—Benditos sean los escrúpulos de monja; dijo con feroz sonrisa Rosario Castro.

Maturino enmudeció, pero, al cabo, dando un suspiro, exclamó:

—¡Estaria escrito!

—Cuando Dios lo ha consentido; dijo el mulato: es porque el gallego lo merecia. Además, que yo me encomendé á Santa Rosa de Lima, para no errar el golpe..... Y vea cómo la Santa nos ayuda contra esos ladrones.

—Infame asesino; exclamó para sí el venezolano: tu deseo era vengarte..... y lo has logrado á costa de mi honra.

XX.

Aspecto harto diferente presentaba la escuadra española, del que ántes tenía, cuando la lancha de Maturino y el Mulato pasaron por delante de ella. La seguridad que trae consigo la paz, se habia trocado en desconfianza. Botes artillados con sendos cañones, eran á modo de centinelas de nuestras hermosas fragatas. Otros, de igual manera dispuestos, se hallaban más hácia lo interior del puerto, y áun al costado de la fragata *Amazonas*, donde tenía su insignia el Contra-Almirante peruano Mariátegui.

Toda la noche habian permanecido los botes velando por las fragatas; y á la par, en éstas, no habia sido menor la vigilancia, en vez de la seguridad y reposo de dias anteriores. Nuestros barcos, en donde jamás se habian descuidado las precauciones debidas, tenian al presente tomadas cuantas pudiera exigir el peligro. Con todo esto, no era posible advertir el menor ruido á bordo, oyéndose únicamente, en medio de la oscuridad, los gritos de ¡alerta! que, comenzando, en cada fragata, por el centinela de popa, corrian á los portalones, hasta el de proa; tornando de nuevo la escuadra á quedar en solemne silencio.

Amaneció, dió el toque de diana la señal de despertar, y miéntras las guardias de mar seguian haciendo el servicio de igual manera, y con la propia exactitud que de noche, comenzóse á advertir cierto

ruido hácia lo interior de la *Villa de Madrid*, donde, á semejanza de cuanto en las otras sucedia, iban por el sollado los oficiales de mar, dando la voz de *¡arriba!* á la cual contestaban los marineros saltando de sus *cois* (1) y acudiendo á cumplir con su deber.

Sorbieron las bombas agua del mar, para esparcirla en seguida sobre ambas cubiertas de la fragata, y, provistos los marineros de sendas escobas, comenzaron un *baldeo corrido*, por no ser dia de usar *piedra* y *arena*.

Lavada de esta suerte la fragata, con presencia del oficial de guardia, de los guardia-marinas y oficiales de mar, tomaron los marineros *lampazos*; esto es, manojos de *filástica*, restos de obenques ó cuerdas viejas; para dejar seca en lo posible la madera, quedando así el piso no poco resbaladizo, pero limpio, y desapareciendo lentamente el color oscuro de la humedad absorbida.

—¡Muchacho, el de la *Almansa*! suelta la *carabina*, y toma ese lampazo; decia en voz baja un marinero, como de treinta años, á otro mucho más jóven, y que parecia novel en barcos de guerra.

Lo que el marinero llamaba carabina, nombre generalizado para semejante uso, era la escoba de baldeo; mas, fuese que el jóven estuviera distraido, ú otra razon cualquiera, tuvo el compañero que quitarle la escoba de la mano, y, dándole, no muy blandamente, un envion, le dijo:

---

(1) Coi: especie de hamaca, hecha de un lienzo que cuelgan los marineros de las cuatro puntas, y en él duermen.

—Que *nostramo* te llegue á ver con esa cara de avetonta, y verás lo que te pasa.

El jóven volvió en sí, y tomando un lampazo se empleó afanoso en la tarea, aventajando á la mayor parte de sus compañeros.

—Así me gusta; dijo su amigo, al parecer, y consejero: no lo hemos hecho mal. Ahora, puede que te toque ir á la tabla de jarcia..... ¿Tienes ánimo?

—¡Vergüenza sería no tenerle, cuando no parece sino que la fragata está en el dique!; respondió el jóven.

—¡Bien dicho..... pero como no tienes costumbre de andar por las nubes!

—Tengo, tengo más de la que cree.

—Pues entónces, no hay que hablar.

Poco habia que hacer en el aparejo, estando la fragata al ancla; mas el tiempo pasó en breve, y á poco, el tambor anunció el desayuno de los marineros. Miéntras estos toman su galleta con café, bueno será detenernos un poco en los dos marineros que no ha mucho hablaban á propósito del baldeo, y de subir á la járcia.

Era el de más edad andaluz, malagueño, alto, rubio y con ojos extremadamente azules, de suerte, que, desde luégo causára maravilla á quien no conociese la hermosa raza que puebla nuestra costa de Andalucía, el oirle hablar con el indispensable y gracioso *ceceo* de tierra de Málaga. Bien que por ésta es mucho más frecuente de lo que algunos imaginan el hallar rostros blancos y cabellos rubios; que no pidieran más para sí las costas de Holanda, por las cuales, sería harto difícil hallar al mismo tiempo los

hermosos ojos y gallarda apostura que nuestros costeños andaluces suelen tener.

En cuanto al más jóven, recordará el lector—que para ello no tiene mucho que hacer—el comienzo de la presente narracion. Allá quedó Feliciano Marin, el marinero de Mugardos, despidiéndose de su madre, y llevando en el sombrero un letrero que decia, *Almansa*.

¿Cómo le hallamos al presente en la *Villa de Madrid*? Fácil es saberlo con toda brevedad. La fragata, de cuya dotacion formaba parte, segun rezaba el sombrero que por primera vez le vimos, no habia ido aún al Pacífico.

Aunque por extremo jóven, tenia nuestro marinero buen rostro y talle; pero, sobre todo, mostraba ser de agudo entendimiento, como en efecto lo era; y habiendo sido necesarios dos hombres de confianza para acompañar á un oficial de marina que tenía que pasar el istmo de Panamá con pliegos para nuestra escuadra, fueron elegidos en el Ferrol Feliciano Marin, antiguo conocido nuestro, y Jacobo Pachon, que, no por nuevo en la amistad, vale ménos á nuestros ojos.

El oficial era el teniente de navío D. Alvaro de Sande. Con él estaban á bordo de la *Villa de Madrid*, hacia ya tiempo.

—¡Feliciano Marin!

Aún estaban los marineros desayunándose, cuando un indivíduo, con uniforme de médico de la armada, que salia de la cámara del comandante, llamó á nuestro marinero del modo que acabamos de oir.

—¡Feliciano Marin!; dijo de nuevo alzando la voz

y mirando por una escotilla hácia lo interior de la fragata.

—¡Hé, tú, el de la *Almansa!* Sube, que te llama D Andrés; gritó el contramaestre.

Brevísimos instantes tardó el hijo de Mugardos en hallarse sobre cubierta, cuadrado delante del facultativo que le acababa de llamar.

—¿Sabes; dijo éste: que, además de Fradera, cuya muerte conocemos, no parecen ni el teniente de navío D. Alvaro de Sande, ni su compañero el cabo de mar, Sabueso?

—Pachon; dijo con imperceptible sonrisa Feliciano.

—Pachon, es verdad..... Pero, ¡á quién diablos se le ocurre llamarse Pachon!; añadió el médico riéndose á carcajadas.

Feliciano permaneció cuadrado y conteniendo la risa.

—Bien; y á tí, que eres uno de los dos marineros que vinísteis por Panamá, no te se ocurre ¿qué podriamos hacer para dar con D. Alvaro y Pachon, á quien, desde España has acompañado siempre?

—Estoy pensando en ello, desde que han desaparecido; pero, como no sea ir yo á tierra con permiso del señor comandante general.....

—¿Para que te den el excelente trato que á Fradera?

—Podria ir disfrazado.

—Vamos, veo que ya tienes costumbre, desde el paso de Panamá, y no lo harias mal. Sígueme, y en el camarote veremos lo que se puede hacer.

El médico echó á andar, y en pos de él, Feliciano.

PARTE SEGUNDA.

I.

Tres hombres, con anchos sombreros de paja, traje y aspecto propios de los moradores de las *chacras* ó casas de campo de los alrededores, van por las calles de Lima, puestos los ojos en otro, que delante de ellos y á cierta distancia, les precede.

En nada se parece éste á sus compañeros; como que, á poco que en él paremos la atencion, nos será fácil advertir es conocido nuestro. Y cierto que hemos tardado por demas en advertir, es el propio señor Ignacio Avilés en persona.

En cuanto á los que le siguen, tampoco son desconocidos; pero su traje nos ha estorbado, hasta el presente conocerles. Aunque de rostro atezado, no tenian color, ni, ménos, facciones de indios y mestizos peruanos. Antes parecian hechos á la vida, faenas y trabajos del mar. El más alto, rubio y de ojos azules, único á quien se le oia de cuando en cuando la voz, pues los demas hablaban muy bajo, tenía cierto acento y *cecco* que no llamaban al pronto la atencion; mas, á poco, era fácil advertir en ellos mayor

energía que en el blando y casi infantil *seseo* de los peruanos.

Como que la persona de quien vamos hablando habia nacido á cuatro mil leguas del Perú, nada ménos que en las costas de Málaga; y era, en fin, el marinero, á quien, no ha mucho, vimos trabajando á bordo de la *Villa de Madrid* con nuestro antiguo amigo Feliciano Marin. Este era el otro campesino peruano; y el tercero, D. Andrés Plá, médico de la armada, por brevísimo espacio de tiempo á bordo de la *Villa de Madrid*, pues su destino era en otro buque. Él era quien habia llamado á Marin, llevándole luégo consigo á su camarote.

Allí trataron de ver la mejor manera de averiguar el paradero de D. Alvaro de Sande; y á Feliciano se le ocurrió, oportunamente, que ni su pronunciacion ni la de Plá, que era catalan, podian ser á propósito para mantener mucho tiempo el disfraz que llevaran. Cayendo, pues, en la cuenta de que su compañero el malagueño, bien aleccionado, podia llevar la voz, se lo dijo á Plá. Comprendió éste cuánta razon tenía Feliciano, y á poco, el malagueño estaba tambien disfrazado con el traje que ya tenian Plá y Feliciano, no sin reirse el buen marinero de su pacífico aspecto de *aperaor*, como él decia.

Vestidos, pues, ó mejor, disfrazados, acudieron al combés (1) de la fragata, en donde les recibieron los jefes y oficiales, riéndose no poco al principio, y

---

(1) Espacio entre el palo mayor y el de trinquete, en el puente ó cubierta superior del buque.

despues, deseándoles buena suerte. Luégo se embarcaron en un botecillo, traido del Callao al intento, no tardando sino pocos minutos en llegar á tierra.

Maravillóse, y no poco, D. Andrés Plá, de oir le llamaban por su nombre apénas puso los piés en el muelle; y no fué menor su sorpresa en ver, que quien le dirigia la palabra, era persona de buen aspecto y corteses modales.

—Bien venido el Sr. Plá y sus compañeros; dijo el desconocido.

Callaron los tres españoles; pero al ver, que, con la más apacible sonrisa, seguia el americano dándoles la bienvenida y asegurándoles, no tenian para qué recatarse de él, no pudo ménos D. Andrés Plá de decirle:

—Caballero, tenga V. la bondad de explicarme cómo nos ha conocido; cuando yo creia que no era posible hacerse cargo de nuestro disfraz.

—Ya ve que nádie nos oye; respondió el americano: conque así, no tiene que temer compromiso de ningun género. Fie, pues, en mí, y siga, que si no me engaño, todos llevamos el mismo camino.

—Permítame V. que me sorprenda aún más con lo que acabo de oir.

No pudo ménos el americano de sonreirse maliciosamente, diciendo:

—El Sr. Plá es muy dueño de tornar á bordo, si lo tiene por conveniente; pero, si le parece mejor cumplir con las órdenes de sus jefes, y áun con lo que él mismo ha prometido, no hará mal en dejar á un lado toda desconfianza y en seguirme á Lima, donde, si no me engaño, hemos de dar pronto con el infeliz D. Alvaro de Sande.

—Señor mio; respondió Plá: veo que aquí no hay más remedio sino volverse á bordo, ó seguirle..... Pero, deje V. que le pregunte por mi querido amigo Sande..... que si no me engaño.....

El americano respondió:

—Temo, que cuando lleguemos á Lima, no exista ya.

—Pero, ¿serán capaces de matarle?

—Lo han intentado..... Y se lo digo á V. con harto dolor y vergüenza.

—¿Luégo, ha muerto?

—Cuando salí esta mañana, aún vivia, pero le acababan de dar el Viático.

—Vamos allá, á ver si es posible llegar ántes que espire.

—Síganme; dijo el americano, encaminándose hácia la estacion del ferro-carril: y hagan cuanto me vean hacer, pero sin hablar ni acercarse á mí para nada.

—¿Tendrá V. inconveniente en decirme, á quién debo el señalado servicio que estamos recibiendo?; preguntó D. Andrés Plá.

—No hay en esto nada que deban agradecerme; respondió el americano: pero, si desea emplearme en algo, de hoy en adelante; no tiene más que preguntar, en Perú ó en Chile, por D. Ignacio Avilés.

—Doble mérito en V. lo que hace; pues, si no me engaño, tengo entendido, no es el Sr. D. Ignacio Avilés muy amigo de los españoles.

—¿Ha oido V. algo de eso?

—Sí, señor.

—Pues rebaje, rebaje cuanto quiera; respondió

Avilés: y callemos ya, hasta que en Lima les dirija yo á Vds. la palabra.

De esta manera llegaron á Lima nuestros españoles, siguiendo siempre al chileno, sin que éste diera en todo el tiempo la menor muestra de conocerles.

II.

Avilés era hombre de carácter firme y astuto, verdadero prototipo de sus compatriotas. Deseando comprometer al Perú en guerra con España, no dejaba de hacer para ello cuanto en su mano estaba; pero, al mismo tiempo, comprendia cuán ventajoso fuera para él casarse con Rosa Urquinaona.

Apuesto, cortés y hombre de notable representacion en su tierra, no dudó Avilés que la hermosa heredera pudiese dejar de amarle, apénas le viese. Pero Rosa no daba muestras, sino de hastío, diciendo siempre, que sólo saldria de semejante estado, con viajar por Europa.

Cierto que el deseo de ver á París es cosa que forma parte de la vida de muchos americanos, en especial, de los yankees; pero Rosa mostraba, ante todo, su predileccion á España, la cual hallaba su padre fundadísima; pues, como él decia, era muy natural tuviese su hija deseos de acudir al valle del Urola, no lejos de Azpeitia, donde aún existia la casa solar de los Urquinaonas.

Avilés habia ido al Perú, cuando los españoles, embarcados ya, y rotas las relaciones amistosas con la república, para nada ponian los piés en tierra. Además, no hay duda, que, desde luégo se habian amado Rosa y Alvaro; mas nada se habian dicho, como ya sabemos, quedando, por espacio de diez meses, sin verse, aunque no sin pensar continuamente el uno en el otro.

Nada, pues, sabia el chileno, con lo que su enojo, al advertir el amor de ambos jóvenes, no halló medio que le pareciese malo, con tal de apartarles para siempre. La insurreccion preparada en el Callao, y áun Lima para algunos dias despues, estalló, por órden del chileno, que no veia el instante en que los españoles quedáran de nuevo obligados á encerrarse en sus buques.

Los celos le hicieron cometer la torpeza de atizar una insurreccion, cuyo éxito fué favorable al gobierno, que pudo fácilmente vencerla. Pero los celos movieron á D. Ignacio Avilés á cometer un crímen, que al presente le horrorizaba. Cierto que jamás pensó en la muerte de Alvaro de Sande, y áun por eso buscó á Rosario Castro, valiéndose de Maturino; pues éste afirmaba que el mulato no era hombre de armas tomar, y se contentaria con dar dos ó tres palos á traicion. Nada más queria Avilés, hallando disculpa á tan ruin propósito, en lo necesario que era desapareciese cuanto ántes D. Alvaro de Sande de casa de Urquinaona. De esta suerte, y no teniendo gran confianza en el buen resultado de la insurreccion, contaba, al ménos, con que el marino se viese obligado á permanecer á bordo bastante tiempo. El

suficiente, siquiera, para que Avilés, libre de todo estorbo, pudiese mostrar á Rosa Urquinaona el ardentísimo amor que la tenía.

Maturino, fiel en política al chileno, no lo era en cuanto á dejarle en paz la posesion del pingüe patrimonio de Urquinaona; pero, siendo lo principal alejar á Sande, creyó, como Avilés, que lo mejor para ello, fuera ponerle en estado de tener que acogerse á bordo, en donde no podria ménos de verse obligado á permanecer algun tiempo. Para este caso reservaba tambien Maturino todo su amor y todos los recursos de su fogosa imaginacion, por ver de lograr que Rosa Urquinaona, olvidando la fealdad de su rostro, y su sangre—cosa punto ménos que imposible en Lima—llegára á amarle.

Ni Avilés, ni Maturino, celosos ambos, contaron con los celos de Rosario Castro; y aquellos tenian al presente, no sólo vergüenza, sino verdaderos remordimientos, por haber sido causa del asesinato de Alvaro de Sande.

Cómo Avilés tuvo noticia de que D. Andrés Plá y los dos marineros habian de ir disfrazados á tierra, es cosa que no podemos explicar, sino diciendo, que los trajes se habian encargado al Callao á persona de toda confianza; mas, peruanos y chilenos tuvieron á menudo noticia de cuanto entre los nuestros pasaba, con tan sorprendente exactitud, que áun hoy los jefes y oficiales de la escuadra española del Pacífico no aciertan á darse cuenta de ello.

Nada podia parecer mejor al chileno, que el ver á los nuestros ir en busca de Alvaro de Sande, porque, si éste moria, nada quedaba que temer de tan

formidable rival; y si, lo que no era de esperar, recobraba la salud, sería á bordo, cabalmente en donde le queria Avilés, y no en Lima.

Al llegar el hijo de Chile á la puerta de Urquinaona, se detuvo, é hizo seña á los disfrazados españoles, que allí debian entrar. Siguiéronle todos, y á poco era ya D. Fermin de Urquinaona sabedor de cuanto acaecia.

D. Andrés tenia órden de no volver á bordo sin el jóven teniente de navío; pero, como facultativo, trató con el médico de la casa de hacer lo más conveniente. Examinado el herido, ambos fueron de opinion, que no habia esperanza, sino en un milagro del cielo. D. Ignacio Avilés, mostrándose por extremo afligido—y con toda verdad, lo estaba—pero deseando ver á Sande fuera de Lima y á bordo, ofreció buscar al punto un coche-cama, en donde el herido pudiese ir sin padecer apénas con el movimiento. D. Fermin, por su parte, deseando lo mejor y mostrando aquel bondadoso y hospitalario corazon que, de no faltar á la verdad, es fuerza reconocer en la mayor parte de los americanos españoles, dijo:

—Yo, señores mios, aparte el verdadero afecto con que miro al herido, y la pena que me causa su desventura, no veré sin dolor que Vds. se le lleven en semejante estado; pero, si tales son las órdenes que el señor facultativo trae, no hay más, sino obedecerlas. Con todo eso, creo fuera mejor dejarle tranquilo, y acaso el milagro que la medicina no puede ejecutar, le lleve á cabo la bondad del Criador. Ello, en fin, sea como Vds. tengan por bien; que lo principal aquí es la vida de D. Alvaro de Sande.

—Muerto por muerto; dijo D. Andrés: á veces he visto en el campo de batalla hombres, por quien no daba un ardite, y á poco de echados en una carreta, desmentir á la ciencia, reviviendo. Conque, si el señor D. Ignacio Avilés nos proporciona el coche-cama.....

Salió al punto el chileno á cumplir lo prometido, y, tres horas despues, llegaba al Callao D. Alvaro de Sande, á quien acompañaban, además de los españoles que le habian ido á buscar, Pachon y la Chola. Un bote les esperaba, y todos los españoles se embarcaron con el cuerpo, punto ménos que exánime, del herido.

Hendia el bote las aguas, y, miéntras la graciosa mestiza tenia en él puestos los ojos arrasados en lágrimas, D. Ignacio Avilés, á cierta distancia, exclamaba:

—Quiera Dios que viva, pero que no vuelva al Perú.....

III.

¡Cosa singular! Avilés, que no habia tenido el menor reparo en sacrificar á unos cuantos cholos y mulatos en la insurreccion del Callao, lamentando no haber podido hacer lo mismo en Lima; Avilés, que tan en poco tenía la vida de sus semejantes, no experimentaba por ello el menor remordimiento. En cambio, sólo con pensar en Alvaro de Sande, se miraba el chileno á sí propio con verdadero aborrecimiento.

A veces, deseaba que el español sanase, para, en seguida, reñir con él cara á cara, lavando, en parte, la mancha que en su propia honra veia. De todas maneras, él, que, á decir verdad, jamás habia tenido que echarse en rostro vileza semejante, no podia recordar, sin ira ni horror, el haber sido cómplice de asesinato, por más que no hubiese ido nunca tan lejos su intencion.

Entre tanto, el gobierno del Perú, fiel á sus compromisos, mantuvo la amistad contraida al firmar la paz; viendo lo cual Avilés y sus amigos, acudieron con mayor encono á promover la insurreccion. Pronto se supo en Lima, que Arequipa se habia sublevado; noticia, que, á pesar de la gran distancia á que los revolucionarios se hallaban, no dejó de alentar á los de otros departamentos; pues, como se vió luégo, tambien hubo insurreccion en el Cuzco.

A la sazon, y por muy difícil que nos parezca; hechos como estamos á no ver sino enemigos en todos los peruanos; habia muchos entre éstos, que nos miraban con verdadero cariño. El partido enemigo del gobierno beneficiaba el rico filon de la ceguera del vulgo, que, en malas manos, es de los más ricos y productivos que se conocen. Y aunque no vayamos á negar á todo peruano el derecho de juzgar, conforme á su conciencia, lo que le parezca mejor, bueno es tener presente, que, con el tratado de paz y sin él, de todas suertes, habria habido revolucion en aquella desventurada república.

Pero teniamos amigos, que, sinceramente deseaban la paz con España. Damas y caballeros iban á ver nuestros buques; y á la menor señal de fiesta,

acudian engalanadas no pocas graciosísimas limeñas á alegrar con su sonrisa los puentes de las fragatas españolas.

Aun despues del ódio que ciertos peruanos y chilenos han mostrado á cuanto llevára nombre español, justo es confesar, que, en su mayor parte, los habitantes de aquellas hermosas regiones han sido siempre para nosotros buenos y hospitalarios. Por eso parece mayor el contraste que, con la conducta de éstos, presenta la de ciertos encarnizados enemigos, que allá nos aborrecen.

Licencia, derecho y poder tiene el novelista para saltar, cómo y cuando le parezca, tiempo y espacio; llevándose consigo al lector, que, de grado ó por fuerza, va en pos de la juguetona imaginacion del escritor. Bien es que éste se complazca, siquiera sea brevísimo instante, en su irresistible poderío, y, dando con ello respiro á quien tenga la incomparable paciencia de leerle, puedan ambos tomar aliento necesario para llegar al cabo, juntos, al fin de la jornada.

. . . . . .

. . . . . .

La punta austral del continente americano parece como despedazada por las olas descomunales de aquella region marítima, á cuyo lado son las de otros mares, lo que el Guadarrama al pié del Chimborazo, ó lo que éste á la falda del Dhavaladgiri.

¿Adónde va el mónstruo, que al través de la cerrazon, corre, vuela, cortando las olas y despidiendo columnas de humo? La niebla que le rodea aclara á trechos, y entónces se ven á derecha é izquierda desiertas y enhiestas costas, cuyas cumbres y laderas

esmalta la nieve. Vuelve la cerrazon, y el mónstruo, en medio de la dudosa claridad que le rodea, acorta el paso, como deteniéndose, por temor de no hallar suficiente fondo. Hállale, sin duda; y á poco, semejante al corcel árabe, un momento refrenado, va tomando nuevo impulso, y parte y desaparece á lo lejos, por medio de la oscuridad de la niebla.

Allá, por el Estrecho de Magallanes, acaece lo que vamos refiriendo. ¿Es el mónstruo que hiende aquellas aguas, terror un tiempo del navegante, obra de Dios ó del hombre? ¿Por ventura, alguna ballena franca, más poderosa que cuantas han nacido y señoreado las aguas del Polo austral, corre al presente por el Estrecho, desde el Atlántico al Pacífico?

¿Puede ser barco aquella mole, cuya proa de forma inversa á la que deberia tener, avanza, formando espolon, como en busca de enemigos? ¿Es barco? Eslo sin duda.

Su nombre, eterno, miéntras el hombre exista, es prenda de nueva gloria para España. Aquella embarcacion, que al presente vemos, como al través de las tinieblas del Erebo, se llama *Numancia*.

Mole de hierro, que las aguas sostienen de igual suerte que á la más frágil barquilla, vuela á impulsos del vapor, se detiene rendida á la voluntad del hombre, ó se dispone al combate, si algun buque parece por aquella desierta region, y tarda en largar la bandera de su patria.

Lugares, cuyo sólo nombre pone espanto, advierten al marino su triste suerte, si un naufragio le arroja contra aquellas costas, donde el hambre ó el inhumano salvaje le esperan.

No tiene éste, en verdad, aquella desmesurada estatura que los antiguos navegantes mintieron; pero, no hay duda que buena parte de los Patagones, parecen á caballo altísimos, por lo desmesurado de su busto; si bien en tierra no lo son, á causa de lo cortas que, proporcionalmente, tienen las piernas. La mente se asusta, al dar, huyendo del *Puerto del Hambre*, en la *Tierra de la Desolacion*.

¡Allá va la *Numancia*! Si un hijo de Galicia fué el último español que en América mantuvo ilesa la honrada enseña de la patria, otro hijo de Galicia, acude á vengar injurias y á satisfacer agravios, siempre en aquel mismo Callao, emporio de la costa meridional del Pacífico, y eterno testigo del esfuerzo y constancia españoles (1).

¡Hiende el piélago, *Numancia!* Más de cien leguas tiene el canal de Magallanes, y le has pasado con toda felicidad. Al presente, estás á la vista de la *Tierra de la Desolacion*. ¡Cuán hórrido es su aspecto! Ciñe la costa á la izquierda, y pasarás ante un promontorio, que no parece sino obra de tremendo terremoto. Pavorosa conmocion debió de experimentar la tierra al quedar *Cabo Pilares* del modo que hoy se ostenta á la vista del atónito marino.

Mas ya es otro el oleaje. Inmensas olas tendidas y proporcionadas á la desmesurada extension del mar Pacífico, embisten á la hermosa fragata española, cuyo espolon abre paso por aquel espumoso Oceano, con

---

(1) Demas es poner en claro que aludimos al Sr. D. José Ramon Rodil, defensor del Callao, hasta el dia 23 de Enero de 1826, y al Sr. D. Casto Mendez Nuñez.

tanta fortuna y gallardía como por lo demas de su camino.

Vira la *Numancia* al norte, y endereza la proa hácia las aguas de Valparaiso. Desde allí, acude á las del Callao, de cuya rada queda por señora nuestra temida máquina de guerra.

IV.

—¿Está seguro de que ha muerto?

—Como de que ahora es de dia.

—De modo, que ya podemos estar seguros de que no hable.....

—¡Como no sea con Caronte, al pasar la laguna Estigia.....!

—A mí ya me habian escrito prometiendo enviarle al establecimiento de Punta Arena que tiene Chile en el estrecho de Magallanes.

—Pues ya no hay que pensar más en él, porque le he visto muerto, y en Arequipa queda enterrado.

—Dios le perdone el dolor y los remordimientos que por su causa he tenido y tengo..... Bien que la culpa fué nuestra, en buscar á semejante hombre.

—Verdad es. Pero, en fin, ya está hecho..... Y además ha muerto.

—Mejor de lo que merecia.

—Sin duda. Aunque él no lo deseaba.

—Lo creo..... Pero, en fin, ¿cómo fué? Dígame cómo pasó el lance.

Las dos personas que así hablaban, eran Maturino y Avilés, hallándose ambos en casa de éste, fumando y recostados en sendas butacas.

—El lance fué así; respondió Maturino: Como lo principal era sacar del Perú cuanto ántes al tal Mulato.....

Aquí Maturino se puso encendido como la grana ante la mirada de Avilés; pero éste permaneció inmóvil y sin mostrar lo poco ó mucho que debia de moverle á risa el ver á un mestizo como Maturino hablar de un mulato con tan soberano desden. Pero Avilés siguió sin darse en lo más mínimo por entendido; con lo cual, el mestizo de levita creyó habia pasado inadvertida su imprudente presuncion, y siguió hablando de esta suerte:

—Como ya no nos quedaba dinero, pues todo se habia gastado en el movimiento del Callao, y algo en Lima; y el bueno de Rosario de Castro amenazaba con hablar, fué preciso sacarle del Perú cuanto ántes.....

—Enterado; dijo Avilés, despidiendo la columna de humo que el cigarro habia dejado en su boca: como no me cuente Maturino cosa ménos conocida, le digo, que, hasta donde llega, tambien lo sé yo.

—Pues si lo sabe todo, demas es que yo siga hablando; respondió, no sin enojo, Muturino.

—Vaya, no se enfade, y cuente por Dios, que hoy tenemos mucho que hacer.

—Abreviaré, para que no me venga con más indirectas.....

—Como quiera.

—Pues bien: me llevé á nuestro amigo á las Chinchas.....

—¡Amigo....! Fuéralo de quien lo tuviere á bien, que yo, por mi parte, renuncio á semejante honor.

—Pues mire, Avilés; dijo Maturino disponiéndose á incorporarse: si ha de estorbarme el hablar, como hasta aquí..... me callo, y se acabó.

—No se enfade, que prometo no volver á decir: «esta boca es mia.»

—Entónces prosigo. Era preciso llevar á Rosario Castro á las islas de Chincha, porque de allí salia cabalmente una balandra norte-americana muy velera, en donde podiamos embarcarnos para Arica, sin que nádie lo estorbase. Como lo esperábamos, llegamos á dicho puerto á tiempo..... El almirante Panizo y los oficiales de la fragata *Amazonas*, estaban de tal manera á favor del gobierno, que no fué posible contar con ellos. Hubo, pues, que ganar á los sargentos de la tropa que guarnecia la fragata. Se hizo; y yo permanecí en Arica, para ver el resultado de la empresa. Bien sabe, Sr. Avilés, que todo salió á pedir de boca. Los enemigos de la revolucion descansaban en sus cámaras, harto ajenos á la triste suerte que les esperaba.

—Me han asegurado que no lo hizo V. mal, señor Maturino, y le doy por ello la enhorabuena.

—Hice lo que pude. Los sargentos no se atrevian; pero yo hablé con ellos, y me prometieron que á la noche se daria el golpe. En un bote me hallaba yo, á pocas brazas de la *Amazonas*, esperando el resultado. A esto, oí un grito..... Varios soldados, capitaneados por los sargentos, cayeron sobre el oficial de guardia, y como éste queria defenderse, le mataron. Habiamos quedado en que todo se haria sin ruido; pero el

que se acababa de oir, bastaba, de seguro, para despertar á los demas oficiales. Lentamente fuimos remando Rosario Castro y yo, acercándonos á la fragata, cuando oimos una descarga, ante la cual permanecimos con los remos en el aire, y sin movernos, temiendo alguna desgracia; pero afortunadamente no fué así... A la descarga, sucedieron vivas, que, desde luégo, comprendimos los daban los pronunciados. Nos acercamos; un sargento me llamó por mi nombre; contesté, y al saltar á la fragata, no pude ménos de estremecerme de horror. El almirante Panizo y el ayudante capitan de banderas yacian muertos, de la descarga que acababan de recibir, al presentarse delante de los sublevados. Estos, gritando, unas veces *muera*, y otras, dando *vivas* á la libertad, á Montero y á Prado, seguian buscando y matando á todos los demas jefes y oficiales. Ni uno sólo quedó, salvo el médico, á quien perdonaron la vida. Puede asegurarse no habia tabla del barco que no estuviese manchada de sangre. Aquello era.....

—Basta, Maturino; triste es tener que pasar por encima de cadáveres, y hollando sangre de hermanos; pero, cuando el bien de la patria lo exige..... Con todo, mejor fuera ne haber derramado esa sangre..... Prosiga.

Al punto, fué aclamado jefe de los insurrectos el capitan de navío D. Lisardo Montero; y yo, embarcándome de nuevo en un vapor caletero, con Rosario Castro, me dirigí á Islay. Ya en este puerto, tomamos caballos, y en poco más de veinte horas, anduvimos las treinta leguas que hay hasta Arequipa. Llegamos á tiempo. A Prado habian prometido se-

guirle varios jefes y oficiales; pero se iba dejando el movimiento de un dia para otro. Llegué yo, y con mi presencia y noticias, se animaron todos, proponiéndose dar el golpe cuanto ántes. La gente de Arequipa no decia sí, ni no; y nuestros amigos esperaban á que la tropa abriese el camino, para seguir ellos despues. D. Mariano Ignacio Prado (1), como coronel, no podia ménos de alcanzar influjo en la milicia, y como Prefecto de Arequipa, tenía grandes medios de llevar adelante el pensamiento de la revolucion. Llamó, pues, uno por uno á los jefes de las tropas, y les fué diciendo, estaba determinado á *desconocer* (2) al gobierno. Negáronse todos, ménos uno, á insurreccionarse con Prado, y éste les fué poniendo presos, conforme iban contestando. No era posible volverse atrás. Yo, en compañía de las personas más comprometidas, acompañé á Prado á los cuarteles, no hallando grandes estorbos de parte de la tropa de línea, salvo un capitan y un sargento, que, por haberse resistido, murieron á tiros de revolver.

Hasta aquí íbamos bien. Rosario Castro, creyéndose, por lo ménos, coronel, caminaba con otros héroes, como él, delante de nosotros, gritando: ¡Abajo el gobierno! ¡Viva Prado! ¡Viva la libertad! En esto, dimos vista á la *Maestranza*, en donde estaban acuartelados los gendarmes (3); y éstos, en vez de recibir-

---

(1) Hoy presidente de la república peruana.

(2) Palabra sacramental, para dar á entender el acto de insurreccionarse contra el gobierno.

(3) Tal es el nombre, tomado directamente de Francia, de la tropa de policía.

nos como los soldados de línea, nos enviaron una rociada de balas. Aquí fué el ver huir á Rosario y los suyos, acudiendo los que no desaparecieron del todo, á nuestra retaguardia. En vano grité á Rosario, diciéndole, que aquella era la ocasion de ganar el empleo de coronel, pues cada vez se quedaba más atrás, y con marcada intencion de acogerse á sitio seguro de las balas de los gendarmes. La defensa de éstos, nos obligó á rodear el edificio y hacer fuego desde las casas inmediatas, con los que ya nos seguian, así militares, como del pueblo.

Los gendarmes, al cabo, se rindieron. En cuanto á Rosario Castro, le hallé muerto, pero, á tan larga distancia de la Maestranza, que casi estoy por creer le mató el miedo.

—¡Pobre diablo!; exclamó Avilés echando una bocanada de humo: en fin, por ese lado, las balas de los gendarmes fieles á Pezet han librado..... á la tierra de un asesino.

—Y á nosotros.....

—Cómplices involuntarios hemos sido. Pero, cabalmente buscamos á Rosario Castro, porque le teniamos por incapaz de asesinar.

—Verdad es. Pero dejémonos de pequeñeces; la revolucion es dueña de todo el Sur de la república. Arequipa, Moquehua, Cuzco, Puno, y, dentro de poco, Perú entero, gritarán: ¡Abajo Pezet! ¡Viva la libertad!

—¡No tan alto; dijo Avilés sonriendo: no tan alto, Maturino..... baje V. la voz..... por ahora!

V.

Miéntras se extendia, cada vez más poderosa la insurreccion por los departamentos del Sur, el gobierno se mantenia en Lima, y enviaba tropas contra los sublevados.

En el Callao se hallaba en tanto la *Numancia*; y un dia su espaciosa cubierta se mostró engalanada, como de fiesta. Así era, en verdad, porque esperaba la llegada de no pocas damas limeñas. Cierto que en el Perú ha hallado siempre España corazones que, á despecho de ambiciosos é intrigantes, la miráran con sincero cariño.

Varias lanchas llegaron al costado de la fragata; y si bien era fácil ver en ellas no pocas mujeres hermosas, ninguna de éstas lo era tanto, como Rosa Urquinaona. Pálida iba por extremo, como si hubiese padecido alguna larga enfermedad; y aunque no era grande la alegría de su bellísimo semblante, con todo, bien podia maravillarse cualquiera de ver á la graciosa limeña acudir adonde todos iban, digámoslo, de fiesta, despues de los tristes sucesos, pocos meses ántes acaecidos en la propia casa de Urquinaona.

En la lancha de Rosa no iba nádie, además de los marineros, sino ella, su padre y el médico de la casa. Ya habian subido las demas familias al buque, y, á decir verdad, parecia como que Rosa experimentaba verdadero temor de poner los piés en el puente de la fragata española.

Singular era el silencio, conque el padre, la hija y el médico habian venido en la lancha, pero no lo era ménos el que á bordo de la *Numancia* conservaron.

Hallábase Rosa en cama cuando dieron el Viático á Alvaro de Sande; y aunque D. Fermin trató de ocultarlo, su hija oyó todo, encargándose además una de sus doncellas—sin permiso de nádie, por supuesto—de decirla que el herido se moria sin remedio. Al oir tan inesperada noticia; pues, como recordará el lector, su padre la habia dado á entender que el estado de Alvaro no era de gravedad, Rosa perdió el sentido, y si bien, al cabo, le recobró, no fué sino para perderle de nuevo, siendo cada vez más fuertes los ataques nerviosos que durante varios dias estuvo padeciendo.

Cesó, por fin, tan doloroso estado; pero ¡qué diferente quedó Rosa, áun cuando su cuerpo iba experimentando de dia en dia notable alivio! La triste jóven, sin perder la razon, vivia de tal manera ajena á cuanto la rodeaba, que apénas daba muestras de conocer á nádie. ¡Tremendo dolor para D. Fermin de Urquinaona! Rosa se mostraba afable con todo el mundo, y áun recibia á su padre con cariñosas palabras; mas, al punto, volvia al estado de aislamiento en que su espíritu habia quedado, única forma de existencia, al parecer agradable para la bellísima limeña.

Urquinaona, de acuerdo con el médico, trató de sacar á su hija de semejante estado; pero, como ella no consentia, por ningun estilo, en poner los piés en la calle, no era fácil distraerla. Hablóla entónces su

padre, de Alvaro de Sande; pero Rosa experimentó una tan dolorosa conmocion, que D. Fermin no tuvo ánimo para causarla más daño con semejante recuerdo, y prefirió dejarla en su silencioso aislamiento, ya que de esta suerte padecia ménos, al parecer: aunque de durar mucho, habia de influir mortalmente en las facultades mentales de la desventurada jóven. Y era lo peor, que el mero nombre de Alvaro la causaba afliccion tan grande, que nádie tenía ánimo para repetirle de nuevo en su presencia. El médico decia, que, si el nombre de Alvaro no la salvaba, no habia esperanza de curacion para tan increible abatimiento.

En tanto, y miéntras damas y caballeros recorrian la *Numancia*, acompañados de los oficiales, un jóven alférez de navío se encargó de enseñar el buque á Rosa Urquinaona y los suyos.

¡Qué graciosa estaba la jóven limeña! Hallábase más delgada, y vestia sencillo traje de color oscuro; advirtiéndose, como siempre, en su porte y ademan aquella elegancia incomparable, que nunca se adquiere, ni es posible poseer, á ménos que la naturaleza no la otorgue.

Iba el cortés marino delante de nuestros conocidos, enseñándoles cuanto pudiera ser de su agrado; y, aunque á la ligera, y en términos, digámoslo, vulgares, no dejaba de verse obligado á contestar á las preguntas del médico y de Urquinaona, miéntras Rosa seguia maquinalmente los pasos de su padre.

—Esta fragata; preguntaba D. Fermin: ¿será por el estilo de la *Normandie* ó la *Gloire* francesas?

—No, señor; respondió el alférez de navío: cabalmente, en el riquísimo Museo naval de Madrid hay

dos modelos, excelentes ambos. El primero viene á ser la *Normandie*, y es tan bueno, y hecho á todo costo, que pagó por él, dícese, la sociedad de *Forges et Chantiers* de la Seyne, en la rada de Tolon, 6.000 duros. Paralelo á aquel está otro, igualmente precioso, que, si bien tampoco puede decirse es la *Numancia*, se asemeja más á ésta, no sólo en la menor anchura de manga (1); pero en la forma de la proa, aunque sin espolon. Pues bien, añadió sonriéndose el marino, ya que no podemos ir al Museo naval de Madrid á ver tan preciosos modelos, así como los bellísimos de todas clases que allí hay, diré á Vds., que, la *Numancia* se diferencia de la *Normandie* bastante; y en cuanto á la *Gloire*, su aparejo es sumamente pequeño, miéntras el de nuestra fragata tiene el velámen de más de 1.846 metros cuadrados. El aparejo de la *Numancia*, en suma, viene á ser el de fragata de segundo órden.

—¿Y tardaron mucho en hacerla?; preguntó el médico peruano.

—En Abril de 1862 se firmaba en Madrid el contrato con la compañía, y en Setiembre del mismo año se puso la quilla de la fragata, la cual se botó al agua el 19 de Noviembre de 1863, habiéndola ántes bendecido el Arzobispo de Tolon. Siguieron los trabajos á flote, y vinieron á concluir como un año despues.

—Sabe V. que el tamaño del barquito es descomunal; decia D. Fermin, mirando á menudo de sos-

(1) Ancho del buque.

layo á su hija, y doliéndose de ver que ésta en nada tomaba parte.

—Así, así. De eslora—largo de la cubierta alta—tiene 97,08 metros; de manga—ancho—17,34; de puntal—desde la quilla á la cubierta de la batería—8,87; cala 7,90; pesa 7.500 toneladas, más de la tercera parte del *Gran Oriental*; la fuerza de su máquina es de 1.000 caballos, y los cañones son 34 de 20 centímetros, número 2. Ya ve V., añadió el marino, que no soy mal *cicerone*.

—Increible parece que esta inmensa mole de hierro navegue con tanta facilidad.

—Pues la madera de teca, de que está hecha, tambien tiene resistencia suficiente, para en el ángulo entrante que hace en el cuerpo del barco recibir el blindaje que cubre todo éste, desde 2 metros y 70 centímetros bajo la flotacion, cuando está cargado, hasta la altura de la cubierta alta. Las ocho hiladas inferiores de la coraza tienen 13 centímetros, y 12 las superiores, si bien con un centímetro ménos hácia popa y proa.

—Asusta sólo el peso que debe de tener el blindaje; dijo Hernandez.

—Mil trescientas cincuenta y cinco toneladas; esto es, tanto como pesaba una antigua fragata de vela de 40 cañones. Para dar impulso al gigante, las máquinas que hay son excelentes, y del sistema, llamado de barras invertidas, de Dupuy de Lome.

—¡Pues no habrá poco calor en sus inmediaciones!; dijo Urquinaona.

—Es el único verdadero inconveniente que hemos tenido á bordo. Ya vé V. que, ocho enormes cal-

deras de hierro no deben de dar mucho fresco; así, no han bastado muchas veces las mangueras para aliviar un tanto la molestia que semejante temperatura producia.

—Lo que me parece; dijo Hernandez; que así se llamaba el médico: es que el comandante y oficiales de este buque no van muy expuestos á perder la vida, teniendo para sí las dos torres que hay á popa y á proa, revestidas con coraza igual ó poco ménos á la del resto de la fragata.

—Cierto, pero no se sorprendan Vds., si, por desgracia, llega á tener que guerrear la *Numancia*, cuando oigan decir que su comandante y oficiales han sido heridos, porque todos, á ménos que no nos manden otra cosa, nos mostraremos sobre cubierta, y poniendo el pecho al peligro.....

—¡Hombre.....! me parece que los jefes no deben exponerse así.....

—Lo que debe hacer todo jefe, es dar ejemplo; y, no quiera Dios que tal suceda; pero si llegamos á tener que combatir con las baterías del Callao, ustedes verán, cómo no he ido tan descaminado en lo que he dicho.

Todo lo vieron nuestros peruanos: de todo se admiraron, y con razon; pues la fragata *Numancia* es uno de los barcos más importantes que el arte naval ha construido. Maravillábanse de ver los aparatos de vapor para la maniobra del timon en tiempos malos; durante los cuales era forzoso el hombre valerse de fuerza harto superior á la suya, para afrontar los elementos. De manera, que, así en la disposicion para ventilar cámaras y pañoles, como para destilar

agua salada; en todo, en fin, cuanto á bordo vieron, hallaron no poco que elogiar.

¿Mas, qué le importaba á Rosa nada de cuanto veia?

Al salir de la cámara del comandante, no pocas personas de las que estaban viendo á la sazon la *Numancia*, preguntaron, adónde iba á parar una puerta, que siempre permanecia cerrada, y que para nádie se abrió. La misma pregunta hizo D. Fermin de Urquinaona; á la cual no dió el alférez de navío otra respuesta, sino llamar con tres golpecitos en la parte superior del tablero.

Nádie contestó al pronto. Rosa se hallaba entre su padre y el médico, miéntras el marino volvió á dar otros tres golpes del propio modo.

No era fácil decir lo que aquella puerta guardaba; pues, para nádie se habia abierto hasta entónces; con lo que todos permanecieron esperando la contestacion al golpear del marino.

Fuése poco á poco abriendo la puerta, y ante nuestros conocidos, pareció el que tambien lo es hace algun tiempo, D. Andrés Plá. No mostró éste sorpresa á vista de los limeños; ántes bien, eran tan graves los pensamientos que le absorbian, que, sin decir palabra, permaneció breves momentos mirando á Rosa.

No siempre rompe el sol por aquellas regiones las nubes que á menudo entoldan el cielo; pero, en aquel momento, abierta la porta del camarote, por ella se veia cómo la luz rielaba en las ondas. Esto fué lo primero que dió en los ojos de la bella peruana, en cuyo pálido rostro reflejó la alegre luz que al través de la puerta se veia.

—Adelante, señores, adelante; dijo D. Andrés Plá, apartándose cuanto podia para que entrasen los que acababan de llamar..... ¿Se ha ido la gente que visitaba la fragata? preguntó al alférez de navío.

Arriba están todos, y por aquí ya no hay nádie; respondió el oficial.

—Adelante, señores; dijo de nuevo D. Andrés, sin quitar los ojos de Rosa.

Un grito dió ésta..... grito del corazon, ay del alma, que á todos dejó mudos y pasmados.

¿Qué habia visto la perla de Lima, que en aquel momento, y despues de exclamacion, tan ajena al tristísimo estado en que yacia abatida, alargaba los brazos, y, con la mirada puesta en un lado del camarote, no acertaba á dar paso ni á pronunciar palabra?

¡Qué voz, qué acento, qué ademan hay en lo humano, comparables con los de Rosa, cuando ésta, despues del breve espacio en que permaneció atónita y conteniendo la anhelosa respiracion pudo gritar:

—¡Álvaro...!!

VI.

Alvaro de Sande, era en efecto la persona que Rosa señalaba con el índice; pero el jóven marino estaba pálido por extremo, y apénas tenía fuerza para permanecer en pié, ni áun apoyándose en el borde

de la litera. Alvaro habia permanecido entre la vida y la muerte, dias y dias, semanas enteras; y como el estado de las relaciones entre nuestra escuadra, y parte del pueblo del Callao y Lima no consentia fáciles comunicaciones; todos, en esta última ciudad, incluso D. Fermin de Urquinaona, habian tenido por muerto al jóven marino.

Al principio, y como preguntase Rosa por él, nada se atrevian á responderla, porque, si bien no se habia sabido con certeza la muerte de Alvaro, teníanla todos por segura. La bellísima limeña, persuadida á que no podia ménos de haber sucedido tan tremenda desventura, dejó ya de preguntar por el español, cayendo de dia en dia en mayor abatimiento.

Cuando D. Fermin supo que Alvaro vivia, no se atrevió á decir nada á su hija, porque el herido seguia sumamente grave y expuesto á recaer sin esperanza. Despues, y cuando ya era cosa de confiar en la curacion, jamás pudo, como sabemos, pronunciar el nombre de Alvaro delante de Rosa, sin que esta padeciera de tal suerte, que fué del todo imposible decirla cuanto acaecia.

El nombre del marino producia en la jóven tan dolorosa impresion, dejándola por mucho tiempo en tan aflictivo estado, que el médico prohibió volviese nádie á mentar, por entónces, en presencia de Rosa, nada que tuviese relacion con Alvaro de Sande.

Sólo una esperanza quedaba, y era hacer lo que hemos visto. Y ya que Alvaro no podia ir á Lima, buscóse el pretexto de ir á ver la *Numancia*, adonde habian trasbordado al enfermo, ántes de salir la *Villa de Madrid* para Valparaiso.

La vida de la bellísima peruana, que, lenta é inevitablemente se iba extinguiendo, recibió nuevo hálito, el cual era de esperar no fuese pasajero. Todos lo creian así, porque lo esperaban. Sólo los médicos trataron de evitar las consecuencias de la conmocion que Rosa experimentaba.

D. Fermin abrazó cordialmente al jóven marino, y tomando la mano de Rosa exclamó:

—¡No permita Dios que yo separe á dos corazones que de tal manera se adoran!

Y puso aquella mano bellísima en la varonil diestra de Alvaro.

Rosa bajó los ojos, encendido el rostro en modesto rubor, y permitió que su mano quedára posada en la del marino, como se posa el ampo de la nieve en el tope de gallardísima fragata.

. . . . . .

—Vamos á ver; exclamó D. Fermin, ya que pasaron los primeros momentos: ¿qué tal sigue D. Alvaro de Sande, señor de Plá? Usted, á quien mi amigo y médico el Sr. Hernandez dejó encomendado el herido, podrá decirnos, cómo despues de tanto tiempo aún se halla nuestro marino tan débil, que apénas tiene fuerza para hablar.

—Lo que hay; respondió Plá: es que el milagro se está verificando todavía.

—¿Qué milagro?

—El de que hablamos á V. en Lima, el Sr. Hernandez y yo.

—Cierto; dijo el médico de Urquinaona: sólo un milagro podia salvar al herido; pues, á la verdad, le estoy viendo, y apénas me parece posible que viva.

—¿Pero ya no hay miedo?; preguntó con cariñoso interés Rosa.

—No..... no, señora..... ya no hay..... ; contestó Plá, mirando de soslayo á Hernandez.

—Todavía creen Vds....; exclamó Rosa.

—No tenga V. miedo ; dijo Alvaro : entónces no me quise morir..... ni ahora tampoco.

Alvaro se detuvo, porque le costaba mucho trabajo hablar; y al cabo, volvió á decir:

—Mucho debo á cuantas personas me rodean; pero, de seguro, no hallarian en el mundo quien se lo agradeciese más de veras. Si Dios quiere que no haya guerra entre España y Perú, mi mayor ventura será decir estas palabras en Lima, lo mismo que acabo de pronunciarlas á bordo de la *Numancia*.

—Y dígame V., Alvaro; preguntó Rosa con el amante interés que es de suponer: ¿no pertenecia V., ó como lo digamos—que las mujeres no entendemos mucho de eso— á la *Villa de Madrid*?

—No es fácil decirlo, amiga mia; respondió Alvaro sonriendo: yo vine en comision al Pacífico. Traia pliegos que sólo á persona de cierta confianza podian encomendarse. La órden del gobierno era, que si yo hacia falta, siguiese en la escuadra. Me preguntó el comandante general, si tal era tambien mi deseo; y yo, advirtiéndome cierto secreto aviso del corazon que habia de conocer un ángel en Lima, dije, que, desde luégo, mi mayor deseo era seguir en la escuadra.....

Rosa, cuyo rostro teñia el vivísimo carmin del pudor, no pudo ménos de poner sus ojos en los tris-

tes y hermosos de Alvaro, miéntras D. Fermin preguntaba á éste:

—¿Entónces quedó V. á bordo de la *Villa de Madrid*?

—Quedé á las órdenes del comandante general. Pero, cuando, despues de mi herida, salió la fragata para Valparaiso, me trasbordaron á la *Numancia*, para evitarme las molestias de la navegacion. Verdad es, que he dicho tenía mucho que agradecer á cuantos al presente me rodean; pero he hallado en todo el mundo tan cariñosa acogida, que, en proporcion, la misma buena voluntad que Vds., me han demostrado todos los jefes y oficiales de la escuadra. Lo que no me deja vivir, es el pensamiento de que haya algun combate por las aguas de Chile y no haber de tomar parte en él.

—Vaya, vaya, dijo Urquinaona; Dios querrá que todo se arregle..... á pesar de que los hijos de Arequipa son tan tercos.....

—Los hijos de Arequipa son tal vez demasiado tercos; pero, en cambio, los limeños son demasiado blandos; dijo Hernandez.

—Vamos, haya paz, señor Hernandez. Usted es un poco alborotado de cascos, y sabe que á mí no me gusta guerrear con nádie; respondió D. Fermin: cuyo carácter apacible era, en verdad, poco á propósito para el estado de perpétua inquietud en que las repúblicas hispano-americanas viven.

—Bien, pero..... sin romper con España.....

—¡Eso es lo que yo quiero! No romper con España. Soy peruano, y quiero á mi patria, ante todo; pero, no puedo olvidar que, orillas del Urola, y no

lejos de Azpeitia, en la provincia de Guipúzcoa, existe aún la casa solar de los Urquinaonas.....

El médico tascaba, digámoslo, el freno; pero, aunque de opiniones políticas no poco radicales, era persona bien criada, y además tenía grandes miramientos y consideraciones que guardar á D. Fermin; de suerte, que así por esta última razon, como por no ofender á los españoles que le estaban oyendo, dió con suma destreza otro giro á la conversacion.

Con todo esto, no dejó Álvaro de decirle:

—Por más que hagamos, Sr. Hernandez, y aunque fuera posible olvidar que sus padres de V. y los mios eran hermanos, siempre ha de haber entre España y América el lazo indisoluble del idioma. De manera, que áun despues de guerra crudísima, así como dos enemigos leales tienen siempre suficiente generosidad para darse la mano; entre Vds. y nosotros, no puede ménos de tener la reconciliacion cierto carácter de hermandad, contra el cual nada hemos de poder por más que lo intentemos..... Me dirá V. que hay muchos americanos que darian la vida por no tener gota de sangre española. Eso se dice más bien que se siente; pero áun sintiéndolo, ¡cuántos no habrán podido ménos de maravillarse en su interior, al ver que renegaban de España en español!

—Sr. Hernandez, amigo mio; añadió Alvaro de Sande, dando á aquel la mano: en guerra ó en paz con el Perú, siempre hallará en mí leal y agradecidísimo amigo.

—No se fatigue V.; dijo el médico, apretándole la mano afectuosamente: ha hablado más de lo que debe, y áun yo me acuso y reconozco culpado de

haberle movido á ello. Con todo, puede estar seguro de que, con la misma sinceridad de V., me hallo dispuesto á mostrarle siempre mi leal afecto.

Rosa, cuyos ojos no tenian más norte que los de Alvaro, se levantó del asiento que éste la habia dejado, obligando al jóven marino á ocuparle, pues se conocia cuánto le cansaba el hablar.

VII.

Despidiéronse, al cabo, Urquinaona, su hija y Hernandez; y á pesar de que Alvaro intentó acompañarles, no lo permitieron los dos médicos, ni por consiguiente la bellísima Rosa.

¡Con qué ternura en los ojos se despidieron Rosa y Alvaro, ya que, en voz alta, no podian decirse sino las palabras, por el uso consagradas á tales casos! Plá obligó al marino á quedarse en el camarote, y el jóven se conformó, en parte, con la esperanza de ver de nuevo, y en breve, á Rosa. Plá salió en compañía de los peruanos.

—Vengo á despedir á Vds.; les dijo: y á pedirles un favor, en nombre de la ciencia. Ante todo, ¿qué le parece á V. nuestro enfermo, Sr. Hernandez?

—¡Enfermo! exclamó Rosa. ¿Cómo le llama V. enfermo, cuando ya está fuera de peligro? Se halla más delgado; pero ya iré recobrando fuerzas.....

—Señorita, dispense V. si la interrumpo, valiéndome de mi leal franqueza catalana. Pero nos queda

poco tiempo, y deseo me diga su opinion el Sr. Hernandez, acerca de nuestro enfermo.

El médico peruano hizo seña al español, como dándole á entender no le parecia conveniente hablar con franqueza delante de Rosa; pero viendo que Plá insistia en preguntarle su opinion acerca de Alvaro, respondió:

—Cierto, amigo mio, que el estado en que D. Alvaro de Sande se halla, raya en prodigio, si se compara con el en que le vimos durante los primeros dias..... Sólo me sorprende el verle tan falto de fuerzas, despues del tiempo que lleva, siendo así que la herida se halla en muy buen estado, segun dice usted.

—A eso voy; respondió Plá: el caso es, que, si bien mi enfermo no se ve, en la apariencia, al ménos, amenazado de gran peligro, ello es que no arriba..... Le faltan las fuerzas, y temo no se presente alguna lesion.....

Rosa apénas pudo contener un grito de dolor, por lo cual, Hernandez dijo á Plá:

—Señor mio, creo que estas cosas no deben tratarse así, en pié y sobre la cubierta de un buque. Me parece, que, cuando V. quiera, nos podremos ver, y entónces.....

—No, no; tiene razon el Sr. Plá: exclamó Rosa sin poder contener su angustia: aquí mismo debe saberse lo que hay, para determinar en seguida lo mejor. ¿No le parece á V., padre mio?

Para Urquinaona, jamás hubo otra voluntad, sino la de su hija; pero, en aquel momento, el verla tan llena de ánimo, y tomando tan grande interés en lo

que se trataba, era la mayor ventura que pudiera imaginarse. Con esto se comprende dijese hallaba bueno cuanto su hija proponia.

—Pues entónces; dijo Hernandez: no creo haya motivo para que Rosita tome tan á pechos lo que dice mi compañero el Sr. Plá..... pero éste, que asiste al herido contínuamente, podia mejor que nádie decir qué le parece de su estado.

—¡Con franqueza! respondió Plá: les digo á ustedes, que no me parece bien.

Tristísimo silencio acogió las palabras del médico español, quien prosiguió de esta suerte:

—Señores; deber de humanidad me obliga á decir, que la única esperanza que hallo para D. Alvaro de Sande, es que respire el aire de tierra, y en el campo.

—Pues, si no es más que eso; exclamó con generosa alegría Urquinaona: venga desde luégo á mi casa.....

—Ya he dicho que necesita vivir en tierra, pero en el campo..... En la escuadra no estamos mal de salud; pero, aquel, en quien la tísis se presenta, está perdido. Con frecuencia vemos á jóvenes marineros robustísimos, comenzar á perder fuerzas, y, cuando se quiere acudir, ya están heridos de muerte..... Si tan grave peligro hay para todos á bordo, ¡cuán grande no será el que amenaza al pobre Alvaro de Sande, en el estado de postracion en que se halla!

Plá, el enérgico catalan, el facultativo, hecho á ver toda clase de padecimientos sin pestañear, no pudo decir las últimas palabras, sin lágrimas en los ojos. Y era que nádie llegaba á acercarse á Alvaro

de Sande, sin quedar prendado de su bondad y generoso corazon.

—Pues el Sr. Plá; dijo Hernandez: no ha tenido inconveniente en decirnos su opinion, á pesar.....

—Y se lo agradecemos muchísimo; interrumpió Rosa: lo que importa, es decidir, aquí mismo lo que deba hacerse. ¿No es verdad?

—Tienes razon, hija mia; dijo Urquinaona: y luégo añadió para sí: vea á mi hija vivir, y viva para el español, con tal que yo la vea contenta y venturosa.

—Entónces; dijo Hernandez: no puedo ménos de estar conforme con lo que acabo de oir al Sr. Plá. Mi opinion es la suya..... Ante todo, debo hablar conforme á mi conciencia..... Pero el mal está, en que no hay á mano alguna casa de campo, buena y segura. Segura tambien, señores, porque la verdad es, que la revolucion puede echársenos encima; y entónces, no hay duda, será grave el peligro que amenace á un marino español en tierra.....

—¡A un enfermo! ¿Y quién sería tan ruin, que se atreviese á poner en él las manos?; exclamó la bellísima limeña, con generosa ira.

—Bien..... supongamos, que, en el caso de haber algun movimiento revolucionario..... nádie moleste á Sande; ¿pero adónde le llevamos? A lo interior, es demasiado lejos; y no creo se halle en estado de soportar las molestias del viaje. A una *chacrá*, tampoco, pues necesita ciertas comodidades, que, en las mansiones de nuestros campesinos, no es posible hallar.

—Señores, estoy oyendo á Vds.; dijo Urquinaona: pero, ya que nada bueno encuentran: lo cual se

comprende, porque no hay casas de campo á mano, ni yo he tenido grande aficion á ellas; en las inmediaciones de Bellavista, entre este pueblo y el Callao, tengo una posesion no poco descuidada. Pero, en fin, tal como es, la ofrezco, pues veo no hay otra cosa. Tampoco sé, si está demasiado cerca del mar.

— ¿Hay árboles? ¿Es sano el sitio?; preguntó Plá.

— Hay bastantes árboles, aunque muy descuidados. En cuanto á sano, tiene el sitio tal fama de ello, que, en tiempo de mi difunta esposa; que en paz descanse; le eligió ella misma, de acuerdo con persona inteligente, para fundar una hermosa posesion campestre. Allí se proponia la pobre pasar largas temporadas; pues era tan afecta al campo, como yo á la ciudad. Cerqué el terreno, que era excelente; busqué aguas, que aún riegan los jardines; dimos á la posesion el nombre de Santa Rosa; pero cuando todo iba ya muy adelantado, quiso Dios llevarse á mi esposa adorada, y, desde entónces, todo quedó en el mismo estado en que al presente se halla. Me apena de tal suerte el ver á Santa Rosa, que, áun al paso de Lima al Callao, padezco sobremanera, pues, como se halla en un alto, especialmente la casa.....

— ¿En un alto la casa?; la acoto para nuestro amigo D. Alvaro de Sande; dijo Plá.

— El edificio, aunque por concluir en lo exterior, tiene algunas habitaciones amuebladas y en buena disposicion de habitarse. Una honrada familia cuida de todo.

— Pues bien; yo me encargo, dijo entónces Hernandez, de ver el edificio y la posesion; y si conviene, vendré en seguida á la *Numancia*, para ver de

trasladar el enfermo á tierra, en cuanto sea posible.

— Dios les ayude á Vds.; exclamó Rosa.

— ¡Dios lo hará, hija mia; dijo Urquinaona: Dios lo hará!

VIII.

Pocos dias despues, se hallaba en Santa Rosa Alvaro de Sande, acompañado de Pachon y Feliciano. Diariamente venian á verle por la tarde, Plá, desde la escuadra, y desde Lima, D. Fermin de Urquinaona y su hija. Otras dos personas veian tambien diariamente á Alvaro.

Maravíllese el lector, si otra cosa pudo imaginarse, pero las dos personas que diariamente visitaban á Alvaro, eran D. Ignacio Avilés y D. Felipe Maturino.

¿Movíales, acaso, el deseo de ver allí á Rosa Urquinaona, puesto que casi siempre iban todos á la misma hora? Tal vez fuera para ellos agradable semejante encuentro en otra ocasion; pero, en aquella, no se comprende les pareciera bien el tiernísimo interés que Rosa mostraba al enfermo.

En cuanto á éste, experimentó mejoría desde luégo. Cierto que el alivio no era tan rápido como el jóven marino, y, áun más que él Rosa Urquinaona deseára; pero, al cabo, los dos facultativos, Plá y Hernandez, se daban el parabien de haber hallado el único medio de ganar tiempo, y áun de lo-

grar alivio para el enfermo; porque, á decir verdad, éste tenía mejor color y algunas fuerzas, desde que moraba en Santa Rosa.

Alvaro, agradecia por extremo los cuidados que recibia, y el afecto con que tambien solian visitarle sus compañeros y amigos de la escuadra, y bien habria querido, desde luégo, emprender largos paseos por el campo, pero Plá le mandó no lo hiciese; y áun cuando no fueran tales las órdenes del médico, el pobre enfermo tenía mejor aspecto y más apariencia de vigor en el rostro, que otra cosa.

Jóven y animoso, viendo cómo la insurreccion venia cundiendo del Sur al Norte; y juzgando, no sin razon, que, en breve, nuevo gobierno creado en Lima, con algun pronunciamiento, podia tener por enemigos á todos los españoles, Alvaro se dolia de su desventura, que le estorbaba recobrar fuerzas á medida de su deseo.

Semejantes pensamientos le causaban hondísima tristeza, en la cual permanecia sumido horas y horas, sentado en su habitacion, dejando caer de la mano los libros, á que tan aficionado habia sido siempre.

Como la casa estaba en alto, tenía desde las ventanas, ante los ojos, por un lado á Lima, cuyas torres y altos edificios allá lejos se divisaban al pié de los cerros, que en pequeña y luégo colosal graderia, forman, al cabo, los primeros ramos de los Andes. Al lado opuesto, tenía Alvaro á la vista la rada del Callao, en donde parecia, sobre las tranquilas aguas, la férrea mole de la *Numancia*; y hácia acá el puerto, lleno de barcos de las más lejanas costas del mundo.

Divertia otras veces el jóven su soledad y tristeza paseándose por el espacioso jardin, tan lleno de árboles, como escaso de flores; ó hablando á ratos con los que él llamaba sus compañeros de destierro, Feliciano Marin y Pachon. Los individuos de la familia que de la casa cuidaban, vivian en un rancho ó *chacrá*, y no dejaban de prestar algun servicio al enfermo, en cuanto su condicion de indios labradores lo consentia.

Una mañana, en que Alvaro se hallaba mejor que los dias anteriores, salió temprano al jardin, y no dejó de llamarle la atencion el no ver ni dentro ni fuera de casa á los dos marineros. Siguió por la primer arboleda adelante; y, despues de andar buen rato por aquellas umbrías, se sentó en un banco rústico que halló á mano. A esto, oyó, que no lejos de él, se detenian sus dos marineros, los cuales venian hablando con bastante calor, siendo tal la espesura que allí habia, que no era posible ver á las personas, por próxima que se oyese su voz.

—Soñaba el ciego que veia; decia Pachon.

—No, que parecia verdad; le respondió Feliciano; los dos íbamos acompañando á D. Alvaro, y como todos teniamos hecho voto de mandar decir una misa á Nuestra Señora de Pastoriza, habiamos salido desde la Coruña, á pié, hasta el Santuario. La Vírgen habia puesto bueno á D. Alvaro.....

—¿No te he dicho que soñaba el ciego que veia? exclamó Pachon: á la hora que es, aún no se ha levantado el pobrecillo..... me parece..... que..... en fin, ¡Dios quiera!; exclamó Pachon.

—No seas ave de mal agüero; contestó Feliciano:

lo que te digo, es, que todavía lo estoy viendo. ¡Cómo olia todo aquello á nuestra tierra? Las *vaquiñas* por los prados, los bueyes, espaciosos, tirando poco á poco de los carros, miéntras las ruedas chirriaban..... Te digo que, miéntras no oiga el chirrido de un carro ó carreta de mi tierra, no se me alegra el corazon. En fin, que llegamos al Santuario y oimos nuestra misa, y D. Alvaro nos miró con esos hermosos ojos que tiene tan dormidos; y, con mirada más alegre entónces, nos dijo: Amigos mios, gracias por todo; habeis servido á España y habeis sido fieles compañeros mios, en tanto como hemos padecido; pero, en fin, ya han pasado las penas, y, al cabo hemos vuelto sanos y salvos, despues de contínuos peligros. ¡ Viva España ! Llegamos á la Coruña, en donde nos despedimos de D. Alvaro; y tú y yo nos embarcamos en seguida á bordo del vapor del Ferrol. Hallaste en Esteiro buena y sana á toda tu gente; y yo emprendí el camino de Mugardos, en donde hallé á mi madre, que ya no me esperaba, y la dí un abrazo á rechina moton (1).

—¿Quieres mucho á tu madre?; preguntó Pachon.

—¿Pues no me acabas de oir?; dijo Feliciano con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Bah! tú eres un *chavalillo*, como diria el malagueño. En cuanto me vea en Esteiro..... ¡Dios santo! Me vuelve á decir mi mujer, que cuándo me reengancho. Porque has de saber, que, tan pacífico como

---

(1) *Moton*: especie de roldana ó garrucha. Se dice á *rechina moton*, cuando el cabo ó cuerda que pasa por él, está tan tirante, que es de temer falten el moton ó el cabo.

me ves, en cuanto dejo la ordenanza á un lado..... soy otro hombre. La verdad, Feliciano, en viéndome en Esteiro, no sé salir de la taberna; de modo que al volver á casa..... mi mujer grita como una loca.....

—¿Y por qué grita?

—Toma, porque la pego..... Ello, no sé lo que me pasa, pero te aseguro, que, en tierra, ni áun hablar sé; conque lo que hago es reengancharme. Aquel dia mi mujer y yo estamos hechos dos tortolitos; en seguida, largo el chicote, doy la vela, y..... á más ver. A los ocho dias, quiero á mi mujer y á mis hijos como un atun. La verdad, Feliciano, el que tiene algo más allá de las *ajuas*—aguas—como dicen nuestros paisanos, cuanto más lejos le alcanza un chubasco..... Y ahora que de chubasco hablamos, añadió Pachon; te aseguro, que, cuando te oia contar tu sueño, me daba calofrio, con sólo acordarme del que yo tambien he tenido esta noche.....

—Vamos, habla, que al cabo, un sueño es un sueño y nada más; dijo Feliciano.

—Pues, sábete que he soñado, que una tapada entraba esta noche en la casa, sin saber por dónde.....

—¿Y qué más?

—¿Te parece poco?

—No es gran cosa.

—Pues, amigo mio, el caso, es, que el sueño ha sido verdad.

—¿Qué dices, Pachon; estás en tu juicio?

—Ni más ni ménos. Mira, Feliciano, no te rias; pues lo que comenzó por sueño, acabó por ser verdad..... En fin, nádie nos oye, y aunque me habia prometido á mí propio no decir nada..... Tú eres

hombre de pro, aunque *chavalillo*, como diria el malagueño. Pues, señor, ¿has visto cómo duerme un pescado panza arriba, cuando está ya muerto? pues así dormia yo, segun las pocas ganas que tenía de despertar. Dormia..... dormia..... y en aquel momento, veo, á la luz de la lamparilla que ponemos en la puerta del cuarto de D. Alvaro, pasar por delante de mí una tapada..... Pues ¿quieres creer, Feliciano, que, á pesar de las pocas ganas que tenía de despertarme, me desperté?.... Ello, no sé si me habia despertado ántes..... Abrí los ojos, y la tapada habia desaparecido. Me levanté, y entónces oí sus pasos..... calofrio me da el acordarme ahora..... En fin, llegué á la habitacion de D. Alvaro, donde la tapada habia entrado ya..... ¡Figúrate! Ya sabes que don Alvaro sueña algunas veces en alta voz; pues bien, en aquel momento soñaba..... y decia: ¡Rosa! ¡Rosa! Yo, asomado á la puerta y sin fuerzas para dar un paso adelante, ni mucho ménos para hablar, vi que la tapada, siempre de la misma manera que yo la habia visto, estaba sin moverse al lado de la cama, y decia: ¡Alvaro! ¡Alvaro!

D. Alvaro siguió algun tiempo sin soñar en alta voz; pero, de pronto la tapada se acercó á él aún más y..... le dió un beso..... No te rias, Feliciano. Sonó de tal manera el beso, y, sin duda fué tan apretado, que D. Alvaro se sentó en la cama, diciendo: ¡Rosa! ¡Rosa mia! ¿Dónde estás? Sentí á mi lado como el soplo de un vientecillo, y..... pasado el susto; que, te aseguro, no le tuve pequeño; me acerqué á la cama, preguntando á D. Alvaro si se le ofrecia alguna cosa. ¿Quién está ahí?; me preguntó. ¿No has visto á ná-

die? Yo, señor, jurára..... pero no puede ser..... No, señor, aquí no hay nádie. Pues, quiere decir, que estaba soñando, dijo D. Alvaro. De seguro; contesté yo. Sosegóse, y á poco se volvió á quedar dormido. En seguida, encendí en la misma lamparilla una luz, miré y registré toda la casa; pero, amigo Feliciano, nada pude hallar.

IX.

Grandes novedades amenazaban en tanto á la república peruana. La insurreccion del Sur, mirada al principio con desden, combatida despues con poco ardor, y poderosa al cabo, era ya señora de los departamentos del Norte. Mas, para los españoles, nada habia comparable con el dolor que experimentaron, al saber que la goleta *Covadonga* habia caido en manos de los chilenos. Cierto que la fragata de estos, la *Esmeralda*, apresadora de nuestra goleta, no habia logrado su empeño en buena lid; pero, en Chile, y sin tener en cuenta que la victoria de un regimiento sobre una compañía, y más, cogida ésta de sorpresa, no es, en verdad, cosa que deba envanecer al vencedor, celebraron la hazaña del comandante de la *Esmeralda* con *Te-Deum*, salvas, repique de campanas, y cuanto les pareció á propósito para solemnizar la *gloriosa* victoria. A la par de la desgracia acaecida á la *Covadonga*, se supo el suicidio del general Pareja.

Con harto tristes auspicios comenzaba el mando del brigadier Mendez Nuñez, á quien, por vacante, correspondia el mando, como jefe inmediato; miéntras no dispusiese el gobierno otra cosa.

A pesar de la alegría que D. Fermin de Urquinaona experimentaba en ver á su hija tan alegre y risueña, no podia ménos de mostrarse sobresaltado con el temor de la entrada de los insurrectos en Lima. Un dia estuvo Alvaro esperando á D. Fermin y á su hija; mas no vinieron, y á la mañana siguiente, cuando nuestro marino se disponia á ir en persona á la ciudad, temiendo alguna desgracia, vió, que hácia Santa Rosa venia, desde la capital, un grupo de gente armada. No ignoraba que las tropas enemigas del gobierno se hallaban en las inmediaciones; y parecia probable hubiese algun reñido combate. Con todo, pronto se convenció de que los que á Santa Rosa se acercaban, no eran tropa disciplinada, ni llevaban uniformes, con lo que determinó salirles al encuentro, para no mostrar miedo que les alentase.

—¿Qué hay, señores?; preguntó Alvaro, con la mayor serenidad, á los recien llegados.

Delante venia un mestizo, pequeño de cuerpo y de ruin catadura, el cual, apuntando á Alvaro; exclamó con aquel acento peculiar de la tierra, y que viene á ser á modo de pronunciacion andaluza y dejo gallego, todo ello expresado con poco vigor.

—¡Lo que hay, es que aquí no se quieren gallegos!

Alvaro alzó el cañon que le apuntaba, y sin dar la más leve muestra de temor, preguntó:

—¿Hay aquí algun hombre razonable, con quien entenderse?; porque este buen hombre no sabe lo

que se hace en amenazar á un herido y enfermo que no se puede defender.

—Todos enmudecieron, incluso el pequeñuelo; pero, al cabo, salió otro cholo de entre las filas, diciendo, con acento poco más enérgico que el primero, que ellos no iban á matar á nádie.

—Pero no queremos gallegos en el Perú; añadió.

A esto, ya se hallaban al lado de D. Alvaro Feliciano y Pachon; y éste, remangándose los puños de la chaqueta; exclamó:

—Veamos quién son aquí más hombres, si los gallegos ó sus enemigos..... ¡Feliciano!....

—Silencio; dijo Alvaro: cállate, Pachon. Lo que importa, es saber qué se les ofrece á estos señores, porque si no, mal nos podremos entender.

—Fuera gallegos; decian los que venian detrás, miéntras los que estaban delante callaban.

—Eso no es decir nada; respondió Alvaro: yo estoy enfermo, y no puedo andar á pié, sino muy poco; de suerte que si Vds. se empeñan en llevarme consigo, no podria seguirles..... Estamos en sus manos de Vds., pues no somos sino tres hombres, y ustedes son quince ó veinte.....

La *cholería* (1) callaba; pero, algunos de los que se habian quedado atrás, iban entrando por el jardin á derecha é izquierda, de modo, que, en breve quedáran rodeados Alvaro y sus dos marineros. Feliciano, que lo advirtió, se lo dijo á Pachon; y éste, apénas se hizo cargo de que el intento de los recien llega-

(1) Tal nombre dan en América á una reunion de mestizos.

dos era coger en medio á los españoles y obligarles á rendirse sin resistencia, dió un puñetazo al cholo que halló más cerca, y asiendo por la cintura á Alvaro, y llevándosele á cuestas, echó á andar cuanto más aprisa pudo hácia la casa.

Feliciano tomó el fusil que se le habia escapado de las manos al cholo aporreado por Pachon, y se dispuso á proteger la retirada de éste. Cuanto hemos referido, acaeció en mucho ménos tiempo del que hemos necesitado para referirlo. Por fortuna, no traian armas de fuego todos los mestizos, sino cinco ó seis, los cuales dispararon, salvo el jefe, que permaneció con la boca abierta, y sin osar moverse, viendo que Feliciano le apuntaba.

Ya habia llegado Pachon con su preciosa carga á la puerta de la casa, cuando Feliciano tuvo que disparar, viendo se echaban encima algunos más valientes. Cayó, en efecto, uno de ellos; pero los demas hicieron fuego.....

Cuando el humo cesó, la puerta estaba cerrada, y Feliciano sin vida á los piés de sus asesinos.

Ya, dentro Alvaro, entre enojado y agradecido, dijo á Pachon:

—Es preciso abrir esa puerta, para que entre Feliciano.

—Señor; replicó el honrado marinero: cuando la cerré, fué porque vi no habia ya remedio para Feliciano. Con perdon.....; añadió: dígame dónde tiene el revolver, que desde las ventanas quiero ver los que despacho, en venganza del pobre Feliciano.

Y el buen Pachon, apretando los dientes de coraje, subió las escaleras de dos en dos y de tres en

tres; miéntras Alvaro le seguia á toda prisa, doliéndose, en verdad, de que su falta de fuerzas no le permitiese correr como el marinero.

—¡Mueran los gallegos!; gritaban los cholos desde abajo, dando culatazos á la puerta; mas todos echaron á correr, dejando anchísimo círculo en torno de la casa y del cuerpo del infeliz Feliciano..... todos, ménos uno, que habia caido redondo y herido en la cabeza por el revolver con que Pachon acababa de asomarse á una ventana. El marinero se retiró en seguida, no sólo por no dar tiempo á que le apuntasen, sino por no gastar en balde los tiros.

Pasado el primer momento de sorpresa, empezaron los que llevaban fusiles á tirar á las ventanas, de donde salió nuevo tiro que hirió á otro cholo, el cual habria muerto, á estar más cerca; pues Alvaro, que habia sido el tirador, raras veces erraba el blanco. Los que no estaban armados, se pusieron á ver por donde sería fácil entrar sin peligro en la casa; pero Pachon habia cerrado todas las ventanas; las de abajo tenian reja, y no era fácil empresa la que los esploradores se proponian.

Con todo, nada podia salvar á Alvaro y á Pachon; los cuales no tenian ya sino tres tiros contra los enemigos, que venian provistos de municiones; y por lo tanto, contaban con la victoria por segura.

En aquel momento, una descarga barrió cuanto habia delante de la casa, no quedando delante, sino dos cholos más, que cayeron redondos y sin decir, ¡ay! Los otros cholos huyeron, y un destacamento de soldados peruanos entró en el jardin, formando parte de éstos delante de la casa, miéntras los demas

se encaminaron á ahuyentar del todo á los sitiadores.

Delante de los soldados, y á la par del oficial que les mandaba, venia un hombre, que, si bien en traje de paisano, ceñia espada, y llevaba en cada mano un revolver. A pesar de hallarse lleno de polvo, y cubierta la cabeza con sombrero de ala ancha, Alvaro vió desde la ventana, que aquel paisano era don Ignacio Avilés.

—D. Alvaro, ¿está V. herido? preguntó éste desde abajo.

—No, D. Ignacio, muchas gracias; contestó Alvaro..... Sólo ese pobre muchacho, que, desde España me habia acompañado, ha perdido la vida, segun creo.

En esto, Pachon abria la puerta, no sin cierto recelo; y áun, á pesar de habérselo mandado Alvaro, no quiso abrir más de una hoja.

Avilés subió á toda prisa la escalera, y, cuando Sande llegaba á darle la mano, con el mayor agradecimiento, el chileno, con muy cortés, pero frio ademan, le dijo:

—Suspenda por un momento la accion, Sr. D. Alvaro de Sande..... De caballero á caballero se lo ruego.

—Pues, ¿qué ocurre?; preguntó Alvaro, no poco sorprendido.

—Lo siguiente, y en breves palabras, porque estamos de prisa..... Sr. D. Alvaro, sin explicarme la causa, odié á V., apénas le vi; pero, poco despues, y ya en la habitacion de Rosa Urquinaona, aborrecí á V. de muerte... Usted la amaba, y yo tambien...

Usted era preferido. Bien me persuadí á ello desde luégo.....

—Sea como V. quiera, pero.....

—Permítame; añadió Avilés con ronco acento, y no sin mezcla de vergüenza: V. fué herido..... punto ménos que mortalmente, por un hombre, á quien yo mandé buscar..... No se horrorice tanto..... Cometí una ruindad; pero no tan grande como imagina el Sr. D. Alvaro..... El tiempo urgía..... era preciso que V. desapareciese cuanto ántes de Lima... Me prometieron buscar un hombre que le diera á V. un palo ó dos, dejándole en estado de tener que volverse á la escuadra, pero nada más. El infame á quien buscamos..... estaba tambien..... celoso, porque una graciosa chola, su amante, se habia mostrado enamorada de V..... El infame trató de herir á V. de muerte. Por fortuna, no ha sido así. El asesino ha muerto en las calles de Arequipa. Entre tanto yo, Ignacio Avilés, me moria de vergüenza, en recordar mi complicidad con aquel desalmado..... Hoy, á pesar de lo mucho que en Lima tenía que hacer; pues nuestros amigos los libertadores acaban de entrar en la capital; me acordé, en seguida de Alvaro de Sande..... Tenía para con él una deuda sagrada..... Por casualidad, supe en el camino que una banda de ladronzuelos y asesinos se habia dirigido á Santa Rosa. Di gracias á Dios; pues, aunque yo venia con el destacamento á poner guardia que evitase todo ataque, no contaba con la buena suerte de poder tan pronto salvar á V. la vida, y despues contarle mi delito.....

—Delito; si le habia; era harto leve; respondió Al-

varo: lo que importa, es, que V. se serene, que reciba mi sincero agradecimiento y quedemos amigos.....

—Eso, jamás. He aborrecido á V.: primero, por español, y con eso bastaba. Pero, aborrezco en V. al amante, al futuro esposo de Rosa Urquinaona;.... y ahora, mi único deseo, es verle del todo restablecido; para, de cualquier manera que sea, hallarnos cuanto ántes frente á frente y con un arma en la mano.

—Si tal es su deseo de V.; respondió Alvaro: siento, en efecto, no hallarme con las fuerzas que yo querria; y desgraciadamente, no acuden á medida de mi deseo. Agradecido he de vivir siempre al Sr. D. Ignacio Avilés; pues lo que acaba de hacer, no es propio sino del más generoso corazon. Con todo, y como entre hombres con honra lo que se debe desear, es verles respetarse mútuamente y darse la mano ántes de herirse....; si el Sr. Avilés quiere, desde luégo, satisfacer su rencor, yo le digo, que la accion que acaba de llevar á cabo, es tan generosa, que bien podria tener á gala combatir con él el mejor caballero del mundo. Yo, por mi parte, y con las armas que el Sr. Avilés elija, estoy dispuesto á darle cuantas satisfacciones desee; en la inteligencia, de que á ello me creo obligado, como español y como militar. Supongo, que, á juzgar por el rencor que descubro, no sólo en sus palabras, sino en su rostro, no puedo ofrecerle cosa que más le agrade.

—¿De veras, me desafía?; exclamó Avilés, cuyos ojos chispeaban, á un tiempo, de ira y de gozo.

—No sé; respondió Alvaro: si me he explicado mal. Repito, que jamás tendré á la mano; segun mi deseo; ocasion en que pueda mostrar á V. lo su-

ficiente mi agradecimiento..... Y como el mayor placer para V. sería; y en ello no me engaño; ¡verme morir, le pongo á V. en el caso de que sus deseos se logren..... sin tener que echarse nada en cara.....

—¡Ah! Con que no habia de tener nada que echarme en cara; despues de reñir con hombre que apénas tiene fuerzas para manejar un arma.....

—Perdone el Sr. de Avilés; respondió Alvaro, con la misma serenidad de espíritu que tenía por costumbre, y de la cual estaba dando no escasa muestra hacia ya tiempo: perdone el Sr. de Avilés. Yo, por mi parte, soy excelente tirador de pistola.....

—¡Y yo tambien!: exclamó Avilés.

—Pues, entónces; ¿qué nos falta?; respondió Alvaro, sonriendo.

—¡No, no, no! Gritó Aviles, despues de pensarlo breves instantes; saliendo como un loco de la habitacion. Y se le oia decir, conforme iba bajando la escalera:

—¡No permita Dios que hoy cometa accion semejante!

Avilés desapareció, y á poco, subió el oficial comandante del destacamento, á ponerse á las órdenes de Alvaro.

X.

—¡Pobrecillo! decia Pachon; rechinando los dientes: ¡pobrecillo Feliciano! ¡Y para esto te crió tu madre! Y el buen marinero lloraba como un niño, jurando que no se acordaba de haber llorado jamás.

Pachon ponia la cabeza de Feliciano sobre sus rodillas, y al ver el rostro varonil y hermoso de aquel jóven, que habia muerto sonriéndose, miéntras apuntaba á un asesino, Pachon se arrancaba los cabellos ó se mesaba la barba corrida y sin bigote, que, á la usanza marinera, tenía.

Rodeábanle los soldados; indios la mayor parte, los cuales contemplaban con aquella fria indiferencia propia de su raza, el sincerísimo dolor de nuestro marinero. Con igual pena que éste, tenía Alvaro puestos los ojos en el cuerpo de Feliciano, pero á decir verdad, no podia ménos de pensar en Rosa; de modo, que estaban fijos, tambien, en el cadáver de Feliciano sus ojos y su corazon; pero no dejaba este último de volar de vez en cuando á Lima.

El destacamento que Avilés habia llevado á Santa Rosa, no pudo llegar más á tiempo, pues habiendo desaparecido toda autoridad, bien podia temerse algun desman. Especialmente, de la inmediata poblacion de Bellavista fueron no pocos hombres armados, con intencion de causar sério disgusto á los marinos españoles; mas, al encontrarse con soldados, todos retrocedieron. Avilés habia tenido la precaucion de llever gente que perteneciese á las tropas libertadoras, y no á las que, hasta lo último, habian sido más ó ménos fieles al gobierno de Pezet; de modo, que todos, al ver el destacamento de Santa Rosa, en vez de mostrar enojo, le victoreaban. Con esto se ganaba tiempo, y no habia qué temer por entónces, al ménos, pues áun los vecinos de Bellavista, que por ser, enparte, empleados y dependientes antiguos del gobierno, se creian obligados á mos-

trarse á la sazon más ardientes amigos de los libertadores, para conservar los sueldos, y eran por lo tanto, más temibles; al ver soldados procedentes de Arequipa, Tacna, Moquehua ó Cuzco, fraternizaban con ellos.

No dejaba de haber peligo en esto último, pues, los soldados de Prado, no se mostraban muy bien avenidos con la disciplina, y era de temer olvidasen á lo mejor, la que aún conservaban. Así se vió, que, á poco de hallarse en Santa Rosa, no demostraban grande amistad á Pachon, ni sobra de respeto á Sande.

—Hemos cambiado de enemigos; decia á éste el marinero.

—Calla, Pachon; le respondia Alvaro: lo único que siento en todo esto es que haya muerto el leal y honrado Feliciano Marin.

—¡Pobre madre!....

El oficial, viendo que, en vez de volverse la gente de los alrededores como ántes, no hacia sino entrar y salir en el jardin; mandó no pasára nádie, sin su permiso; más apénas habia dado la órden, vinieron á decirle, que una Chola pedia, por Dios, que la dejasen entrar; pues traia un recado de Lima. Oyólo Alvaro, y dándole un vuelco el corazon, no pudo ménos de decir al oficial, que permitiese el paso á la Chola.

—¡Pues, traedla aquí, y sin que hable con nádie!, dijo éste, en contestacion á las palabras del marino.

A poco, se presentó un sargento, acompañando á Rosa, la Chola, la cual, apénas vió á D. Alvaro, exclamó:

— El señor puede decir si me conoce ó no.

— Vaya, si te conozco, Rosa; respondió el español, dando algunos pasos, y asiendo de la mano á la graciosa Chola: caballero oficial, puede V. estar sin cuidado, que yo respondo de ella.

— ¿Vienes de luto? ¿Y por quién?, añadió Alvaro.

— Por un hombre..... por el único que me ha amado de veras en el mundo..... por un malvado, señor D. Alvaro. Llevo luto por él, para que el color del traje me recuerde que debo rezar á todas horas por el alma de Rosario Castro.....

— ¡Ah! ¡Del que me hirió!

— Sí, señor. Él quiso matar á V., y yo llegué tarde á avisar; porque cuando entramos en el jardin de Urquinaona, ya estaba V. herido.....

Rosario Castro ha muerto en Arequipa; por eso llevo luto..... Y por la razon que ya sabe. Ahora....; añadió mirando en derredor: tengo que hablar con usted á solas.

— La verdad, Rosa, no sé si estoy preso, ó entre amigos; pero, en fin, probemos. Vente conmigo.

Rosa siguió á D. Alvaro, y cuando se hallaron de suerte que nádie les pudiera oir, la jóven, que hasta entónces habia contenido su inquietud, exclamó:

— ¡D. Alvaro.... pocas horas me quedan de vida! ¡Maturino me anda buscando, para matarme, porque dice tengo la culpa de que D. Fermin de Urquinaona y su hija hayan desaparecido!

— ¿Qué dices? preguntó Alvaro, mudo de asombro. ¡Habla, mujer! ¡Habla por Dios!!

En aquel momento, Rosa, llena de espanto, con

los ojos en direccion opuesta á la que tenian los de Alvaro, permanecia muda, y sin osar decir palabra. El marino, temiendo algun nuevo y peligroso suceso, volvió el rostro; y quedó punto ménos sorprendido que la Chola.

Como todo esto sucedia delante de la casa; entre ésta y ellos, vió Alvaro á Maturino, armado con sable y dos revolvers en la cintura, sombrero de ala ancha, traje y barba cubiertos de polvo, cruzado de brazos, y clavados los ojos en la jóven. Esta, como el pajarillo fascinado por el boa, ni hablaba, ni se movia, ni áun osaba pestañear.

— ¿Qué hay, Sr. Maturino?

— Que no está bien aquí, Sr. Sande; dijo el venezolano, respondiendo á la pregunta de Alvaro, y tornando á clavar sus negros y airados ojos en los hermosísimos de la Chola.

— Usted dirá; respondió Alvaro, que ya iba perdiendo la paciencia: y si tiene algo que hablar con esta jóven, me apartaré, para no estorbarle.

—Ella es la que me tiene que decir á mí; respondió Maturino, cuya voz temblosa indicaba la ira que tenía.

— Por la Vírgen Santísima; decia la Chola en voz baja: por Santa Rosa de Lima, se lo ruego; Sr. Don Alvaro; por Dios, no me abandone.

— Hija mia, respondió Alvaro: yo mismo no sé si me hallo preso ó en libertad; pero, de todas maneras, miéntras esté á tu lado, nádie te faltará.

— D. Alvaro de Sande está en libertad; dijo Maturino: que habia oido las palabras de aquel.

—Pues, entónces; ¿hasta cuándo va á durar la

comedia?; preguntó Alvaro, sin ser parte á contener el enojo que le causaba el ademan de Maturino.

— La comedia..... puede parar en tragedia; respondió éste.

— Pues, cuanto ántes, señor mio; que ya estoy harto de lo que me pasa.

— Con el Sr. Sande no va nada, pero.....

— Pero cuando hay una mujer á mi lado; y ésta se ve amenazada, segun temo, de algun grave peligro, lo que va con ella, va conmigo tambien.

Tosió Maturino, como aquel que, á su pesar, contiene el enojo; y, despues de breve pausa, dijo:

— Advierto, que yo traigo aquí dos encargos de igual importancia. El primero, es, ver si continúa en seguridad, y si no, tratar de ponerle en salvo á toda costa..... El segundo, es, asegurar la persona de Rosa la Chola, y enviarla presa á Lima.

—¡Jesus me valga!; gritó la mísera jóven, cayendo de rodillas.

Como Alvaro seguia mirando con ademan poco amigable á Maturino, dijo éste:

—Acaso no me crea el Sr. de Sande con autoridad suficiente para llevar adelante lo que acabo de decir. Mas, por si tal es su pensamiento, le diré que, á la verdad, no es grande el órden que al presente prevalece en Lima..... pero, aquí tiene un documento, que, á no dudarlo, persuade á que no vengo por voluntad propia, ni por mero capricho.

Y Maturino, dejando la teatral postura en que hasta entónces habia permanecido, presentó un documento á Alvaro; el cual leyó lo siguiente:

«El gobierno provisorio (1), etc., etc,, ha determinado, que el señor general en jefe del ejército venezolano, al servicio interino de esta república, Felipe Maturino, pase á la hacienda de Santa Rosa, en las inmediaciones de Bellavista, á ejecutar las órdenes que verbalmente ha recibido.» Seguian las firmas; y Alvaro, áun en el tristísimo estado en que se veia, no pudo ménos de sonreirse con irónica amargura, viendo que Maturino era general en jefe del ejército venezolano.

—No se ria; dijo éste con la mayor formalidad: soy uno de los ochocientos generales en jefe del ejército venezolano; lo que es lo mismo, que, si dijésemos, capitan general de ejército español, ó mariscal del imperio francés (2).

Bien habrian podido dar ocasion á bromas en cualquiera otra circunstancia, no las palabras de Maturino —el cual decia verdad—pero el énfasis con que las acababa de pronunciar; pero, á la sazon, despues de cuanto habia sucedido, y, no ménos, de cuanto amenazaba, Alvaro, sin conceder al empleo militar de Maturino la importancia que éste, respondió con enérgica resolucion:

—Miéntras yo viva y esta jóven, á quien tanto debo, me pida amparo, le tendrá.

Viendo Maturino cuán grande era la resolucion

---

(1) Pásenos el lector, ó mas bien, pase á los americanos el abuso que tan á menudo cometen de semejante galicismo.

(2) Histórico. Además de los *ochocientos* generales en jefe, hay unos *seis mil* generales..... Lo cual, aunque parezca imposible, no es ménos cierto.

de Alvaro; y que era hombre, que, áun rodeado de enemigos, y despues de cuanto acababa de suceder mantendria de cierto su palabra, creyó más prudente tomar otro camino.

—Sr. Sande; dijo: V. se halla por extremo equivocado, al imaginar que ampara á una mujer de bien... ¡No te ofendas tanto, Rosa! ¡Sepa; añadió Maturino, hablando á Alvaro, que D. Fermin de Urquinaona y su hija han desaparecido de Lima; y es opinion general que esa Chola..... que esa jóven, acompañada de algunos malvados, se ha prevalido de la confusion que reina en la ciudad, para robar la casa de Urquinaona y asesinar á los dueños!....

—¡Ah! pues si no es más que eso; respondió la Chola, cobrando ánimo: sepan que nada tienen que echarme en cara, porque nádie ha puesto las manos en D. Fermin de Urquinaona, ni en Doña Rosita.

—Bueno, eso quiere decir; exclamó Maturino, llegándose á la Chola, y alargando la diestra para asirla: eso quiere decir, que tú sabes qué es de ellos. Pues, andando, vamos á Lima, y allí responderás ante la autoridad.

—¡No, por Dios!; exclamó la jóven, amparándose de Alvaro; yo nada puedo decir de ellos.... ahora, porque nada sé!

—Nada sabes ahora..... ¡ah! Pues bien; ya lo ve usted, D. Alvaro: supongo no querrá proteger por más tiempo á una criminal vulgar, que ha robado la casa de Urquinaona.

—Pero, dígame V., ¿en efecto han robado la casa?

—Sí, señor; exclamó Maturino, contando ya con que Alvaro cediese.

—¡La han robado ladrones..... que no hay pocos ahora en Lima!; exclamó la Chola, llena de ira: ¡pero jamás he robado yo á nádie!

En esto, la Chola se acercó al oido de Alvaro, y le dijo en voz baja:

—¡D. Fermin y Doña Rosita están en la *Numancia!*.....

Maturino, faltando á toda cortesía, se acercó tanto, que oyó estas palabras; mas, ante la mirada de Alvaro, retrocedió algunos pasos.

—¡Ya lo sabe V.!: exclamó éste.

Grande fué el enojo de Maturino, pues, cabalmente, su principal interés era averiguar el paradero de Urquinaona y su hija; de quien nada se sabia en Lima, sino, que, habiendo entrado multitud de alborotadores en la casa, dando *mueras* á Urquinaona y á todos los amigos del presidente Pezet; como no encontraron á los amos, se entretuvieron en robar cuanto á mano hallaron. Maturino, oyendo lo que Rosa decia, determinó hacer lo que le pareció ménos mal en aquel caso.

XI.

Dos horas despues, llegaba al puerto del Callao un destacamento de tropas libertadoras, custodiando dos carros. En el primero de estos, iban D. Alvaro de Sande y Rosa, la Chola, acompañados de Maturino, cuyo traje revolucionario llenaba de respeto y

áun entusiasmo á la multitud de hombres armados que habia en el muelle. En el segundo carro, Pachon iba custodiando el cuerpo de Feliciano. Las prendas del traje de nuestros marinos, llenaban de ira á los pronunciados; mas, cuando éstos veian en el primer carro á Maturino, y en el segundo un cadáver, callaban y retrocedian, dejando el puesto á otros, que, si bien llegaban gritando con rabiosa ira: ¡mueran los gallegos! enmudecian al punto; y áun la furia de la mayor parte se trocaba en piedad.

Con esto, se rehacian las filas del destacamento, un tanto desordenadas, siguiendo nuestros conocidos su camino hácia el embarcadero. Cierto que el carácter del peruano, si bien inquieto, es generoso y poco amigo de derramar sangre; que, á no ser así, de ningun modo habrian podido llegar custodios y custodiados adonde se proponian.

En aquel momento, trataba Maturino de hacer una cosa, al embarcarse Alvaro con Pachon y el cuerpo del jóven marinero, que, por empeño especial del primero, y ruegos del segundo traian consigo desde Santa Rosa. Avisado de antemano, el oficial jefe del destacamento, asió del brazo á la Chola, en el momento en que ésta se iba embarcar, y, vogando los marineros, pronto se alejó el bote de la orilla.

No advirtió, al pronto, Alvaro lo que acababa de suceder, pues Maturino trataba tambien de distraerle; mas Pachon, aunque sin abandonar un punto el cuerpo de su antiguo compañero, al cual atendia como al de un hijo, llamó la atencion de Sande, diciendo:

—¡D. Alvaro, miéntras V. habla con el Sr. *Mariquino*, allá se quedan con la pobre Chola!

—¡Maldito seas!; dijo para sí Maturino.

—¡Y es verdad!; exclamó Alvaro: Sr. Maturino, hay que virar.....

—¿Para qué? Para llevarse á la *Numancia* á una...

—A una mujer á quien debo muchísimo, Sr. Maturino; gritó Alvaro.

—¡Orza!; añadió.

Iban á obedecer los marineros, que lo eran de un barco de guerra peruano; pero Maturino, sacando ambos revolvers, apuntó á cuantos daban muestras de semejante intencion, y todos siguieron remando con la proa á la *Numancia*.

Ni Sande, ni Pachon llevaban armas á mano; pero no era hombre nuestro marino que tan fácilmente cediese ante amenazas. Con esto, bien se podia temer horrible conflicto en el bote.

—¡Sr. Maturino; dijo Alvaro, clavando los ojos en el peruano: V. quiere llevar á bordo más de un cadáver!

—¡No lo permita Dios!; respondió Maturino, cuyo principal deseo era ganar tiempo! Y añadió: si usted se empeña..... volveremos al embarcadero; más..... francamente, sólo el deseo de no matar á usted, me obliga á ceder.

—¡Pues, ó volvemos, ó me mata V.!

—¡Volvamos!; respondió Maturino, que vió cuanto se habian alejado, dando con ello lugar á que la Chola no estuviese ya á la vista.

Tristísima era la que presentaba aquel bote, lleno de hombres, á quien dividia el ódio, y uno de los cuales, jóven, y horas ántes lleno de vida y esperanza, yacia al presente cadáver en brazos de su antiguo compañero.

Al cabo, sucedió lo que Maturino se prometia. No sólo la Chola, pero el destacamento y áun los carros habian desaparecido; viéndose por todas partes aquella multitud de cabezas, que, en repetidas oleadas, se precipitaban hácia el embarcadero. Antes de poner en él los piés, dijo Maturino:

—Sr. Sande. ¿Declara V. aquí, que he hecho cuanto en mi mano estaba por salvarle?

—No tengo inconveniente en ello.

—Pues le advierto, que ántes teniamos tropa que nos ayudára á salir del mal paso; pero lo que es ahora, si pone los piés en tierra, no respondo de su vida..... Ya ve, que el destacamento se ha retirado y los carros tambien. ¿Qué va, pues, á buscar? ¿No ve cómo gritan, contra..... los españoles!

Alvaro no dejaba de comprender que Maturino tenía razon; pero, al mismo tiempo, estaba seguro de que la Chola habia quedado en tierra á la fuerza. ¿Qué iba á ser de aquella infeliz, que tan buen corazon habia mostrado? se preguntaba á sí propio; y entónces, á pesar de que Maturino trataba de disuadirle..... y áun distraerle, diciendo que Rosa Urquinaona estaba á bordo..... Alvaro saltó en tierra, exclamando:

—Quiero, al ménos, ver si no la han asesinado.

Entónces acaeció lo contrario de lo que era de temer. Aquellos hombres, que tan horrendos aullidos daban contra España y los españoles, retrocedieron delante de Alvaro, abriendo paso por donde quiera que éste iba. Verdad es, que, los gritos y amenazas no cesaban, pero jamás llegaron á vias de hecho.

A esto, Maturino, viendo que Pachon queria se-

guir á su jefe, en cuyo caso, podia temerse alguna desgracia, saltó en tierra y logró persuadir al marino á que se embarcase; pues nada en torno se veia.

Entónces pusieron de nuevo la proa á la *Numancia;* y no tardaron en llegar al enorme buque, en derredor del cual parecian las lanchas que á él acudian llenas de fugitivos, burbujas de espuma en torno de colosal peñasco, á cuya cima no alcanzan, y á cuyos piés se deshacen.

En grave compromiso se vió la *Numancia*, cuando tuvo que acoger á las familias fugitivas, que, huyendo de los insurrectos, acudian en demanda de amparo á nuestro pabellon. Y á la verdad, no dejaban de fundarse; pues hubo algunos pronunciados, que, no contentos con el cambio político, determinaron atenerse á más sabrosas resultas, con lo cual saquearon no pocos almacenes. En el Callao fué espantoso el desórden; y debe advertirse, que muchos de los que gritaban, *viva ó muera*, trataban de vivir ellos, ante todo; pues no perdonaron casas ni almacenes de amigos, siendo muy cortos los intereses españoles, que, en proporcion padecieron.

XII.

Era ya la noche de aquel dia tan azaroso. Maturino habia tornado á Lima, despues de ver á Urquinaona y á su hija; rogándoles, aunque en vano, se fuesen con él. Las familias acogidas á la *Numancia*,

habian sido trasladadas á las fragatas españolas *Isabel I* y *Cármen*, y al bergatin *Canpolican*, con los que aquella estableció señales á propósito, para si era necesario, socorrerles. Sólo quedaron en la fragata de guerra, Urquinaona y su hija; por lo que el buque conservaba en su cubierta el aspecto de costumbre. Á popa se advertia cierto movimiento inusitado.

En aquella parte del buque habian permanecido varios oficiales reunidos; y cuando se retiraron, quedó únicamente Alvaro de Sande. Este se dirigió luégo hácia un camarote, y dando un golpecito á la puerta, dijo:

—Pueden Vds. salir.

Al punto, se presentaron D. Fermin de Urquinaona y su hija; á quien acompañaba una doncella, única servidora que les habia podido acompañar.

Solemne silencio reinaba todo en torno, sólo interrumpido con los tumbos del Oceano, y cierto rumor extraño, hácia el Callao, que no era sino el conjunto de gritos descompasados de las turbas armadas, cuyo rugido llegaba de vez en cuando á la *Numancia*, en alas de la brisa de tierra.

Desde aquel sitio contemplaba Urquinaona la tempestad, allá lejos desatada; como pone el náufrago los ojos en las rompientes del bajo, donde acaba de perderse la embarcacion, que momentos ántes le llevaba á bordo, y de cuyo tormentoso oleaje sólo pudo verse libre, merced á un milagro.

Rosa miraba tambien hácia el Callao; pero atendia, más que á otra cosa, á las palabras de Alvaro. Este hallaba, á la sazon, fuerzas superiores á las que su débil estado prometia; y, á no recordar, con inde-

cible dolor, la muerte del leal Feliciano Marin, fuera aquella noche para él, la más venturosa de su existencia.

Fiel y honrado amigo de España habia sido siempre Urquinaona; por eso hallaba á bordo de la *Numancia* la acogida que merecia; pero, á decir verdad, la pena del limeño era extremada. Miéntras Rosa y Alvaro hablaban aparte, con aquella especie de falta de cortesía que la sociedad perdona á los enamorados; el buen viejo temia no llevaran contra él los nuevos señores del Perú la venganza, hasta el punto de arruinarle por cuantos modos pudiesen. Y cierto, que hay momentos, en que la tacha de traidor es mortal para el vencido.

Egoista suelen llamar á la ventura; pero ninguna alcanza á la que separa á los amantes de cuanto les rodea, no dejándoles ojos, sino para ver á quien adoran. Y luégo, ¡tenian tanto que contarse Rosa y Alvaro, tanto de qué dolerse, tanto de qué darse el parabien! que no les bastaban la voz ni las miradas; siendo para ellos la férrea máquina de guerra que les daba albergue, Eden verdadero, inundado de alegría y delicias, con el amor que en el corazon de ambos rebosaba.

Rosa, sin echar de ménos nada, pues veia en seguridad á su padre y á Alvaro; vivia aquella felicísima vida que Dios suele conceder, áun en la tierra, á las almas sin mancilla. Alvaro no podia olvidar que, por defenderle, habia muerto un hombre, la sola esperanza de su anciana madre, y por razon semejante, tambien, acaso se hallaba expuesta á grave peligro la Chola.

—Ella nos ha salvado; decia Rosa Urquinaona: á mi tocaya debemos el vernos aquí en seguridad. Antes de que llegáran las turbas gritando contra mi padre, la generosa Chola nos fué á avisar con tiempo, y apénas tuvimos el suficiente para huir por una puerta falsa, cuando ya asaltaban la casa. Tomamos el ferro-carril y tuvimos la suerte de embarcarnos sin el menor estorbo.

—Por eso es mayor mi pena; respondia Alvaro: cuando recuerdo, que, pudiendo hallarse en salvo con nosotros, quizás pague con la vida su generosidad. Maturino me engañó, Maturino habia dado órden al oficial que mandaba el destacamento, de alejarse con la Chola, en cuanto nosotros nos embarcáramos; de modo, que volví en vano á salvarla. ¡Pobre Chola! Su recuerdo y el de la muerte de Feliciano me amargan la felicidad que á tu lado experimento, Rosa mia.

—¿Y qué será de nosotros?; preguntó ésta con la alegría inocente y juguetona del niño. Si no podemos volver á Lima, tendremos que irnos á España.... ¡Quiéralo Dios, que tal es, hace ya tiempo, mi único anhelo!

—¿Por España únicamente?

—A España la quiero por tí.

—Y sin mí, ¿te acordarias de ella?

—Como de vago ensueño..... agradable, pero nada más. Miéntras ahora, España es mi patria, porque es la tuya..... Dime: ¿no te podrias quedar en el Perú?

—No, miéntras haya temores de guerra; porque sería deslealtad á mi patria.

—Entónces soy desleal á la mia; respondió un tanto pensativa la graciosísima limeña.

—La honra es para las mujeres cosa distinta, Rosa de mi alma. Tú puedes querer siempre de corazon á la tierra en que has nacido, y, con todo, seguir la suerte de tu esposo.....

Esta última palabra causó rubor á Rosa, la cual permaneció en silencio. Al cabo, exclamó:

—Tienes razon, Alvaro; te confieso, sin hipocresía, que mi único deseo es quererte siempre..... Pero ¿y si llega á haber guerra entre el Perú y España?... Mi padre ama de todo corazon á la tierra donde sus antecesores nacieron; pero es buen peruano, y aunque hay malvados que le odian; si se restablece el sosiego; volveremos á Lima..... ¡Y yo me veré rodeada de tus enemigos!

Rosa no pudo seguir, porque se lo estorbaron lágrimas y sollozos. Alvaro procuró consolarla, y, al cabo, razon tenía éste en decir:

—Rosa de mi vida, no te atormentes hoy con lo que mañana pueda suceder. Ya que el cielo nos ha concedido la ventura de vernos reunidos, el cielo hará; si tú, que eres un ángel, se lo ruegas; que semejante union jamás cese, ni en esta ni en la otra vida.

—¡Así sea, en la otra al ménos!..... Exclamó Rosa con amante vehemencia.

—Así lo otorga siempre el cielo á las almas á quien la fe alienta y ennoblece.

Apoyados los dos hermosos jóvenes en la borda de la fragata, miraban ambos al agua, en donde se reflejaba la dudosa luz nocturna, á menudo cubierta en las costas del Perú. D. Fermin iba y venia, paseando inmediato á ellos; y, salvo el confuso vocerío

que de tarde en tarde llegaba desde el muelle del Callao, nada acompañaba la conversacion que en voz baja mantenian Rosa y Alvaro, sino el agua del Oceano Pacífico, con manso ruido besando las planchas de hierro, poderosa coraza del buque.

El mismo contraste de aquella calma con el infernal rumor que el viento solia traer del Callao; harto amortiguado, por tener que atravesar largo espacio, pero lo suficiente distinto para comprender lo que significaba; añadia mayor encanto á las amorosas y vehementes palabras de amor de Alvaro, y á las respuestas que á Rosa dictaba su corazon generoso.

A veces, enmudecian, y en aquel amantísimo silencio hallaban ambos tal atractivo, que apénas osaban mover los labios; como si secreto instinto les advirtiese, que, harto se decian sus almas, las cuales, sin cesar se repetian mútuamente:

—¡Te amo! ¡Te amo!

Oyóse, en esto, ruido hácia el portalon de babor, que era á sotavento, á cuyo lado seguian de pechos sobre la borda de la fragata Rosa y Alvaro; pero, ellos, atentos únicamente á su amor, en nada repararon, no advirtiendo en su amante delirio, sino que cada vez era más grande la adoracion con que se miraban.

D. Fermin se habia alejado de ellos un tanto, encaminándose tambien hácia el portalon, desde donde llegaba hasta la toldilla cierto ruido de palabras, pronunciadas en extraña lengua y á modo de oracion. A la voz que primero se oyó, contestaron otras varias; mas Alvaro y Rosa nada veian, sino que se hallaban solos ante Dios y su conciencia.

En aquel momento, Alvaro adelantó el rostro para mirar á Rosa, que tenía los ojos puestos en el mar, y, no pudiendo negarse al inocente deseo de besar á su amada, llegó á los labios de ésta los suyos ardientes y temblosos..... Apénas habian rozado los de Rosa, ambos; en igual postura, pero, apartando brevísimo espacio los rostros; se quedaron sin aliento con los ojos clavados en el agua.

En aquel instante, acababa de caer á las olas un objeto envuelto en lona; del tamaño del cuerpo de un hombre.....

El objeto quedó un momento blanda y tranquilamente mecido por las olas.... De pronto el cadáver... pues bien se advertia lo era; áun envuelto de aquella suerte; sumergió los piés en el agua y levantó la cabeza, como mirando la fragata y despidiéndose para siempre con espantoso ademan.

El cadáver, en su blanco sudario y con una barra de hierro á los piés..... saludaba, en efecto, pues no otra cosa parecia el movimiento á que le obligaba el peso de la barra. Despues de aquel horrible saludo, tragáronle las olas; mas aún creian ver los espantados ojos de Rosa el silencioso saludo del fantasma, cuando Alvaro, con la gorra en la mano, exclamó:

—*¡El saludo del muerto!*

—Feliciano Marin no debia irse á pique, sino en la misma sepultura que tuvieron su padre y abuelos; dijo Pachon; presentándose y saludando con respeto á Alvaro y á Rosa.

—Recen; añadió el buen marinero: por su alma, como lo acabamos de hacer en compañía del señor capellan.

XIII.

Eran ya pasados seis meses, desde que el cadáver del mísero Feliciano habia tenido por sepultura las aguas del Pacífico ; y, rotos los antiguos tratados de paz y amistad entre Perú y España, apercibíanse ambos pueblos para la guerra.

Al llegar la escuadra; que venia de bombardear á Valparaiso; á las aguas del Callao, el Cuerpo consular, no imitando al de Chile, que, con su conducta poco generosa, y áun más con sus consejos, habia sido, ante todo, verdadero causante del bombardeo, preguntó á Mendez Nuñez, comandante general de nuestra escuadra, cuándo se proponia comenzar el combate. Quedó éste para el 2 de Mayo, y los amigos del Perú se congratularon, no sin fundamento, esperando ver pronto echadas á pique á todas ó la mayor parte de las fragatas españolas.

Pero si en seis meses acaecen tantos, tan diversos y encontrados sucesos ¿qué no habria acaecido en el Perú, despues de la insurreccion, de cuyas resultas era Prado Presidente, en lugar de Pezet?

En la triste neblina, que segun hemos visto, tan á menudo entolda el cielo de aquellas regiones; y, en los dias de que vamos hablando, cubrió la atmósfera, á modo de impenetrable manto; podia verse, como funesto presagio de muerte y desolacion.

¡Quizás habria tambien corazones, que para siempre apartados, apénas latian ya, faltos de esperanza!...

Restablecido en tanto el órden, y habiendo, al cabo, cierta seguridad, el nuevo gobierno procuró, por cuantos modos estaban á su alcance, devolver el sosiego á los ánimos, ofreciendo amparar con la mayor energía á cuantas personas no se hallaban directamente comprometidas con Pezet, y, con todo, á la manera de Urquinaona, habian huido del desórden y el robo. Para el gobierno, era sumamente favorable el que tornáran á sus hogares muchos ricos capitalistas y personas de representacion, cuya presencia en Lima habia de ser, digámoslo, prenda de seguridad y afianzamiento.

Al cabo, las familias, españolas todas, ménos la de Urquinaona, en el Callao ó en Lima tenian sus intereses. Las fragatas, no podian tenerlas á bordo mucho tiempo; de suerte, que, pasados algunos dias, habian vuelto á tierra, excepto D. Fermin y su hija.

Cabalmente, habia en Lima grandísimo interés para que ambos tornasen. El Presidente, instado por Avilés y Maturino; especialmente el primero, quien además de la importancia que tenía en Chile, habia sido alma verdadera de la insurreccion, envió tan repetidos recados á Urquinaona, suplicándole volviese á su casa, en donde nada tenía que temer, que éste, pospuesto al fin todo recelo, determinó un dia despedirse de la *Numancia*.

Nada esperaba ya Rosa Urquinaona, puesto que Alvaro de Sande tenía que volver á España por Panamá, llevando pliegos, conforme á la órden que acababa de recibir del Comandante general de la escuadra.

De la despedida de Alvaro y Rosa, nada es posi-

ble decir, porque no teniendo aquel ánimo suficiente para mostrar serenidad ante sus compañeros, pidió al Comandante general le consintiese trasladarse á la *Almansa*, ya que tambien le habian permitido mentir, suponiendo lo de los pliegos, que no era verdad. Como nuestro marino habia ido al Pacífico, meramente en comision, y su herida le tenía separado del servicio, fácilmente logró lo que deseaba. Alvaro salió de la *Numancia*, acompañado de Pachon, dejando una carta para Rosa, á la doncella de ésta. Tal fué la despedida de Alvaro y Rosa..... ¡Quizá para siempre!

Agradablemente sorprendido quedó Urquinaona, cuando al tornar á Lima, vió, que en vez de perseguirle ó causarle el menor disgusto, personas de gran representacion en el nuevo gobierno, acudian á verle, tratándole con el mayor agasajo. Su casa, la habia hallado guardada con un destacamento, y todos ó la mayor parte de los objetos que de ella habian desaparecido robados el dia de la insurreccion, estaban de nuevo en su lugar; y al propio tiempo severamente castigados los ladrones.

Desde luégo comprendió, que en ello debian de haber influido notablemente sus amigos Avilés y Maturino; sobre todo, el primero; mas á la verdad, cualquiera que fuese la razon que á Avilés movia, no pudo dejar Urquinaona de mostrarle su agradecimiento.

En cuanto á Rosa, fué poco á poco tornando al mismo estado, en que habia permanecido, ántes de la paz entre España y Perú: esto es, ántes del momento en que habia vuelto á ver á Alvaro de Sande.

D. Fermin de Urquinaona, hombre de excelente

carácter, pero débil, se vió poco á poco, y sin saber cómo, comprometido en favor del nuevo gobierno; casi de la misma suerte que lo habia estado á favor del antiguo. Cierto, que miéntras fué Presidente Canseco, pudo haber todavía quien creyera posible la paz entre España y Perú; mas, cuando el agente oficial de Chile, Santamaría, tornó á su tierra, ya habia dejado, segun su propia expresion; *clavado el puñal hasta el mango:* esto es, que Perú, obedeciendo al influjo de los agentes chilenos, quedaba decidido á romper con España. Siendo Prado dictador, en reemplazo de Canseco; que como todos los revolucionarios de escaso arranque, quedó al fin rezagado; el ciego espíritu de venganza de una faccion atrajo sobre el Perú tremendas desventuras.

La menor era acaso, la guerra, pues, en ella habian de probar los peruanos esfuerzo harto superior al de los soldados de los Incas; como que el de ahora le deben á la sangre generosa de Castilla, ennoblecida con la goda, de que tan torpemente reniegan.

En tanto, Avilés, sin mostrarse jamás públicamente como agente de Chile, ejercia poderosísimo influjo en Lima; y haciendo de una vez dos mandados, no dejaba de alcanzar cuanto se proponia. En política, demas está decir que iba logrando todo. En amor, no era, en verdad tan feliz; pero no perdia tampoco el tiempo, aunque jamás pudo lograr de Rosa Urquinaona la menor muestra de cariño. ¿Ni cómo habia de lograrla, si cada vez eran mayores la tristeza y aislamiento en que la *Perla de Lima* hallaba solaz? Con todo, Avilés habia logrado que D. Fermin se mostrase con él agradecido y áun lleno de confianza;

pues, al cabo, nádie pierde con gusto á ninguna edad, y ménos á los sesenta años, la riqueza que Urquinaona habia dado ya por perdida; y que, en cierto modo, debia el haberla recobrado á Avilés. Tambien se creia deudor de agradecimiento á Maturino; pero éste no era sino la sombra, digámoslo, de Avilés; por más que, como ya sabemos, enamorado, á la par de su amigo, de Rosa y sus millones, no dejase de hacer tambien para sí cuanto podia.

Pero Avilés triunfaba en todo; salvo en lograr el amor de la hija de D. Fermin. Este, persuadido de las razones y halagos del chileno, y quizá, sobre todo, por temor, se habia dejado nombrar jefe de uno de los cuerpos formados para la defensa del Perú; puesto que ya era inevitable la guerra con España.

Verdad es, que, cuando Urquinaona se presentó con uniforme de coronel de la milicia de Lima á su hija, le recibió ésta con tan escaso entusiasmo, que bien podria haberse tomado, en hija ménos cariñosa, por muestra de algun rebelde y poco patriótico pensamiento.

Nada hay que añadir, para dar cuenta de lo acaecido en los seis meses pasados desde que Rosa habia dejado en compañía de su padre á la *Numancia*, sino que, de vez en cuando, venia la Chola á ver á su tocaya *Ña Rosita*, como la llamaba: la Chola, á quien tanto persiguieron al principio Avilés y Maturino, por haber ayudado á Urquinaona y á su hija á refugiarse á bordo de la fragata española, y á la cual jamás vieron con buen ojo los dos amigos; mas, era la única persona con quien Rosa Urquinaona tenía placer en hablar.

Semejante razon, para D. Fermin suprema ley, movió á éste á ofrecer amparo y morada á la mestiza, puesto que tal agrado causaba su presencia á la triste Rosa; pero, aquella dijo, preferia, ante todo, su libertad; y sólo pedia la permitiesen entrar de vez en cuando á ver á su tocaya *Ña Rosita*. Urquinaona la rogó, que al ménos, viniese á menudo, y la Chola ofreció complacerle.

XIV.

Hermosa heredera de Pizarro; perla de las orillas del Rimac; prez un tiempo de España; honra siempre de Castilla; ¿has adelantado, por ventura, la fiesta de San Juan? ¿Se disponen tus hijos á acudir á las lomas, cuyas grandes flores amarillas las prestan su gracioso nombre de *Amancaes*? No, en verdad; no acuden hoy las hermosas limeñas á la pampa y colinas, donde se celebra la fiesta del 24 de Junio. Aún no esmaltan aquellas laderas las flores de San Juan. Para entónces, el baile y vocerío, las alegres y lascivas mudanzas de la Zanguaraña, hija del *Maisito*, el *Ecuador* y otros; y nieta, ó más bien, traslado de la Zamacueca, alegrarán los campos de Amancaes..... Si no lo estorba el ángel de la guerra.

Mas, para cuando llegue..... mostraos hijas del Rimac; vea aquel vuestros rostros llenos de gracia y hermosura; y á fe que no tendrá valor para entristecer la alegría de tan bellísimos ojos. Tú, la del her-

moso cabello negro agolpado sobre la frente, con una camelia sonrosada por escarapela; tú, la de los graciosos bucles detrás de la oreja; tú, la graciosa sin par, que cruzadas las manos, diríase, tienes los bellísimos ojos y el alma inocente, puestos en la ribera del Guadalquivir, cuyas hijas te llamarian su hermana (1); vosotras, todas, las que en la mirada y perfil llevais el sello de la hermosa española; modelos de gracia y atractivo, en quien, llenos de sorpresa y adoracion, hallamos los hijos de Iberia, vivo trasunto de nuestras madres, esposas, hijas y hermanas; vosotras, cuya mirada habla de las vírgenes de Murillo, y cuyos labios dicen en el más hermoso idioma del mundo: ¡AMOR....! Tenedle siempre; y, áun cuando la rabia guerrera se desate, y el rugir de los cañones despedace vuestro corazon, llorad, sed buenas peruanas..... Pero, advertid que tambien habrá madres, hijas y esposas españolas, cuyo dolor irá á la par del vuestro; y que hay daños y heridas, que sólo el *amor de la mujer* restaña.....

No en ademan de fiesta y alegría, sino en son de guerra, acuden los hijos del Perú á Lima; y, sobre todo, al Callao. Por valles y quebradas, multitud de indios, no muy sabedores de la razon que ha movido al gobierno á llamarles, llegan de lo interior á reforzar los cuerpos de infantería. Ni es mera actividad

---

(1) Europa posee un libro: *Lima, apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres. Por Manuel A. Fuentes, Paris, librería de Fermin Didot, hermanos, hijos y compañia, calle Jacob, número* 56, 1867; en donde pueden verse retratos de algunas hermosas limeñas, los cuales dan cumplidísima razon á nuestros elogios.

oficial la que se observa. Hombres de todas clases, van, unos con armas, y otros para ayudar á los que trabajan en las fortificaciones del Callao.

Por Lima, arteria principal de la república, pasan la mayor parte de los que acuden á su puerto. De Lima salen tambien, no sólo hombres, sino mujeres, en direccion del Callao, donde es ya tal la muchedumbre agolpada, que, para colocar en dos dias un monstruoso cañon de 500, hay 2.000 trabajadores á las órdenes del ingeniero norte-americano encargado de la que, para él, es tan empresa de mercader, como ganar dinero, haciendo desmontes para un ferro carril.

Las antiguas fortificaciones, padron de gloria del español Rodil y de los leales peruanos y españoles que le ayudaron á defenderlas, están hoy desarmadas y sirven para depósito de las mercancías de neutrales. Protestaron los cónsules extranjeros, mas bien por fórmula, pues harto sabian, que, si á Mendez Nuñez no le estorbaron en Valparaiso las amenazas de Denman, el contra-almirante inglés, y sobre todo, de Rodgers, el comodoro norte-americano, mal podia en el Callao detenerse con honra, ante quien no se mostraba desarmado para ofender á mansalva, amparándose de poderosos amigos, sino con alentado ánimo, disponiendo las más temibles máquinas destructoras, al presente conocidas, para combatir cara á cara.

Todo era; pues, en el Callao movimiento y aparato de guerra; y es deber de lealtad y justicia confesar que los peruanos dieron señalada muestra de esfuerzo y amor á la patria.

Allá, enfrente, las fragatas españoles, al parecer

ajenas á cuanto en la costa sucedia, eran causa de temor y aborrecimiento para aquella mudable multitud, que hoy aja y pisotea lo que ayer victoreaba. Cual nube de tempestad amenaza al labrador, que teme ver en un momento perdida toda esperanza de cosecha, así, á la entrada de la bahía, mostrábase la escuadra española en ademan de guerra.

Pero, lejos de toda costa enemiga, y á 4.000 leguas de su patria, bien podian nuestros marinos mostrar noble orgullo con su resolucion. Aun suponiendo que su artillería fuera, ni de lejos comparable á la peruana, siempre ha estado la ventaja de parte de las fortificaciones de tierra (1). Siempre, desde Copenhague hasta Cronstadt y Sebastopol, las escuadras han tenido que ceder la ventaja á las baterías de tierra; á ménos que una estratajema, como en el primer caso, ó el auxilio de tropas de desembarco, como en el último, no lleguen á completar el resultado. En cuanto á los bombardeos, claro es, que, despues de llevados á cabo, las escuadras nada más han de hacer, si no tienen tropas á bordo.

Era el 1.° de Mayo, y el dia 2, tan honroso para nuestro nombre, habia quedado para el combate. Disponian los peruanos en la costa cuanto habian podido allegar para ofendernos, acudiendo, no sólo á los monstruosos cañones de Armstrong y Blakeley, puestos en torreones blindados, sino á torpedos sub-

---

(1) Resulta de la experiencia, que una batería de *cuatro* cañones de grueso calibre, bien situada y servida, tiene superioridad sobre cualquier navío, *aunque sea de* 120. Aide Memoire Navalé, pág. 404.

marinos, género de guerra ménos noble, al cual no dejan de acudir tambien los demas pueblos.

Miéntras todo era movimiento y vida guerrera, hácia la costa; padres y hermanas lloraban por los suyos, temiendo no volver á verles, despues del funesto 2 de Mayo. Más de una hermosa limeña lloró en aquel dia, latiéndola el corazon oprimido de angustia, con sólo pensar en que su amado podia morir al hierro de los aborrecidos españoles.

Pero, ¿dónde hallar dolor comparable con el dolor de Rosa Urquinaona?

Mandaba su padre, segun ya sabemos, un cuerpo de milicia, y cuando todas las personas de representacion acudian al Callao, mal habria podido negarse D. Fermin á lo propio. Además, era ya asunto de honra el mostrarse buen peruano, y Urquinaona; sin olvidar nunca la casa solar de sus mayores en Guipúzcoa; siempre habia querido á su tierra, con lo que se comprende fuera á la sazon mayor su patriotismo. No veia en ello inconveniente Rosa; pero deploraba que la debilidad de su padre fuera causa de que Avilés le hubiese hecho tomar el mando de un cuerpo de milicias, pues llegado el peligro, no tenía aquel otro remedio, sino presentarse contra los españoles, al frente de sus noveles soldados.

Encamináronse éstos al Callao por ferro-carril, y Urquinaona llevó á su hija á Santa Rosa, en donde queria ella permanecer durante el combate. No dejaba de temer el buen peruano, que las balas españolas llegasen hasta su hija, si bien sólo la inexperiencia de D. Fermin podia ser causa de temor semejante; pues, aunque desde Santa Rosa se veia á ma-

ravilla todo el puerto, para nada tenian que ir los proyectiles de la escuadra lejos del Callao y sus defensas.

Triste fué, en verdad, la despedida de Urquinaona y su hija. Al amargo llanto de ésta, correspondieron las lágrimas mal contenidas y, al cabo, de igual manera derramadas del afligido padre. Maturino, que se hallaba presente, y habia de acompañar á D. Fermin miéntras durára el combate, se mostró enternecido á vista de aquella solemne despedida; y quizá le llegó á remorder la conciencia por haber contribuido á lo que estaba presenciando. Avilés, sediento de venganza, iba y venia de Lima al Callao, poniendo cuanto de su mano estaba, por ver de lograr en la costa del Perú venganza del bombardeo de Valparaiso.

Al cabo, Urquinaona, dejando de abrazar tiernísimamente á su hija; y dándola en la frente el último beso de despedida, exclamó:

—¡Adios, hija mia!..... ¡Hasta luégo!.....

Y se alejó, acompañado de Maturino, miéntras Rosa caia en brazos de su doncella.

XV

— ¡A qué vinieron esos españoles al Perú! exclamaba la mísera limeña, llorando y retorciéndose con desesperacion sus manos bellísimas, que al gran escultor gallego, Gregorio Hernandez, contentára reproducirlas fielmente.

—¡En qué hora fatal puso en esta tierra los piés el primer español! Desde su llegada, comenzó para nosotros la zozobra. Miéntras les teniamos á la vista, parecia que anunciaba su presencia la desgracia que hoy lloro..... Mal haya.....

—No maldiga nunca..... y ménos cuando la maldicion puede caer sobre la cabeza de quien ame..... Exclamó la Chola, entrando en la habitacion donde Rosa se hallaba.

— Déjame; contestó Rosa: pues qué ¿no has perdido tambien al que iba á ser tu esposo, por causa de ellos?....

—¿Quién son ellos? ¿Quiere decirme *Ña Rosita* de quién habla?

—De los españoles y de la hora maldecida en que llegaron.

—¡Qué bien ama quien así maldice! respondió con amargura la Chola.

—¿Serias capaz de dar la razon á los españoles?

—¡Razon, la tiene siempre para mí aquel á quien amo! ....

Rosa Urquinaona clavó los ojos en la Chola; pero, á su primer arranque de enojo, sucedió la incertidumbre. La hija de Urquinaona, por retraida que viviera, desde que habia vuelto de la *Numancia*, no dejaba de oir, parte, al ménos, de cuanto en Lima se decia, harto desfavorable, en verdad, para España. Nada era suficiente para hacerle olvidar á Alvaro de Sande; pero, en cuanto á la guerra, la razon la tenía el Perú, segun la opinion de todos los que veian á Rosa. No era, pues, maravilla, que, para ella, fuesen nuestros marinos los únicos culpados.

—Si mi padre llega á morir; dijo Rosa: no sólo no me he de casar con Alvaro de Sande, pero ni áun le volveré á ver.

—¡Y ese es el amor que V. tiene al hombre más bueno y más hermoso que ha hallado ni hallará en la vida! contestó la Chola.

—¡Oh, Dios mio, bien sé que no podria vivir sin Alvaro! Mas ¡por qué le conocí! ¡Por qué no se tragó el mar á la escuadra española, ántes de que llegára al Callao! ¡Y quieres que no maldiga la hora!....

—Ay, señorita, señorita, deje que me ria de eso, que V. llama cariño á D. Alvaro.....Llore V., desespérese, maldiga..... Pero, déjeme que la tenga lástima..... No tiene Doña Rosita Urquinaona corazon, ni le ha tenido jamás.

—Nádie podrá querer en el mundo á Alvaro de Sande como yo, dijo Rosa.

—¿De veras? repuso la Chola, acertando apénas á hablar. ¿De veras quiere V. tanto á D. Alvaro?.... ¿Y qué diria V. de una mujer que le hubiese querido mucho, muchísimo más?....

—Que no hay tal cosa, ni la puede haber en el mundo; respondió Rosa enojada.

—Pues la hay, Doña Rosita..... la hay..... ¡Aquí está! exclamó la Chola, con los ojos preñados de lágrimas. Bien puede V. perdonar á una pobre mestiza el haber amado sin esperanza á D. Alvaro de Sande..... ¡Me mira V. con asombro! Es natural. ¿Cómo ha podido tener tal atrevimiento aquella, á quien todos conocen, más que por su nombre, por el de *Chola*? ¿No es verdad, Doña Rosita? Pues bien,

ahora..... que ya no ama V. á D. Alvaro, bien puedo decir que le amo yo.....

¡Quién podria, ni de lejos, dar á entender la expresion del rostro de Rosa Urquinaona conforme iba oyendo á la mestiza, su tocaya! Pero de cuantos afectos combatian el corazon de la bellísima limeña, ninguno podia compararse á la sorpresa.

—No se maraville, *Ña Rosita*, añadió la Chola llorando. Bien ve que no sólo soy rival poco temible, pero ni siquiera he sido rival. Tan cierto es, que si entre los mios se supiese cuanto acabo de decir; *¡Guá qué lisura!* (1), exclamarian, al ver el necio atrevimiento de Rosa la Chola.....

—Sí, Doña Rosita; añadió ésta: yo he querido á D. Alvaro más que á nada en el mundo; he mirado siempre por él....., y mi cariño desinteresado y sin esperanza de ningun género, pues ni áun D. Alvaro le sabia..... me llevaba á buscarle siempre que le podia servir. Yo le libré de la muerte, la primera vez que Rosario Castro le quiso matar; acudí á salvarle al jardin, aquel dia, en que la negra suerte me estorbó llegar á tiempo..... Despues, fuí su enfermera... pero lo que nádie ha sabido, ni sabrá nádie más que V., es que, miéntras se hallaba en Santa Rosa, yo iba todas las noches desde Lima á mirar por él... á guardarle..... sí, *Ña Rosita*..... porque yo sabia que en Santa Rosa no estaba seguro..... Sin que nádie lo supiera..... hallaba modo de velarle todas las

---

(1) Frase por extremo usual, irónica, que tiene diversos significados y aplicaciones, pero siempre viene á demostrar poca conformidad, y áun verdadero desagrado.

noches, y sólo una .... una, en que estaba soñando con Rosa..... no con la que á su lado tenía, sino con la que se hallaba reposando en Lima, estuvo en poco no me descubriera Pachon..... Yo di aviso á Avilés del peligro en que D. Alvaro estaba. Yo..... en cambio de esto, nada pido..... sino que Doña Rosita me perdone..... y sobre todo, se acuerde de que D. Alvaro vive en el mundo, la quiere más que nunca, y la espera.

—¿Que me espera? ¿Y en dónde? preguntó Rosa, cada vez más sorprendida.

—Ya veo que no tiene V. ánimo para nada, cuando no se atreve á huir con el hombre que tanto la ha amado. ¿No la he estado yo trayendo las cartas de D. Alvaro, que me entregaba Pachon en la Caleta de***? Pues bien, Doña Rosita, ¿qué le proponia á V. en su última carta?

—Que abandonára á mi padre..... Ya ves, cuando le amenazaba el peligro que hoy tiene encima; cuando se disponia á combatir con la escuadra, donde se halla Alvaro.....

—No, Doña Rosita..... Bien sabe que D. Alvaro se habria ya separado de la escuadra, donde no ha estado nunca, sino, como dicen, en comision; á no ser porque va á haber guerra..... Pero, en cuanto concluya la accion, D. Alvaro tiene licencia para volverse á Europa. Con él puede V. irse.....

— ¿Y tú, pobre amiga mia? contestó Rosa Urquinaona: echando los brazos al cuello de la leal mestiza.

— Yo..... haré lo que V. ha hecho hasta ahora.... Llorar y rezar..... por Vds.

Ambas jóvenes permanecieron breve rato calladas y confundiendo sus lágrimas; hasta que Rosa, separándose, exclamó:

— Eres generosa, cual nádie en el mundo. ¡Con qué te podria pagar!

— Con no aborrecerme; dijo la Chola, bajando la cabeza.

— Con tenerte por hermana; respondió Rosa abrazándola de nuevo.

— ¡Una señorita como V.!...

En Lima, aunque la forma republicana del Estado haya influido en las costumbres, quedan todavía notable diferencia y separacion de clases; hasta el punto de que, tal vez, no haya tierra en el mundo donde se hable de la plebe con ménos miramiento.

Así se comprende que la Chola quedase maravillada de la accion y palabras de Rosa Urquinaona; la cual respondió, sacando del seno un papel:

— Mira; es preciso que lleves esta carta á la Caleta de***; por si aún está en ella Pachon.

— ¡Señorita! ¡Todavía contesta V. con cartas, en vez de presentarse..... como lo tenía ofrecido!

— ¡No me atrevo!.... ¡No me atrevo! Respondió Rosa, temblando. Es verdad que habia prometido á Alvaro ir á la Caleta de*** para hablar con él..... Pero, no me atrevo, no tengo valor, tocaya mia..... Díselo de mi parte; añadió la hija de D. Fermin, cada vez más pálida y temblosa.

— ¡Ah, si yo estuviera en lugar de V.!

— ¿Qué harias?

— Ir ahora mismo á la Caleta, ó morir..... Bien sabe V. que en ella la espera D. Alvaro.

— ¿De veras estará allá?

— Miéntras no suene el primer cañonazo; porque entónces, irá á la fragata *Almansa*, hasta que concluya el fuego.

— ¡Y te parece justo que yo vaya á buscar á los enemigos de mi padre, miéntras éste se halla expuesto á recibir de manos de aquellos la muerte!

— Tambien ellos la pueden recibir.....

— ¡No digas semejante cosa, porque uno y otro pensamiento me horrorizan!

— Pues bien, Doña Rosita, dentro de poco habrá comenzado el fuego. Ya se ha despedido de D. Fermin. ¿No tendrá ánimo para despedirse, siquiera, de D. Alvaro de Sande?

— Si me ve en la Caleta, creerá que huyo abandonando á mi padre..... y eso, jamás lo haré.

— Está bien, Doña Rosita. Eso quiere decir, que no tiene inconveniente en casarse con D. Ignacio Avilés.

— ¡Calla, que me matas de miedo con semejantes palabras!

— Demasiado sabe V. que Avilés manda en casa, y que, así como ha ido empujando á D. Fermin, hasta obligarle á que se halle hoy vestido de uniforme y defendiendo las baterías del Callao, de igual manera logrará mañana la mano de *Ña Rosita* de Urquinaona.

— Primero la muerte.

— Primero ver y hablar á D. Alvaro.

— Mira, que juro por cuanto más sagrado existe, que, miéntras mi padre esté en una batería del Callao, no he de huir del Perú.....

— Bien.... no jure por Dios.... Además, que sólo se trata de ir á ver á D. Alvaro que la espera.

Rosa permaneció breves instantes indecisa, mas, al cabo, exclamó:

— ¡Vamos!!!

— No hay para qué; dijo á la sazon entrando Avilés, seguido de varios soldados, que traian preso á Pachon.

XVI.

— No hay para qué; añadió el chileno: ni en la Caleta de*** ni en todas las cercanías de Chorrillos hay nádie. Un bote..... que llevaba á bordo un oficial, acaba de alejarse de la Caleta..... La escuadra española está haciendo zafarrancho de combate..... y los peruanos la esperan. Este pájaro, dijo, señalando á Pachon, á quien el bote de que he hablado dejó en tierra..... quedará detenido en Santa Rosa, hasta que concluya el fuego, y despues irá prisionero á Lima. Yo..... vengo de órden del Sr. D. Fermin de Urquinaona á velar por su hija; y, en cumplimiento de semejante comision, he puesto preso á ese marinero, que venia hácia aquí, sin duda por espía.....

— ¡Yo no soy espía! dijo Pachon, lleno de ira.

— A la azotea con él; exclamó Avilés: cuya órden quedó al punto cumplida, pues los soldados, con el sargento que les mandaba, hicieron que al punto subiese á la azotea el marinero, á quien todos fueron custodiando.

Quedó Avilés en presencia de Rosa Urquinaona y la Chola; y, mirando á esta última con enojado semblante, la dijo:

— ¡Aparta de ahí, mal engendro!

— D. Fermin me ha encargado no me separase un momento de su hija; respondió con firmeza la jóven.

— Bien guardada quedaba..... Si no fuera, porque, temiendo yo lo que podia suceder, he vigilado todos estos alrededores..... Así he cogido á ese pícaro.

— Rosa; añadió el chileno, bajando la voz: tengo que hablar con V. á solas.

— ¡A solas.... no! En voz baja, puede V. comenzar: respondió la hermosa limeña.

— ¡De modo, que la causo á V. miedo; cuando V. no le tenía del paso que la obligaba á dar esa mestiza! Afortunadamente, el miedo la hizo á V. perder tiempo, y la presencia de tropa en la Caleta obligó al bote en que venia Alvaro de Sande..... á alejarse, en vez de esperar.

—¿Y no le da á V. vergüenza de haberse trocado en espía?

—No, porque se trataba de su bien de V.

—Muchas gracias..... Pero, áun así, ha hecho V. lo que no debe hacer ningun hombre honrado.

—Pues bien, dejemos aparte todo disimulo. Yo sabia que Alvaro de Sande la esperaba á V. en la Caleta de*** inmediata á Chorrillos, para llevarla á un trasporte de los que tiene consigo la escuadra española, y luégo á Europa. Nádie lo sabia más que yo.....

—Cierto. Ya veo que sabe V. espiar á las mil maravillas.

—¡Rosa de mi alma! ¡Será posible que despues de tanto amor y tanto sacrificio, no haya de lograr de V. sino desden y agravios!

Ambos habian ido bajando la voz; pero entónces Rosa Urquinaona, alzándola de nuevo, exclamó:

—D. Ignacio, lo que V. llama amor y sacrificios, no sirve sino para aumentar el desvio que me inspira. Lo que acaba V. de hacer, me obliga á aborrecerle.

—¡Es decir; exclamó encendido en cólera Avilés: que V. me aborrece, porque no la he permitido ser mala hija, y huir con un español, de cuya fragata, es muy probable, salga la bala que haya de dar muerte á D. Fermin de Urquinaona!

—¡Yo no iba á huir..... sino á despedirme..... por última vez, del hombre á quien amo y amaré toda mi vida. Usted es un calumniador infame..... Para venir á ofenderme, bien podia V. haber dejado de poner los piés en esta casa!

Rosa, entre afligida y airada, apénas podia hablar, miéntras Avilés despedazaba el ala del sombre, que en las manos tenía.

Ronco retumbó, en esto, un cañonazo, y Rosa dió un *¡ay!* llevándose la diestra al corazon.....

Un segundo despues, se hallaban las dos jóvenes en la azotea de la casa, y con ellas el chileno.

Tremendo espectáculo les dejó ver la neblina, densísima por la mañana, y que á la sazon iba desapareciendo.

Veíase con la mayor claridad el Callao, hácia donde se encaminaban tropas que venian de las inmediaciones. La ciudad; la antigua fortaleza, hoy desmantelada, eterno padron de gloria, como ya sa-

bemos, para Rodil y sus leales; y las baterías nuevamente dispuestas, todo, en fin, permanecia en silencio, sin más vida, al parecer, que el ondear de las banderas peruanas.

Enfrente, las fragatas españolas, pintadas de negro las bandas, calados masteleros, y á impulso de la oculta máquina que el vapor movia; como si el hado antiguo las fuera irresistiblemente empujando hácia la costa; llegaban en demanda de la honra de la patria ofendida.

La *Numancia*, á la cabeza, avanzando más de lo que su calado consentia, disparó segundo cañonazo, cuyo estampido causó nuevo pavor á Rosa Urquinaona, apénas habia ésta llegado al pretil ó antepecho. Sólo silencio respondió en el Callao. Todos tenian los ojos clavados en el mismo punto; y si las mujeres apénas acertaban á contener la anhelosa respiracion, bien puede asegurarse que los hombres, no sin gran dificultad la contenian. Dijérase que los peruanos habian renunciado á todo deseo de combate; de no ver á sus artilleros inmóviles al pié de los cañones.

A derecha é izquierda de la *Numancia* iban acoderándose, ó lo estaban ya, las demas fragatas, cuando, en medio del solemne silencio, vióse nueva columna de humo, y se oyó el tercer cañonazo de la poderosa blindada.

A su retumbo, densa humareda cubrió las baterías de tierra, centellearon llamaradas, vibró el aire, retembló el suelo, á cuyo estruendo pavoroso contestó la escuadra española, envolviéndose en humo, y ahogando con el ronco estridor de sus cañones los vivas de sus marineros y el toque de generala.

Parecia como que las baterías de tierra, queriendo recobrar el tiempo que habian tardado en hacer fuego, menudeaban los disparos cuanto era posible. La vista que el combate ofrecia, grandiosa y llena de atractivo para un artista, causaba diversos y encontrados afectos en nuestros conocidos. Rosa Urquinaona, apoyada una mano en el hombro de la Chola, y la otra en el pretil, apénas podia contener los latidos del corazon; y tan pronto se desesperaba, como oraba y gemia. La Chola, inmóvil, y apretando los dientes, paseaba los ojos del Callao á la escuadra, y de ésta otra vez al puerto, sosteniendo, de cuando en cuando, con todas sus fuerzas á la hermosa y desventurada hija de D. Fermin; la cual, á veces, apénas podia mantenerse en pié.

Los soldados, indios, ó mestizos, no dejaban de experimentar cierto interés por el éxito del combate; miéntras Pachon, desesperándose, á ratos, de no estar á bordo, solia prorumpir en exclamaciones diversas, segun el aspecto que presentaba el combate.

—¿Y mi padre? ¿Dónde está mi padre?; preguntó Rosa, con acento que movia á compasion.

—No tenga V. miedo; contestó Avilés: ¿ve V. aquella torre á la izquierda del Callao? Pues bien: el torreon de la Merced está blindado, y nada tienen que temer los que se hallan dentro.....

—¿Allí está mi padre?

—Pero en completa seguridad; y como no era cosa de que cierta clase de personas permaneciesen expuestas todo el tiempo que durára el combate, con él están el Ministro de la Guerra, Maturino y otros muchos personajes conocidos.

Rosa temblaba de piés á cabeza, y apénas podia apartar los ojos de la torre de la Merced.

Combates por el estilo del que nuestros amigos estaban presenciando, no se repiten, por fortuna, á menudo; y así se comprende que no sólo las mujeres, pero áun los hombres tuvieron los ojos clavados en el Callao y su rada.

El combate seguia, sin ventaja de unos ni de otros. Más inmediatas, como que atacaban las baterías del Sur, estaban las tres fragatas, *Numancia*, *Blanca* y *Resolucion*.

—Ahí está. Tirad, tirad; decia Pachon, sin poder tener la lengua, á pesar de hallarse prisionero. Lo mismo han de saltar las balas contra el casco de la *Numancia*, que si fueran nueces.

Y así era la verdad.

—Jamás es tarde, si la dicha es buena; decia Avilés, mirando á Rosa, pero en realidad, respondiendo á Pachon: contra esas fragatas están las baterías de Santa Rosa, que tienen la torre blindada, donde se halla D. Fermin con el Ministro de la Guerra, y desde allí contestan á los españoles dos cañones de Armstrong de 300 libras, dos de Blakeley de 500, y otros varios, más grandes tambien, todos ó casi todos, que cuantos tiene la escuadra.

—Allá se ve la *Almansa*; exclamó Pachon: y la *Vencedora*, si no me engaño..... pero el humo no deja ver nada. Al otro lado estarán la *Berenguela* y la *Villa de Madrid*.

—Tambien darán cuenta de la *Almansa* y la *Vencedora*; repuso Avilés: los monitores peruanos *Loa*, *Victoria*, torpedos y demas barcos que por allá te-

nemos; y contra las fragatas, la otra torre blindada, y sus grandes cañones de Blakeley y Armstrong.

A todo se hace el hombre; y á pesar del espanto que no podia ménos de causar á Rosa Urquinaona el tronar de los cañones y los chispazos, que, á modo de brevísimos relámpagos, hendian la humareda, el dolor y el miedo que experimentaba ante la sublimidad del espectáculo, y cierto curioso interés acerca del resultado, bien dudoso á la sazon, tenía á la bellísima limeña suspensa y sin aliento.

—¡Jesus, ¡Dios mio! ¡Un terremoto! exclamó la Chola..... Ya pasó.

El suelo, en efecto, se habia estremecido, y el aire vibrado de manera, que, al pronto, parecia efecto de un terremoto.

—¡La torre de la Merced! ¡La torre de la Merced!

¿De dónde salieron estas últimas palabras? No es posible decirlo. Ello fué, que agolpados sobre el pretil cuantos en la azotea estaban, todos tenian puestos los espantados ojos en una oscurísima columna de humo, que, conforme iba subiendo, ocupaba cada vez mayor espacio.

Voces y gritos se oyeron á lo lejos, como de gente que huia..... Un alarido que despedazaba las entrañas, partió de la azotea. Rosa Urquinaona era quien gritaba, diciendo:

—¡La torre de la Merced!..... ¡Mi padre!!.....

Al romper la tempestad en costa brava, suelen, á veces, las olas ceder cortos instantes por algun lado. Así sucedió, por la parte del Sur de las fortificaciones del Callao, cuya artillería apénas contestaba á la española.

—Eso es una voladura; dijo Pachon.

—El infierno protege á España; gritó Avilés fuera de sí.

—¡Rosa; añadió: no tenga miedo..... Voy á ver qué ha sucedido!

Bajó al punto el chileno, miéntras Rosa seguia con los ojos inmóviles en el sitio de la explosion, y sin decir palabra.

Un hombre esperaba á caballo con otro del diestro; y al ver á Avilés, exclamó:

—¡La torre de la Merced ha volado!

Cabalgó Avilés, y partieron ambos á escape.

XVII.

Los hombres del temple de nuestro chileno suelen padecer poco de remordimientos; pero, á decir verdad, en aquel instante le remordia á Avilés la conciencia. No le dolia haber sido, quizá el verdadero causante de la guerra entre Perú y España, pues era de aquellos hombres; que, para mal del género humano abundan; en quien no hay piedad ni conciencia, tratándose de política. Pero veia, que, el comprometer á D. Fermin de Urquinaona en aquel lance, habia sido causa de la muerte de éste, y del dolor que no podia ménos de experimentar su hija. Tales pensamientos desesperaban al hijo de Chile.

Conforme se iba acercando al Callao, hallaba carros, llenos de heridos horriblemente desfigurados,

con el rostro quemado y miembros hechos pedazos, cuya sola vista causaba pavor El fuego seguia con más violencia, como si los peruanos quisieran recobrar lo perdido en la voladura de la torre. Al cabo, llegó Avilés á la poblacion, y supo que habian muerto cuantos se hallaban en la torre de la *Merced*, inclusos el Ministro de la Guerra, Maturino y D. Fermin de Urquinaona..... Al oir la muerte del último, quedó como herido del rayo. Acaso, por la primera vez de su vida, se arrepintió de lo hecho.

Hallábase á la entrada del Callao, torció el rostro, y, al ver, á la derecha de Bellavista, la altura de Santa Rosa, quedó sobrecogido.

Quizá, tambien; efecto del estado en que se hallaba su ánimo; llegó á ver con remordimiento las resultas de la guerra en que habia comprometido al Perú. Pero todo en Avilés cedia, al cabo, ante la más inquebrantable resolucion. Como él era tan conocido, no quiso pudiera nádie decir que no se presentaba ante el peligro; de suerte, que, á caballo como estaba, fué recorriendo todas las fortificaciones, desde la batería *Zepita*, hasta la de *La Independencia*, sin que en todo el tránsito, recorrido de ida y vuelta, padecieran lo más mínimo, ni él, ni su cabalgadura.

Logrado el intento de ver y ser visto, dió Avilés la vuelta á Santa Rosa; pensando que lo mejor era desde luégo, estar al lado de la desventurada hija de D. Fermin. Mas, como para aquel hombre de férrea voluntad, nada pasaba inadvertido, no dejó de ver con pena que el monstruoso cañon del muelle estaba inutilizado desde el primer disparo, y que, miéntras

algunas baterías iban ya enmudeciendo, no por eso cesaba el fuego de los españoles.

Avilés, seguido del criado que le habia ido á buscar, y á quien hizo esperase á la entrada del Callao; salió de la poblacion, poniendo la cabalgadura á galope; mas á poco, nuevos pensamientos le hicieron tener el paso. El bombardeo seguia, pero el fuego de las baterías iba disminuyendo. Cierto que la escuadra española no tenía tropas para intentar el desembarco, pero todo era de temer y para todo era fuerza precaverse. Pensando en esto, puso espuelas al caballo, mas de nuevo le contuvo, no sabiendo cómo presentarse á Rosa Urquinaona, y áun lleno de temor, á causa del estado en que debia de hallarla.

—Al cabo, dijo para sí: Rosa queda sola en el mundo, y nádie me puede estorbar el ser su único protector.....

Tal pensamiento le pareció excelente; y, confiando en su buena estrella, puso el caballo á escape, llegando, en breve, á Santa Rosa. A nádie halló, pues todos seguian en la azotea, cosa que no dejó de maravillarle, no acertando á comprender, cómo la hermosa hija de Urquinaona podia sobrellevar su desgracia y seguir contemplando el hórrido espectáculo que de cierto acrecentaba su dolor.

Indecible fué la sorpresa de Avilés, cuando halló á todos, poco más ó ménos, en la disposicion en que les habia dejado. La misma Rosa Urquinaona, pálida, inmóvil, apoyando una mano en el pretil de la azotea, y otra en el hombro de la Chola, seguia con los ojos clavados en el combate. Llegóse á ella Avilés, y dijo en voz baja á la Chola.

—¿Lo sabe todo?

—Sí; contestó la mestiza.

—¿No está V. cansada, Rosita?; no quiere bajar y acostarse un poco?

Rosa, sin contestarle, siguió, conforme estaba; miéntras la Chola hacia seña á Avilés que callase. Pero habiendo éste insistido, respondió la *Perla de Lima*.

—Los españoles van de vencida... Vean, vean... ¡La victoria es nuestra!....

—Es la *Villa de Madrid*; dijo Pachon: que se retira con avería.

—Cierto; dijo Avilés.

Y todos siguieron con los ojos á la fragata, conforme se iba retirando del combate, no sin despedirse haciendo fuego. Avilés quiso hablar, pero ni Rosa Urquinaona le contestó, ni la Chola dejó de hacerle nuevas señas que callase.

Así pasó algun tiempo, y Rosa gritó:

—Seguimos venciendo.

—¡La *Berenguela!* gritó Pachon. ¡Mal rayo! ¡Y si no me engaño, se va á pique....! Pero siempre, cuanto más vieja, más valiente; no quiere despedirse sin saludar al Callao con cañonazos.....

Despues, todo quedó en silencio en la azotea; siendo cada vez mayor la sorpresa con que Avilés miraba á la hija, ó más bien, á la huérfana de Urquinaona. ¡Y cierto que no dejaba de recordar con verdadero espanto, que de aquel hombre tan rico, cuyo capital era de los mayores de América, no fuera posible, á la sazon, hallar el más pequeño resto, para darle cristiana sepultura....!

Miéntras á las fragatas españolas seguian contestando las baterías del Callao, más de una vez intentó el chileno hacer que Rosa se retirase de la azotea; pero siempre en vano, que las palabras y consesejos de aquel no lograron la menor respuesta de la jóven.

Todo se reunia para causar enojo á Avilés; en quien no dejaba tambien de hacer hondísima mella, el ver que las fragatas españolas seguian, aunque no todas, arrostrando el fuego de las baterías de tierra; cuando lo más probable era, que la mayor parte se hubiesen ido á pique desde luégo.

En tal estado, pasaron horas y horas. Vióse á la fragata *Blanca* retirarse; cosa que hizo por falta de municiones, despues de combatir con el mayor denuedo. La *Almansa* tambien se habia retirado; creyendo Avilés que iba incendiada sin remedio; pero la sorpresa de nuestro chileno fué increible, cuando la vió de nuevo clavada en su puesto. Y era que su comandante, no habia *querido mojar la pólvora*, abriendo los grifos; como por tres veces le propusieron, no obstante el peligro en que estuvo de volar, por haberse prendido fuego en el ante-pañol de aquella; con lo cual, apagado el incendio, pudo de nuevo tornar al combate.

A esto, ya no podia dudarse del éxito. Las baterías peruanas habian ido, sucesivamente, enmudeciendo.

De vez en cuando, una explosion inutilizaba las piezas; ó bien, los pocos artilleros que aún quedaban, se veian obligados á abandonarlas. A lo último del combate, miéntras la *Numancia*, *Almansa* y *Resolu-*

cion seguian disparando, apénas se oia alguno que otro tiro de la parte de tierra. Despues, callaron todas las baterías, quedando sólo tres cañones de la de *Santa Rosa*, que, de tarde en tarde, contestaban al fuego de las tres fragatas.

—¡Nos vencen! exclamó Rosa, con voz y ademan llenos de abatimiento.

—¡Aún no! se apresuró á contestar Avilés. Vea usted, Rosita, cómo contestan las baterías de Santa Rosa.

—¿Quién habla aquí de Santa Rosa? preguntó la preciosa limeña, mirando atónita en derredor.

—Soy yo, Rosita..... Ignacio Avilés. ¿No me conoce ya?

—¡Santa Rosa.... Avilés..... el que llevó á mi padre al torreon de la Merced, para que allí le matáran los españoles....! ¡Asesino! ¡Asesino del Perú y de mi padre....! ¡Que Dios te perdone mi eterna desventura! dijo Rosa; y cayó de espaldas sin sentido. Miéntras todos acudian á la infeliz limeña, á quien la Chola sostenia en los brazos; Pachon que iba á hacer lo mismo, se detuvo.....

El cañoneo habia casi del todo cesado. En aquel momento, sordo vocerío, hendiendo el aire, llegaba hasta la azotea de Santa Rosa. Miró Pachon á la rada..... y las tripulaciones, en las tablas de jarcia de las fragatas, contestaban con tres *vivas*, al Viva la Reina, del comandante de la *Numancia*.

¡Viva! gritó el marinero; saludando, y arrasados los ojos en lágrimas de generosa envidia y de entusiasmo.

CONCLUSION.

¡No más oí de la gentil Sirena
El concierto divino:
Sino el tumbo del mar sobre la arena...
Y el bronco son del caracol marino!

PASTOR DIAZ. *La Sirena del Norte.*

Como nubes por el horizonte, cual sombras por el espacio, así pasaron y desaparecieron al través del Oceano, las naves españolas.

La comision de Alvaro de Sande, habia llevado á éste á tomar parte en los sucesos de más importancia de la campaña del Pacífico. Cuando tornó á España, lejos de hallarse su salud restablecida, tuvo, en cuanto llegó el verano, que ir á baños de mar. Mandáronle los médicos al Atlántico, y habiéndose bañado primero en San Sebastian, determinó, por variar, acudir á Biarritz.

Desde luégo, experimentó notable alivio; pero le consumia la tristeza. Conforme pasaba el tiempo, era para él único pensamiento su amor á Rosa Urquinaona. Nada sabia de ella; nada habia podido averiguar. Las muchas damas españolas que en Biarritz le

conocian, estaban maravilladas de la contínua tristeza de nuestro marino.

Un dia, paseando sólo, como siempre, orillas de la *Cote des Basques* (costa de los vascos), vió, que, delante de él, iba una señora de gallarda presencia, al parecer, pues sólo la veia de espaldas; á quien daba el brazo un apuesto compañero, su esposo sin duda, porque detrás iban criado y criada, como acompañándoles. Parecian recien llegados, y éranlo en efecto.

—Alvaro, dijo la señora; me parece que estoy mejor, con sólo verme cerca de España.....

Alvaro de Sande, trocado en estátua, no acertó á dar un paso más. La voz de aquella dama, era en todo semejante á la de Rosa Urquinaona. ¿Quién sería el caballero, á quien la dama habia llamado Alvaro?

Detuviéronse, y al volverse hácia el mar, donde habia no poca gente bañándose, Alvaro de Sande vió que el hombre era D. Ignacio Avilés: la dama, la bellísima Rosa. Involuntario temblor, mitad ira, mitad angustia, estorbaba al español el menor movimiento; mas al ver, que el criado se cuadraba, á uso de marinos, saludándole, no pudo ménos de exclamar:

—Pachon, ¿tú por aquí?

La dama le habia mirado con la mayor indiferencia, y poniendo de nuevo los ojos en Avilés, dijo:

—Vámonos, *Alvaro*, que ese hombre nos mira con la misma rabia con que nos miraria *Avilés*.

La criada, que era Rosa la Chola, se acercó á Sande, llenos los ojos de lágrimas, y dijo, señalando á Rosa Urquinaona:

—¡Está loca!

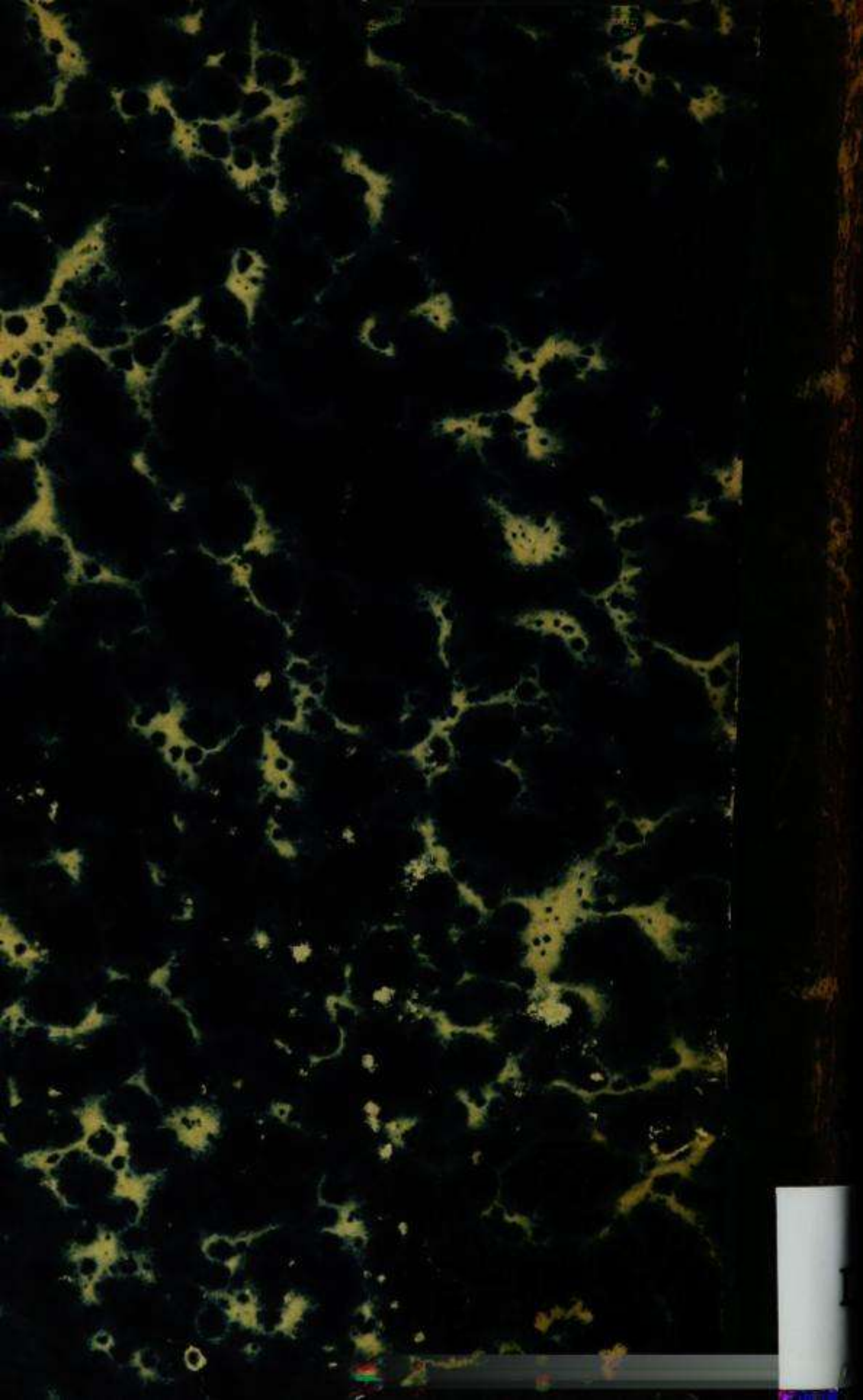
Desde la voladura de la torre de la Merced, Rosa no habia recobrado el conocimiento, sino para llamar asesino á Avilés. Un dia, éste, que á todas horas la visitaba, vió que la triste jóven le confundia con Alvaro de Sande.

Por mucho que semejante trueco doliese á la vanidad del chileno, prefirió verse llamado Alvaro, en vez de maldecido. Pasó tiempo. El influjo de Avilés era en el Perú mayor, acaso, que en Chile. Logró, pues, que Rosa Urquinaona quedase del todo curada, segun ciertos facultativos, que, faltando á su deber, hicieron semejante declaracion. En seguida, como la desgraciada limeña no tenía confianza sino en la Chola y Pachon, tomóles para que la sirviesen, cosa que á Pachon convenia, miéntras siguiese prisionero.

A poco, logró Avilés ver satisfecha la aborrecible ambicion de toda su vida. Logró á *la Perla de Lima* por esposa. Pero Dios le castigó. Los intereses de D. Fermin, gravemente comprometidos cuando los últimos sucesos del Perú, habian padecido tal detrimento, que ya Rosa no merecia nombre de rica.

En cuanto al amor que en la desventurada limeña pudiese hallar, estaba resumido en estas palabras, que por la noche, y hablando de cuanto hemos dicho, dirigia Avilés, con lágrimas en los ojos, á Sande:

—No me aborrezca V., D. Alvaro. Compadezca, mas bien, á su antiguo enemigo. Si tal vez soñé en ser rico por medio de Rosa Urquinaona, sepa que he tenido que empeñar mis bienes, para traerla á Europa y atender á la multitud de gastos que me ha ocasionado el vano empeño de curarla. En cuanto á lo de-

mas, Rosa es un recuerde tristísimo de lo pasado. No hay para mí en ella ni áun el cariño de hermana. Dios me ha castigado, concediéndome por esposa á una infeliz, cuyo estado de idiotez, segun los mejores médicos del mundo, nò tiene cura..... Si despues de esto, me quiere todavía matar D. Alvaro de Sande..... en sus manos me pongo, y cuente desde luégo con mi agradecimiento..... ¡Que no habria, para mí en el mundo, beneficio que compararse pudiera con el de quitarme la vida!!

FIN.